

JOSÉ CARLOS RUIZ

DE PLATÓN A BATMAN

*Manual para educar
con sabiduría
y valores*

**CÓMO EDUCAR ME-
JOR UTILIZANDO LAS
ENSEÑANZAS DE LOS
GRANDES FILÓSOFOS
Y LOS VALORES DE
LOS SUPERHÉROES**

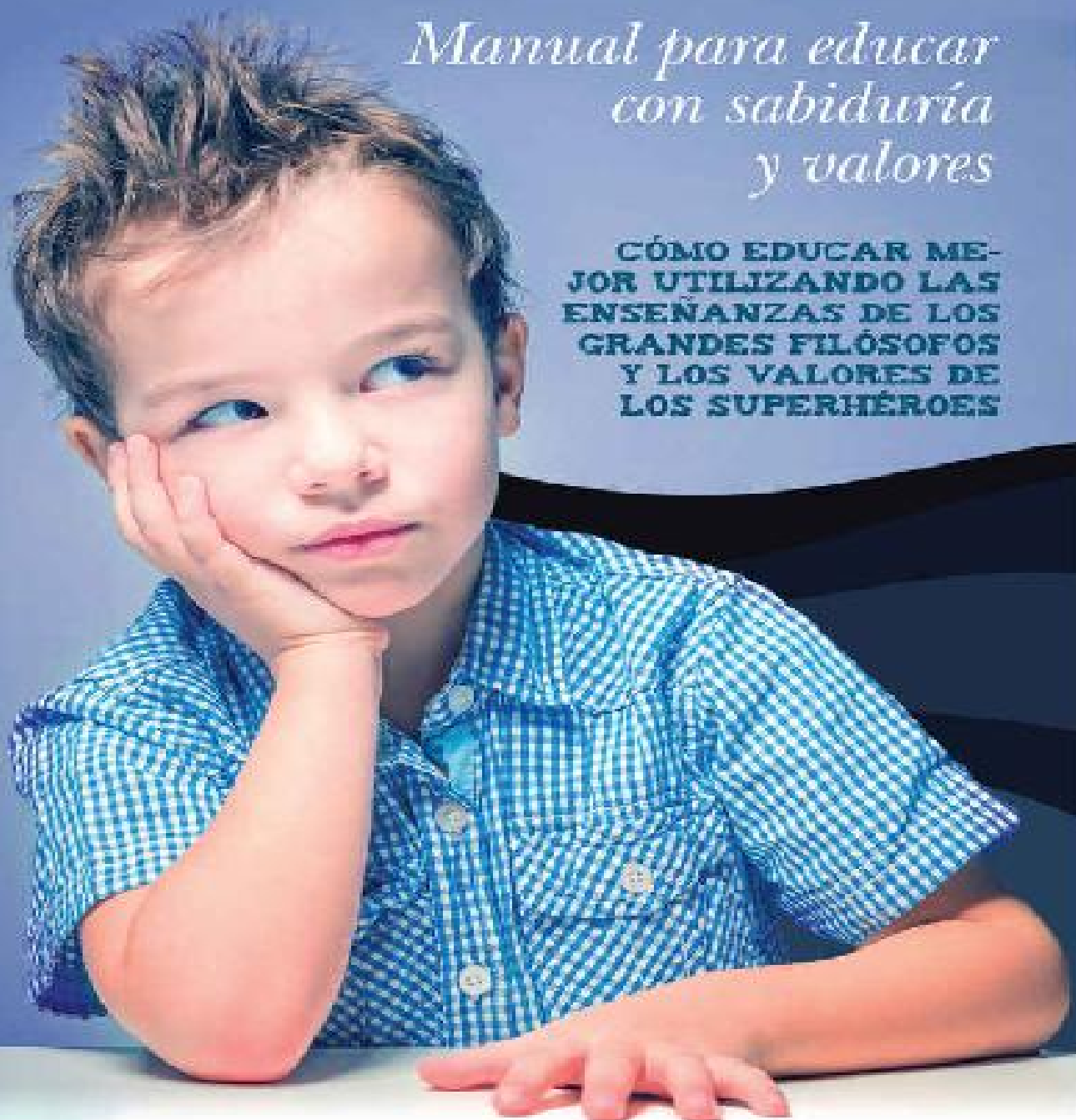


Table of Content

[Parte I Filosofía para padres](#)

[Introducción](#)

[La tortura de la felicidad](#)

[Aristóteles y el hombre político: La historia de Carlos](#)

[Cicerón y la amistad](#)

[John Locke: el castigo](#)

[Kant: cumplir con el deber](#)

[Sócrates y mi hijo: el arte de conversar](#)

[Hume y las costumbres: la fuerza del hábito](#)

[Platón: saliendo de la caverna](#)

[Los padres de Steve Jobs](#)

[Parte II CRIANDO MONSTRUOS](#)

[Padres Frankenstein](#)

[John Dewey: la forja del carácter](#)

[Profesionalización de la paternidad](#)

[Paternidad ciencia-ficción](#)

[Experimentos educativos](#)

[Byung y la educación del rendimiento: paternidad terrorífica](#)

[Relaciones de pareja](#)

[Proyecto común educativo](#)

[La ilusión de la paternidad](#)

[El embarazo](#)

[Castración de la paternidad: ¿queremos educar Frankenstein?](#)

[Enganchados a la tecnología: La soledad del monstruo](#)

[Prometeo y los padres devotos](#)

[Edipo y Telémaco](#)

[La paternidad de Abraham y lo políticamente correcto](#)

[Parte III SUPERPODERES PARA NIÑOS: PEDAGOGÍA DEL CÓMIC](#)

[Superman y el superpoder de la moral](#)

[Wonder Woman: el superpoder de la verdad](#)

[Batman: El superpoder de la humanidad](#)

[Spiderman: El superpoder de la curiosidad](#)

[Capitán América: el superpoder de la ejemplaridad](#)

EPÍLOGO

JOSÉ CARLOS RUIZ

De Platón a Batman

Manual para educar con sabiduría y valores

© JOSÉ CARLOS RUIZ, 2017
© Ediciones Toromítico, s.l., 2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Ediciones Toromítico
Padres Educadores
Edición de Óscar Córdoba
Maquetación: Ana Cabello Salinas

www.toromitico.com
[@AlmuzaraLibros](https://twitter.com/AlmuzaraLibros)
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-15943-59-4

*A mis padres Pedro y Lucía por enseñarme el camino
y a Cristina por iluminarlo.*

Parte I
FILOSOFÍA
PARA PADRES

Introducción

Mucho se está analizando y publicando sobre educación. Es un tema de moda, tanto a nivel profesional (profesorado), como personal (padres). Gran parte del éxito de esta temática en los tiempos actuales viene determinada por un periodo histórico, el presente, que genera incertidumbres y cambios como nunca antes habíamos experimentado. Estamos en plena revolución social, tecnológica, laboral, política... y sentimos la necesidad de que la educación (tanto la familiar, como la académica) sea capaz de liderar o, cuanto mínimo, acompañar, a estos cambios.

¿Cómo tenemos que educar a nuestros hijos, a nuestros jóvenes, para este mundo que está en constante cambio? ¿Qué habilidades deben desarrollar para ser capaces de adaptarse a los nuevos entornos en los que transcurrirán sus vidas? Este libro quiere dar respuesta a esas preguntas haciendo uso de dos tipos de sabiduría complementarias.

En primer lugar la *Filosofía*. Los filósofos se caracterizan por tener una capacidad de análisis más allá de lo evidente, han desarrollado un *Pensamiento Crítico* que intenta explicar el por qué de lo que nos rodea. La ventaja de usar el pensamiento filosófico y convertirlo en consejos para educar a nuestros hijos es que, además de tener unas pautas de conducta para educarlos, también lograremos entender por qué educarlos así. Si los padres y educadores, haciendo uso del pensamiento crítico de los filósofos, logramos entender los motivos por los que debemos educar a nuestros hijos de tal o cual manera, si logramos «ser convencidos» o convencernos, si logramos interiorizar la importancia de los consejos que aquí presentamos, entonces puede que además de servirles a ellos, también nosotros podamos modificar nuestra propia conducta para adaptarnos mejor a este mundo tan maravilloso, volátil y cambiante en el que vivimos.

El segundo instrumento que vamos a usar son los *superhéroes de cómic*. Estamos viviendo un periodo de renacimiento de los superhéroes gracias a la industria del cine, nuestros hijos han comenzado a tener simpatía y, en algunos casos, devoción, por estos personajes de ciencia ficción que se convierten en ídolos de masas. Estos héroes son personajes distintos porque

tienen una serie de superpoderes que les otorgan ventaja con respecto al resto de los mortales. Nosotros haremos uso de los *superpoderes humanos* que tienen estos personajes. Analizaremos cuáles son los más importantes para lograr que nuestros hijos sean capaces de asimilarlos y aprenderlos. Veremos cómo aquello que los convierte en superhéroes no siempre son los poderes sobrenaturales de los que gozan, sino más bien todo lo contrario, una serie de cualidades y virtudes humanas que pueden ser enseñadas y, por lo tanto aprendidas, por nuestros hijos.

Este libro pretende ir más allá de los consejos de actuación y ayudarnos a entender mejor el mundo en el que nos movemos. Para comprender el fondo de los problemas con los que tenemos que enfrentarnos como padres, es necesario analizar el fondo del modelo de sociedad en el que vivimos. Pretende ser una guía que, además de práctica y realista, sea capaz de llevar a los lectores a un nivel superior de comprensión sobre las dificultades que nos vamos encontrando. Unos padres que sepan apreciar la importancia de una concepción equilibrada sobre la felicidad, que sean conscientes de las demandas que la sociedad actual exige a nivel personal, laboral, social... que conozcan las ventajas y los riesgos de las nuevas tecnologías, que sean capaces de comprender hacia dónde se encamina el mundo en el que se encuentra para poner a sus hijos en el camino correcto... unos padres así difícilmente fracasarán en su intento de criar a personas equilibradas y felices.

La tortura de la felicidad

Los consejos para aquellas personas que se han acercado a la paternidad por primera vez solían venir siempre del círculo más cercano de sociabilidad: madres, amigas, amigos, vecinas, familiares... Hasta no hace muchas décadas, los progenitores primerizos tenían el acicate de esta proximidad a la que acudir cuando entraban las dudas en las labores paternas/maternas. Durante todo este tiempo la figura de los padres estaba bien delimitada y el modelo educativo también. Era un modelo educativo más tendente al autoritarismo, donde el castigo formaba parte de la cotidianeidad y el afecto quedaba relegado a un segundo plano. Los padres eran las figuras de autoridad, las madres organizaban el hogar y demostraban cierto afecto, a la vez que aceptaban que sus parejas permanecieran más alejadas de la educación emocional de los niños.

Pero en 1946, un médico llamado Benjamin Spock, publicó *El libro del sentido común del cuidado de bebés y niños*. Fue un *best-seller* del que se vendieron, hasta 1980, 50 millones de copias en todo el mundo y se tradujo a más de 40 idiomas. La obra ha sido una revolución a la hora de entender una nueva manera de educar a los hijos. Aparte de los consejos médicos que había para los padres primerizos, el libro hizo especial hincapié en algo que cambió el papel de la paternidad que hasta hace poco se ha sostenido: el tema de la disciplina.

El doctor Spock aconsejaba a los padres ser más flexibles con sus hijos, pero sobre todo intentaba explicar la necesidad de que estos padres demostraran, de un modo más literal, su afecto dentro del núcleo familiar. Esta flexibilidad se traducía de mil maneras, que iban desde abrazar al niño para calmarle cuando lloraba, hasta intentar razonar con él los aciertos y desaciertos de sus acciones, frente a la imposición de autoridad que se ejercía generalmente sin mediar palabra. El revuelo en la sociedad del momento fue tal que incluso se le acusó de estar educando a una generación de anarquistas incapaces de seguir ninguna regla.

¿Qué ha sucedido desde entonces? que poco a poco ha ido calando esta idea entre los nuevos padres, y el afecto y la flexibilidad ha pasado a formar

parte de los nuevos modelos de familia que se han ido estructurando en las últimas décadas. Todo un acierto si tenemos en cuenta que ahora sabemos de la importancia de la educación emocional en el desarrollo de la personalidad del niño y las modificaciones cerebrales que provoca. Sin embargo, los nuevos padres que antes tenían a su alrededor a un círculo de familiares, amigos y conocidos a los que acudir para ayudarles en la crianza de sus hijos, ahora se encuentran con una brecha generacional importante, unida a un problema de distancia (y de tiempo) que les impide tener próximos a sus seres queridos y personas de confianza para que les ayuden en tan importante labor. La distancia social entre los abuelos y los nietos no facilita esta labor educativa. Hemos sustituido, por necesidad en la mayoría de los casos, los consejos sobre la paternidad de nuestros círculos sociales por las consultas en Internet y la lectura de los libros que nos aconsejan sobre cómo actuar o encarar la paternidad en el momento presente.

Sobre los muchos libros que se han escrito y se publican a diario sobre este tema, este pretende tener un elemento diferenciador: la comprensión y el análisis de la desorientación que sufrimos los padres en la actualidad. Al igual que otros libros, este ofrecerá una serie de *pautas de actuación para los padres*, muchas de ellas ya experimentadas con anterioridad y de resultados contrastados (si bien teniendo en cuenta que cada niño/adolescente es diferente) que son de utilidad para la *formación de una personalidad equilibrada*. Y recalco equilibrada, porque la gran mayoría de los libros de ayuda están orientados hacia la formación de personalidades felices.

Existe un peligroso imperativo social que se está asentando y que causa un enorme dolor a la sociedad actual: el imperativo de la felicidad. El mundo actual nos somete a la presión de tener que ser felices a toda costa. La felicidad se está imponiendo en el ideario de las personas como una obligación.

La felicidad fue, en 2015, la palabra más buscada en Google por los españoles. Cualquier libro que en su título lleve la palabra felicidad tiene asegurada una mirada de atención. Pero esta imposición sobre la necesidad de ser felices está causando una serie de problemas alternativos cuyo resultado es el opuesto al deseado. La auto-imposición irracional por lograr una vida feliz, imposición a la que nos sometemos, termina generando angustias y ansiedades irracionales que desembocan en una especie de insatisfacción constante con los modelos de vida que elegimos. Y cuando se

trata de nuestros hijos, la presión para que sean felices es el colmo de nuestra obsesión. Educar niños felices, la felicidad en la infancia, guía para un niño feliz... son los mantra que no cesamos de repetirnos a diario.

Sin embargo lo que pretendemos mostrar en este libro son modelos de actuación orientados más al sentido común que a felicidad, cuyo objetivo es que los padres sean capaces de educar a personas equilibradas. Son modelos de actuación para ir moldeando la personalidad de nuestros hijos de forma acorde y útil para los tiempos de incertidumbre y desorientación que estamos viviendo. La labor más complicada de los padres es educar a personas equilibradas, que sean capaces de ser felices siendo conscientes de esta felicidad y, sobre todo, dotando a esta de un valor que vaya más allá de lo superficial.

Si no, para qué nos sirve que nuestros hijos crezcan en un constante consumo de felicidad superficial basada en la obtención de objetos materiales o en el número de «me gusta» que obtienen en las virtuales redes sociales. Estos modelos ligeros y frágiles de felicidad que se imponen en la sociedad hipermoderna son fugaces y al igual que se logran, se olvidan. Estamos sometidos a la tiranía del *carpe diem*, del «aprovecha el momento», de tal modo que los modelos de felicidad que ansiamos tienen que ser instantáneos y fáciles de conseguir. No pueden requerir grandes esfuerzos, y no es de extrañar que la intensidad de estos momentos de felicidad sea igual de frágil que el esfuerzo y el tiempo que hemos invertido en conseguirlos.

Para Aristóteles, una persona virtuosa, la que lograba alcanzar la virtud, era aquella capaz de adquirir la felicidad haciendo uso de la herramienta que más nos diferencia del resto de los seres vivos: la parte racional. La parte racional del ser humano es la que nos habilita para encauzar nuestra vida de la manera más equilibrada posible, la que es capaz de conducirnos por lo que él denominó el «justo medio» o término medio. Se suele resumir en su máxima «en el termino medio está la virtud». Hoy en día usaríamos una expresión que se está perdiendo del común popular: «saber estar»: Saber estar significa que somos capaces de darnos cuenta del momento en el que estamos y somos capaces de valorar las circunstancias que rodean ese momento.

Es decir, si logramos que nuestros hijos sepan estar en el mundo que les rodea habremos logrado educar a personas no sólo equilibradas sino que, muy probablemente, serán capaces de alcanzar una felicidad mucho más enraizada (de raíz) y difícil de perturbar que los millones de objetivos superficiales y vanos con los que a diario nos inundan desde el mundo de las pantallas, del consumo y del éxito fácil e inmediato.

Saber estar significa que sabemos divertirnos cuando hay que divertirse, que sabemos concentrarnos cuando hay que concentrarse, que sabemos estar serios cuando las circunstancias lo requieren y que somos capaces de empatizar con las circunstancias que rodean nuestra vida cuando así se imponen. De este modo, cuando la cabeza, la razón, acompaña a la emoción, la vida de las personas es mucho más enriquecedora y plena que cuando se aplica sólo uno de los dos elementos.

Es obvio que como padres queremos que nuestros hijos sean felices, pero hay que aprender a serlo y para eso hay que saber identificar qué es la felicidad. Para identificarla es necesario no dejarse invadir por el sentimiento de felicidad momentáneo (alegría) sin más, sino que hay que proyectar una idea de felicidad en nuestros hijos que sean capaces de valorarla en su justa medida. Los consejos que iremos aportando a lo largo del libro irán unidos con las ideas que los grandes pensadores de la humanidad han puesto a disposición de todos para lograr una comprensión más profunda de por qué hacemos lo que hacemos y qué clase de felicidad es la que merece la pena buscar, aquella que no se tambalea con facilidad cuando las cosas se ponen algo más complicadas. Tenemos que aprender que la felicidad no es un estado de ánimo instantáneo sino más bien un modo de ser.

Muchas guías de paternidad se limitan a dar consejos y, a lo sumo, a explicar un poco el modelo de actuación a tener en cuenta, pero carecen de un análisis superior que vaya más allá de los motivos concretos que nos llevan a hacer algo establecido.

No basta con corregir la conducta de nuestros hijos, no es suficiente que acaten las normas que les damos, aun sabiendo que son por su bien. A parte de lograr condicionar el comportamiento de nuestros hijos de manera positiva es necesario que sean capaces de ver y entender más allá de los actos que realizan.

Aparte de convertirlos en personas que sepan comportarse es necesario que sean capaces de extraer conclusiones por ellos mismos, que desarrollen una personalidad fuerte, asentada y sobre todo una importante dosis de autoestima y una gran confianza en sí mismos.

Es cierto que, llegado el momento, hay muchos factores imponderables de la vida de nuestros hijos (nuevas amistades, modelos de diversión, relaciones sexuales, obligaciones en los estudios, drogas...) que, como padres, no podremos controlar y nos generarán momentos de angustia e incertidumbres, pero la mejor manera de ayudar a que nuestros hijos se conviertan en personas

equilibradas es dotándolos de un aparato crítico con el que ellos mismos sean capaces de tomar decisiones.

Aristóteles y el hombre político: La historia de Carlos

Carlos tenía 15 años la primera vez que lo conocí, cuando llegó a mi instituto para estudiar bachillerato. Venía de un pequeño colegio concertado con docencia desde infantil hasta cuarto de ESO, con una sola línea, un lugar donde todos conocían a todos. Con profesores contratados que solían tener nexos comunes, entre familiares, amigos, recomendados... es decir, era un ambiente bastante familiar donde las experiencias que se vivían solían prolongarse más allá de las propias paredes del centro. El aula apenas alcanzaba los 20 alumnos en el mejor de los casos y la atención hacia el alumnado solía ser bastante personalizada.

Carlos era un hijo modelo y un buen estudiante, le gustaba el jolgorio y la alegría, pero no descuidaba sus obligaciones y era respetuoso con todos. Los padres de Carlos, dos trabajadores liberales con estudios universitarios, mostraron ser dos personas equilibradas y racionales que durante todas las conversaciones que tuvimos revelaron siempre una total conciencia de los problemas que le fueron surgiendo a Carlos. La situación socio-económica de la familia era buena, familia de clase media, con cierta holgura económica, y con dos hijos varones. Una familia normal, vaya. Nada les había preparado para los años de bachillerato que se les venían encima.

En apenas cuatro meses Carlos pasó de ser el hijo normal de cualquier familia normal, a un hijo depresivo, irascible, desafiante y desorientado que había encontrado la vía de escape en el mundo de la noche. Un cambio tan radical como inesperado. Y todo comenzó cuando rompió su núcleo de convivencia.

Muchos padres, amigos, familiares, conocidos... me piden consejo cada año para decidir a qué instituto llevan a sus hijos, cuando llega esa fase crucial en la vida de una persona que es la adolescencia. Y muchos de estos padres orientan la pregunta hacia el plano académico. Quieren saber cómo es el rendimiento académico de los distintos centros educativos porque para ellos es el elemento definitorio a la hora de escoger. El peso de lo

académico es capital desde la perspectiva de unos padres preocupados por el futuro progreso profesional del hijo. Recuerdo que, antes de conocer personalmente a Carlos, sus padres ya se habían entrevistado conmigo para conocer mi lugar de trabajo, querían que les contase algo sobre los resultados de selectividad de nuestro centro, sobre el control y la disciplina, sobre el tipo de alumnado que iba a estudiar el bachillerato... Como tengo la inmensa fortuna de trabajar en un instituto público excelente, todo lo que les conté sobre la estructura y funcionamiento de nuestro centro fueron parabienes. Pero acto seguido les dije que,

«por mucho que en el ideario común el aspecto académico siempre parece ser el determinante en la formación del adolescente, hay que tener en cuenta que existen otros aspectos iguales o incluso más importantes que este a la hora de tomar esta clase de decisiones». Y les referí al núcleo social del alumno.

Cuando me preguntan qué colegio (instituto) recomiendo para que mi hijo estudie el bachillerato o la ESO yo les contesto con otra pregunta: ¿estáis contentos con el grupo de amigos de vuestro hijo? Es decir, ¿conocéis a sus amigos y conocéis a sus familias? ¿Sabéis si son familias preocupadas por sus hijos, por su desarrollo personal, por sus estudios, por sus valores...?

Muchas me contestan que sí, en concreto, los padres de Carlos, conocían a sus amigos y a sus respectivas familias desde la infancia. Todos habían crecido juntos en ese pequeño colegio, los padres se conocían entre ellos y habían desarrollado cierta amistad, había florecido una sociabilidad muy sana que comenzó con los cumpleaños de los pequeños y siguió con las excursiones de fin de curso y los campamentos de verano, donde se ponían de acuerdo para que todos estuviesen juntos. Es decir, el núcleo social que rodeaba al adolescente estaba totalmente controlado y era bastante sano en casi todas sus acepciones.

Cuando me responden con un caso similar, yo siempre les aconsejo lo mismo. Les digo que si están satisfechos con este núcleo social, el mejor colegio donde pueda ir su hijo a estudiar el bachillerato o la ESO es aquel donde vayan el máximo número de sus amigos, de manera que intente preservar este micro-cosmos todo lo posible.

Cuando se trata de la formación de la personalidad en un pre-adolescente o adolescente, el núcleo social es el principal pilar en el que se sostiene el desarrollo de la persona. El aspecto académico, asociado a la búsqueda de un centro de alto rendimiento en lo referente a resultados, no es determinante.

El centro que puedan elegir no es tan importante ni crucial para su futuro profesional, al contrario de lo que mucha gente piensa. A estas edades la motivación y la implicación del alumno a la hora de afrontar los retos académicos del bachillerato, junto con la actitud de la familia, son mucho más decisivos que el nivel académico del centro. Por fortuna, muchos de los centros públicos que conozco y también algunos privados, suelen tener grandes profesionales docentes en el bachillerato, por lo que el rendimiento académico dependerá en gran parte de la voluntad del hijo y no tanto del nivel de los docentes, que como acabo de decir, suele ser bastantes buenos a la hora de preparar, por ejemplo, para la reválida o la selectividad.

Aunque ya se sabe, no está de más recordar que vivimos en sociedad y es necesario tenerla en cuenta si queremos realizar una labor educativa acorde con el entorno en el que vivimos. Para Aristóteles el hombre es un «animal político» (*zoon politikon*). Es decir, poseemos la capacidad de ser personas cuando vivimos con otras personas.

La faceta de animal que define Aristóteles la tenemos clara, pero la faceta «político» muchas veces solemos olvidarla a la hora de emprender la labor educativa de nuestros hijos. Político proviene de polis, que significa «ciudad». Es decir, lo que caracteriza al ser humano, entre otras cosas, es la capacidad de relacionarse con otros y organizarse en multitud de formas y maneras distintas. Comenzando con una socialización primaria, basada en la familia y extendiéndose hacia distintos niveles de socialización a lo largo de la vida de una persona. A continuación, Aristóteles argumentaba que aquel que no necesita de la sociedad para vivir es porque, o bien es una bestia (animal salvaje), o bien es un dios, todopoderoso. Por eso es fundamental tener en cuenta el contexto político (social) donde se desarrolla la vida de nuestros hijos. Por eso es vital cuidar el entorno de esa sociabilidad primaria y cercana que el niño tiene desde pequeño. Los griegos entendían la necesidad de las relaciones sociales a la hora de educar correctamente a sus hijos. El tiempo de sociabilidad es aconsejable que esté controlado, y si me apuran vigilado, por los progenitores a medida que el niño se hace mayor. Tanto el animal como el hombre, para el pensador griego, eran seres sociales pero a diferencia del animal, el hombre era también político. Es decir, era capaz de extender su sociabilidad a las ciudades, de ampliar esta sociabilidad a un núcleo superior de aquel en el que él mismo se relacionaba. Es decir, la característica política del ser

humano sirve para poder pensar más allá de los intereses de nuestro núcleo social.

Por eso es importante que durante el proceso educativo de nuestros hijos sepamos si sus amigos y sus familias son personas que también tengan el sentido de la política (de la polis) interiorizado. Y cuando hago referencia a la política no lo limito a «ideario político», no es importante si son de izquierdas, de derechas, de centro... (si es que algo de lo anterior existe). Me refiero a la idea de preocuparse por un grupo social que vaya más allá del suyo propio. De ser capaces de pensar con las vistas puestas a una colectividad que vaya más allá de la suya, si son respetuosos con la polis, con la ciudad, en la que viven.

Esto se resume en un concepto tan maravilloso como abstracto: *el civismo*. ¿Son los amigos de nuestros hijos y sus familias personas cívicas? Podrán argumentar sobre la dificultad de saber estos datos pero el civismo se descubre en los detalles del día a día. Miles de pequeños gestos que delatan esa capacidad de «ser político» que una persona debería de tener interiorizada gracias a la educación recibida. Gestos como buscar una papelería en la calle para tirar los papeles, ceder el asiento en los transportes públicos a las personas que más lo necesitan, no arrojar basura por la ventanilla del coche, no aparcar en zonas reservadas a minusválidos en los centros comerciales... un sin fin de detalles que a diario se acometen de manera respetuosa con la ciudadanía que te rodea, son actos de civismo.

Puede parecer un detalle sin demasiada trascendencia el preocuparse por el civismo, tanto el nuestro como el de nuestros amigos, pero créanme que es un detalle que ayuda a tener un núcleo social «sano».

Las personas que han interiorizado los actos de civismo y se sienten mal si cometen un acto incívico suelen tener una buena capacidad de empatizar, se preocupan por algo que está más allá de sus propios intereses personales, cosas que, en principio no les afectan de un modo directo. Se sienten parte de una entidad superior que respetan: cuidar el mobiliario público de tu ciudad, reciclar, colaborar con ONG... Suelen mostrar una madurez comprensiva sobre el mundo que les rodea que va más allá de la proximidad de su cotidianeidad.

En el fondo es una pequeña demostración de la capacidad de solidaridad y una muestra de *madurez emocional* que hace que se olviden de sus propios intereses más inmediatos y sean capaces de pensar y sentir más allá de algo concreto, ser capaces de comprender que forman parte de un todo

globalizado donde sus acciones, aunque parezcan insignificantes, también cuentan para mejorar el mundo en el que viven.

JÓVENES Y ZONA DE CONFORT

En muchas ocasiones, cuando he sugerido a los padres que lo mejor que pueden hacer con su hijo a la hora de elegir dónde cursar el bachillerato o la ESO es dejar que siga con su núcleo de amigos, ellos me replican que lo más enriquecedor para sus hijos es cambiar de centro y aprender a adaptarse a un nuevo lugar y hacer nuevos amigos. Muchos padres alegan que es más importante que el adolescente (o pre-adolescente) empiece desde cero para aprender a desenvolverse en entornos distintos al suyo. Los padres más cultivados en las nuevas terminologías psico-pedagógicas llegan incluso a aludir sobre la necesidad de que sus hijos salgan de su «zona de confort» para así convertirse en personas autónomas y responsables. No me parece mala idea que al niño se le obligue a salir de su zona de confort, de hecho, cuando acaba el curso, justo antes de las vacaciones de verano, uno de los consejos que suelo dar a los padres es que, si pueden, envíen a sus hijos a campamentos de verano durante 10 o 15 días como mínimo. Campamentos donde apenas tengan la referencia de los amigos de siempre. Lugares en los que se vean obligados a socializarse de nuevo, con nuevas rutinas, nuevas jerarquías a las que seguir, nuevas personas a las que conocer, nuevos ambientes en los que tendrán que desenvolverse...

El verano es un periodo excepcional para poder trabajar esa ansiada autonomía que queremos que adquieran, es un buen momento para poder experimentar en lo referente a los distintos modelos de reacción que pudieran tener cuando salen de un entorno seguro.

Pero es una labor que hay que ir trabajando desde la infancia, a ser posible de un modo progresivo. En cualquier caso, llegado el momento, es importante que ellos sepan que son capaces de afrontar estos retos sin demasiada angustia. A pesar de todo, cuando los padres me argumentan que ellos creen que es mejor para su hijo conocer otros centros educativos, hacer nuevas amistades, adaptarse a nuevas rutinas y metodologías para así poder potenciar su autonomía, yo les digo que depende del adolescente/niño, pero que siempre tienen que asumir un nivel de riesgo importante, sobre todo a estas edades, que puede provocar el efecto contrario al deseado. O bien porque, como le pasó a Carlos, entendió que tenía que adaptar su manera de ser hacia el extremo de una sociabilidad

basada en la fiesta y la superficialidad para hacerse notar entre sus nuevas amistades, o bien porque se pasen al extremo contrario y se retraigan y aíslen.

No cabe duda de que, si todo sale bien, puede ser una experiencia muy enriquecedora para el adolescente que reforzará su autoestima y su seguridad para afrontar los retos que la vida le ponga por delante. Pero son dos años, los del bachillerato o la formación profesional, muy importantes a la hora de asentar la personalidad que el adolescente está construyendo, son dos años cruciales en los que existe una fragilidad impuesta por la tremenda importancia que suele tener la sociabilidad en esta edades, la aceptación social de los demás, el reconocimiento del grupo...

Por eso, en el caso de personalidades frágiles, volátiles, inseguras o infantiles aconsejo esperar hasta los 18 años para animar a los hijos a experimentar con su sociabilidad, sobre todo en lo referente a los cambios de centros educativos, a enfrentarse a nuevos retos. Una vez acabada esta etapa, ya sea para ir a la universidad, a un ciclo superior, a buscar trabajo... es recomendable que el joven salga de su zona de seguridad para probarse, para ir desarrollando esta autonomía que tan necesaria es en el siglo de hiperindividualismo.

Cicerón y la amistad

Lo que no deja de sorprenderme es que, por mucho que les argumento a los padres sobre la importancia de mantener un núcleo social sano, gran parte de las decisiones que después terminan tomando son decisiones basadas en el criterio meramente académico.

Esto pone de manifiesto algo que llevamos observando un par de décadas: el desprestigio de los profesionales de la educación. Si un médico da un consejo sobre salud no suele ponerse en duda su palabra (normalmente) y el paciente no suele desoír el consejo del médico. El paciente no cree saber más que el doctor y no lo pone en entredicho, lo mismo sucede con otras muchas profesiones, si un mecánico te dice que es aconsejable por el bien de la seguridad de tu motor que le cambies el aceite cada 15.000 km no sueles obviar su consejo.

Pero cuando hablamos de educación los padres, al sentirse ellos educadores, no toman tan en serio como se requiere la palabra del profesional.

Parte de la culpa de este desprestigio profesional la tiene la propia concepción de la paternidad que considera que, por el simple hecho de ser padres, han adquirido el título de pedagogos por inoculación genética. Pero de esto hablaremos más adelante.

En el caso de Carlos, el núcleo social de padres que durante tantos años habían permanecido juntos, se deshizo. Y se rompió porque entre ellos no fueron capaces de priorizar los lazos que los unían y pusieron por delante, cada familia, los criterios académicos que cada uno consideró mejor para su hijo frente a los criterios sociales.

Esto puede resultar bueno si tu hijo tiene la madurez suficiente como para tener claro la importancia de formarse académicamente y la necesidad de cumplir con sus obligaciones como estudiante. Si además la familia se preocupa por ir conociendo los nuevos ambientes donde se mueve su hijo es probable que no haya ningún problema a la hora de cambiar de centro a estas edades. En este sentido, es vital conocer a tu hijo de manera lo suficientemente objetiva como para ayudarlo a tomar este tipo de decisiones. No es lo mismo tener un hijo que se deja llevar, con una

personalidad débil, fácilmente influenciable, tímido, que otro que tenga un perfil de líder, con criterios claros y capacidades sociales para desenvolverse bien en cualquier medio. A la hora de cambiarle su entorno social en pos de un objetivo académico hay que intentar anticipar la integración del hijo en el nuevo entorno, pero haciendo esto a través de sus ojos. Por eso los padres tienen la obligación de conocer bien a sus hijos, intentando ser lo más objetivos posible. Junto a ello, nunca está de más prestar atención a las personas que llevan trabajando con adolescentes toda su vida y, por lo tanto, atesoran una gran experiencia cuando se trata de encarar problemas de este tipo.

* * *

Como decíamos, las familias que conformaban el grupo de amigos de Carlos no llegaron a un acuerdo a la hora de matricular a sus hijos en el mismo sitio. Cada familia alcanzó sus propias conclusiones y cada uno de los amigos se desperdigó por los diferentes centros educativos de la ciudad. Los padres de Carlos decidieron matricularlo en mi centro, al que vino acompañado de una sola de las amigas de su núcleo social.

¿Qué le sucedió a Carlos a su llegada a mi instituto? Pues lo que era de esperar, tuvo que comenzar a buscar su rol dentro de una nueva comunidad educativa donde muchos de los alumnos de su clase ya eran amigos desde hacía bastantes años. Siendo así, lo más normal era que se juntase con otros que estaban en su misma situación de «desamparo emocional», que habían llegado también nuevos al centro. De repente se formó un grupo de nuevos alumnos que trataban de sociabilizarse entre sí sin tener apenas puntos en común. Y en esta nueva socialización, los padres de Carlos estaban totalmente desorientados, no sabían nada sobre las nuevas amistades de su hijo, no conocían a los padres de estos nuevos amigos, las únicas referencias de ellos que los padres de Carlos tenían eran aquellas que su hijo les daba. Al poco tiempo, tras las entrevistas que tuve con los padres de Carlos, nos dimos cuenta de que el chico no era sincero al hablar con sus padres de sus nuevas amistades, mentía sobre las notas de sus amigos, sobre sus actividades extraescolares, sobre su comportamiento en clase...

José Antonio Marina tiene mucha razón cuando afirma que llegado este momento, lo más importante no es solamente preocuparse por las notas de tu hijo, sino que es igual de importante

preocuparse también por las notas de sus amigos.

En el instituto anterior sabían perfectamente qué notas sacaban los amigos de sus hijos y qué clase de educación en valores habían recibido. Pero ahora, de repente, estaban totalmente desorientados y a expensas de lo que Carlos quiera contarles. En menos de cuatro meses se habían convertido en unos padres iletrados en lo referente a las nuevas relaciones sociales de su hijo.

Las amistades, a estas edades, están preñadas de unas simpatías que suelen carecer de la reflexión sobre el propio concepto de amistad, muchas son amistades circunstanciales (por vecindad, por formar parte de la misma clase en el colegio, o del mismo equipo de fútbol...), y muy pocas son conscientemente seleccionadas. La gran mayoría de los padres se limitan a advertir a sus hijos sobre la conveniencia o no de tener tal o cual amistad, pero no van más allá de una advertencia paternalista basada mucho más en intuiciones de los propios progenitores que en razonamientos. *La selección de amistades es una de las labores más importantes que acometerán nuestros hijos a lo largo de su proceso madurativo.*

Y aún sabiéndolo, los padres apenas dedicamos tiempo a hablar con nuestros hijos y educarlos en identificar las características más importantes de la amistad. A medida que crecen es necesario que aprendan a poner en valor las amistades que tienen, que sean capaces de analizar y valorar objetivamente los pros y los contra que supone rodearse de ciertas personas, que tengan la habilidad de saber discernir el pasar el rato con alguien que apenas te aporta otra cosa que no sea entretenimiento, de otra persona que, además de darte buena compañía te aporta y enriquece intelectualmente a la vez que también te valora.

En esta definición de amistad bien podríamos hacer uso de la idea de amistad que Cicerón dejó escrita en el siglo I antes de Cristo. Para Cicerón la amistad se sostenía sobre el concepto de fidelidad, de confianza. Un amigo es aquel que te es fiel y en el que puedes confiar. Sólo con estas dos características, bien podríamos ilustrar a nuestros hijos para que sepan evaluar qué clase de amistades tienen.

En lugar de dejarnos llevar por la «mala espina» o la «buena impresión» que podemos tener de los amigos de nuestros hijos, es mucho más conveniente armarles el aparato crítico para que ellos sean capaces de distinguir estas características por sí mismos. No podemos controlar lo que los amigos de nuestros hijos hagan pero sí podemos ayudarles a que sean capaces de tener su propio aparato crítico, que sean capaces de razonar sin que las influencias del grupo o de las modas mediáticas les afecten más de lo necesario.

Llegado el momento, sobre todo cuando en la adolescencia comienzan a rodearse de nuevos amigos de los que no tenemos ninguna referencia, es necesario confiar en la labor educativa que hemos estado realizando con nuestros hijos a la hora de enseñarles a evaluar las amistades. Es muy probable que los nuevos amigos que tengan nuestros hijos se presenten con un perfil políticamente correcto, pero no será la primera ni la última vez que las apariencias ocultan otro modelo de persona distinto al que vemos frente a nosotros. Por eso es vital que durante el proceso de crecimiento, antes de que llegue ese punto en el que nuestro hijo conozca nuevas amistades, podamos tener la suficiente confianza en su criterio como para esperar que hagan una buena elección de sus nuevas amistades.

El propio Cicerón añade la necesidad de que el trato entre amigos sea afable y sobre todo pone el acento en el modo de actuar, que, en palabras del pensador romano, tiene que ser ejemplar en el comportamiento.

A esto, Cicerón le añade una característica con respecto a la amistad que, si somos capaces de que la interioricen nuestros hijos, es probable que les ayudemos a ahorrarse grandes decepciones o sinsabores: la isonomía. La isonomía no es otra cosa que la igualdad en el trato desde la perspectiva del reconocimiento del otro. Es decir, un buen amigo es aquel que te trata como un igual a sí mismo y es capaz de reconocer tu valía, de apreciar tus valores.

Llegados a la adolescencia, nuestros hijos deben rodearse de amigos a los que aprecien y valoren pero sin olvidar este detalle que tan brillantemente nos expone Cicerón, el de *sentirse igualmente apreciados por parte de sus amistades*. Tenemos que hacerles conscientes de la valía de este trato y sobre todo de esta valoración. Cuando nos sentemos a hablar con ellos sobre sus amistades hay que hacerles razonar sobre la importancia de esta *isonomía* a la hora de evaluar sus relaciones personales. Si logramos que sean capaces de sentir esta característica como necesaria en sus amistades nos ahorraremos tener que luchar contra las amistades manipuladoras, las interesadas, las dañinas, las amistades tóxicas...

Si queremos seguir instruyendo a nuestros hijos en las enseñanzas de Cicerón sobre la amistad tampoco estaría de más que les dijésemos que la amistad no puede basarse principalmente en el placer o en la utilidad.

Si bien es cierto que cuando son más críos las amistades suelen ser más superficiales y la utilidad se centra en el entretenimiento, a medida que llegan a la adolescencia hay que hacerles ver que un amigo, tanto los que ellos seleccionen como aquellos que les han seleccionado a ellos, no se

elige exclusivamente por su mera utilidad como bufón, es decir, una buena y sana relación de amistad no utiliza al amigo exclusivamente para el entretenimiento.

Para Cicerón, la amistad, aparte de abarcar la búsqueda del placer y del entretenimiento, también tiene que educar mutuamente en la virtud. Un buen amigo tiene que servir también para conocerte mejor y esto es algo que muchas veces no son capaces de extraer de sus amistades. Cuando algunos de estos jóvenes hipermodernos llegan a mi despacho pidiendo consejo sobre relaciones personales siempre suelo preguntarles lo mismo ¿qué te aportan tus amistades?

¿Qué beneficio obtienes de ellos que vaya más allá de una compañía meramente testimonial o el rato de combatir el aburrimiento?

Y siempre les digo que piensen en una frase que mi abuelo me decía cuando yo era adolescente: «todo lo que no te aporta, te resta», es decir, cuando la persona que está a tu lado no te aporta y no te valora como mereces entonces lo único que hace es restar, quitar. Hay que enseñarles a nuestros hijos que es importante que sepan rodearse de personas que enriquezcan su vidas.

Esta fue una de las preguntas clave que hizo que Carlos comenzara a valorar como era debido sus nuevas amistades. Lo que le sucedió a Carlos es más habitual de lo que mucha gente piensa. A Carlos le ocurrió lo mismo que le sucedió al Monstruo de Frankenstein en la novela de Mary Shelley. Su personalidad, que más o menos parecía estar definida y encarrilada como un niño-adolescente sano y simpático, cambió de manera muy rápida al entrar en contacto con este nuevo grupo social. El monstruo de Frankenstein, a lo largo de la novela, cuenta en primera persona y de manera magistral que durante el tiempo que vivió oculto observando el comportamiento extraordinario de la familia De Lacey, él sintió que era humano, se maravillaba de las buenas acciones que aquella familia acometía a diario. Se alegraba con ellos y se entristecía a la vez que lo hacían ellos. Empatizó y sintió un tipo de amor casi familiar que le ayudó a comprender mejor qué significaba ser humano. Pero a medida que avanza la novela, el monstruo es repudiado y perseguido por todas las personas que encuentra en su camino de manera que, a causa de estas nuevas experiencias de rechazo, abandona una bondad inicial en pos de una personalidad totalmente distinta y vengativa.

Carlos, tratando de buscar su lugar entre sus nuevos compañeros, que también querían posicionarse en el grupo de clase, perdió la perspectiva de lo que antes era importante y esencial para él y suspendió algunas

asignaturas, engañando a sus padres sobre sus salidas, bebiendo alcohol incluso entre semana y generando una actitud de enfrentamiento contra sus progenitores.

Durante un tiempo, se olvidó de hacer uso de su aparato crítico para poder evaluar sus nuevas amistades, se dejó llevar por el fulgor de la nueva vida que estaba experimentando, entró en una vorágine de entretenimiento superficial, fiestas y «colegueo» que se impuso a su pensamiento crítico.

Sus padres tampoco le ayudaron a realizar esta reflexión en torno a las nuevas amistades y, cuando quisieron darse cuenta, creyeron que era demasiado tarde.

Vivimos en un sociedad que demanda rapidez de manera constante, busca la inmediatez, quiere los resultados ya, estamos experimentando una sociedad impaciente. De modo que cuando nos encontramos con un cambio tan rápido y radical como el de Carlos, los padres nos desorientamos y la ansiedad por saber inmediatamente cómo solucionarlo, por conocer ya, por arreglar el problema de manera rápida, termina pasando factura.

Lo que verdaderamente solicitan los padres cuando hablan conmigo es comprensión, los padres quieren comprender, desean comprender lo que está sucediendo a su hijo que ya no parece el mismo. Y sé que es difícil pero es necesario un ejercicio radical de empatía muy grande sobre los cambios que suelen experimentar en estas situaciones

Para los padres de Carlos lo que les estaba sucediendo era incomprensible, literalmente no daban crédito a lo que estaba pasando, es una fase muy común en estas situaciones, es como si de repente no conocieras a tu hijo. Muchos de estos padres pierden la orientación sobre lo que le está ocurriendo al hijo y tratan de imponerse a base de castigos, sin antes realizar un ejercicio de comprensión lo más realista posible.

John Locke: el castigo

El castigo debe ser un elemento a utilizar para que el niño o adolescente sea capaz de reflexionar sobre su actitud y no siempre sabemos usarlo como es debido. Una de las frases que más se escucha en los despachos en las horas de tutorías es «si ya le he castigado con todo, le he quitado el móvil, la consola, la paga, le he dejado sin salir, pero al niño le da igual». La primera pregunta que les hago es ¿por qué cree usted que le da igual? Y muchos de ellos no son capaces de reflexionar más allá de respuestas simples. Entonces les pregunto: ¿Cuánto trabajo les ha costado a sus hijos tener el teléfono móvil? ¿Cree que su hijo es suficientemente maduro para saber usar el móvil? ¿Qué ha hecho para merecer una consola de video-juegos? Y claro, en la gran mayoría de los casos no han tenido que realizar ningún esfuerzo real para conseguir cualquiera de los bienes materiales con cuya ausencia se les castiga. De manera que es normal que no les otorguen valor a muchas de las cosas que tienen, entre otros motivos, porque no les ha costado nada conseguirlas.

A esto se le une que, cuando los padres descubren que su hijo les miente y no es el que esperaban o creían que era, la reacción es castigarlo con la primera cosa que les viene a la cabeza.

La necesidad de imponer una sanción inmediata, en el ardor del momento, suele prevalecer a la importancia de reflexionar sobre qué tipo de sanción es conveniente. El niño/adolescente sabe muy bien qué ha hecho mal y la urgencia del castigo puede ser contraproducente para el efecto que deseamos que tenga.

Lo primero que hay que entender es que existe una superficialidad en los hijos que a veces se impone al uso de la razón, y esta superficialidad, junto con una personalidad en proceso de formación, fue la causante de que en el nuevo grupo social de Carlos, los que se consideraban líderes, estuvieran señalados por su capacidad de disfrutar la fiesta, en el sentido más hedonista y desproporcionado del término. Es necesario hacer un ejercicio de comprensión sobre lo que significa ser niño o adolescente, pero además tenemos que añadir la coletilla «ser niño o adolescente en el siglo XXI».

Muchos padres no paran de comparar su infancia/adolescencia con la de sus hijos y no entienden qué es lo que falla en el proceso educativo y de maduración de los mismos. Confrontan el concepto de autoridad y del deber que ellos tenían cuando eran jóvenes con el de sus hijos.

Pero en esta comparación olvidan hacer un ejercicio de análisis sobre el concepto de paternidad que ellos aportan y el modelo de sociedad en el que ahora vivimos. Los padres son capaces de ver la paja en el ojo de sus hijos pero no la viga que está incrustada en el suyo, quieren que sus hijos respondan de la misma manera que ellos hacían cuando eran jóvenes pero ni ellos son los mismo padres que sus padres, ni la sociedad en la que se desarrollan es la misma en la que ellos crecieron. Por eso, cuando intentan imponer los mismos castigos que a ellos les imponían, fracasan.

Hubo un filósofo inglés en el siglo XVII, John Locke, que dedicó parte de su obra a analizar el papel del castigo y del premio en el proceso educativo aportando unas sugerencias que, 300 años después, bien pueden valernos a nosotros. Escribió un pequeño tratado titulado: *Algunos pensamientos sobre la educación* y entre ellos defendía que:

La labor principal de los padres es educar a niños fuertes, tanto en lo físico como en adquirir hábitos mentales que le permitan desarrollar un buen pensamiento racional.

Traemos a Locke a colación porque tiene un pensamiento realista que puede sernos de gran utilidad para nuestro propósito. No en vano, este libro se basa en una serie de cartas que el filósofo inglés envió a Edward Clarke, casado con su prima, donde aconsejaba a este sobre la labor educativa de sus hijos. Locke insistía en la importancia de educar física y racionalmente a los niños, dos aspectos que en pleno siglo XXI, se han convertido en los ejes y pilares para una buena educación.

Sobre el desarrollo centrado en la educación física no hay mucho sobre lo que hablar porque de todos es sabido la importancia de un buen crecimiento físico equilibrado. Estamos asistiendo al nacimiento de una epidemia global en lo referente a las consecuencias de un mal cuidado del físico de nuestros hijos: la obesidad. Los malos hábitos alimenticios, unidos a una vida sedentaria, están condenando a millones de niños a padecerla. El cuidado del cuerpo, del estado físico, es tan antiguo como la humanidad; desde el *mens sana in corpore sano* sabemos de la importancia de educar físicamente a los hijos. Y a pesar de conocer la importancia, no sólo del cuidado del físico, esencial en el desarrollo de las personas, sino además del «aspecto físico» y de la presión social sobre la imagen que sufrimos,

muchos padres descuidan aspectos tan importantes como una alimentación sana y un desarrollo físico adecuado. Para Locke, una constitución física fuerte y saludable, capaz de resistir la fatiga y el trabajo duro, es un elemento esencial para la felicidad. Si bien su propuesta sobre «endurecer» físicamente al niño a base de fatigarlo físicamente puede parecer demasiado estricta para los tiempos actuales, no por ello tenemos que despreciar la idea de fondo que sostiene la necesidad de educar a nuestros hijos también en el aspecto físico.

Pero en lo referente al uso del castigo Locke tenía una idea revolucionaria para el momento histórico en el que la escribió, él pensaba que el castigo, sobre todo el castigo físico, terminaba generando malas personas, especialmente porque creía que 9 de cada 10 personas son buenas o malas dependiendo de la educación recibida.

Por eso entendía que era muy importante someter a un baño de estoicismo la educación de los niños. Este estoicismo consistía en enseñarles a los niños a controlar sus pasiones, en lograr que estos las sometan (entendidas como impulsos irracionales) a la razón y yo añado: cuando las circunstancias así lo requieren.

Por eso, cuando Locke habla del castigo, cree que es mucho más educativo premiar a los niños por sus actos virtuosos, por sus buenas maneras, por sus buenas acciones, que castigarlos por lo que han hecho mal. Es decir, a la hora de que el niño interiorice y aprenda a comportarse bien, tiene un efecto más potente el hecho de que le alabemos el buen comportamiento y le mostremos afecto y admiración, que el castigo que podamos imponerle cuando se desvía del camino de la bondad.

Para Locke, que el niño asimile un temor excesivo hacia el educador, ya sean padres o profesores, es contraproducente. Los padres no podemos olvidar este punto si queremos educar correctamente a nuestros hijos. En esta sociedad confundimos con frecuencia el respeto con el miedo. Para ganarse el respeto de nuestros hijos no podemos hacer que nos teman en exceso. El respeto se gana, entre otras cosas, a través de la admiración, pero el castigo extraordinario provoca miedo y, como ya sabemos, el miedo suele bloquear el pensamiento racional. Cuando el niño nos teme, cualquier reproche que le estemos haciendo suele ocultarse en un segundo plano, el *bloqueo mental* del niño impide a este razonar sobre la reprimenda que le estamos haciendo. La consecuencia es que el efecto que ansiamos conseguir, el razonamiento de la mala conducta al que el niño tiene que llegar, no se logra por la parálisis del miedo que en ese instante le invade, cesando cualquier atisbo de racionalidad.

Locke cree que el verdadero arte de un profesor (también puede valerlos para los padres) es el de conservar siempre la atención del niño. Una atención activa y consciente y no paralizada por el miedo. Por eso es muy importante combinar bien la disciplina con la dulzura a la hora de educar. El castigo, la dureza, la reservaba Locke para cuando existía un comportamiento inapropiado que perseveraba en el tiempo y además demostraba testarudez a la hora de no rectificar el mismo, actitud muy acorde para los tiempos en los que Locke escribía.

Durante la educación del infante, Locke da prioridad a la formación moral del niño antes que a la formación intelectual. Siendo un hombre muy cultivado, sin embargo considera que antes de emprender el camino del aprendizaje reglado de lectura, escritura, ciencias... es más importante que el niño aprenda costumbres y hábitos sociales que le ayuden a saber estar, que le faciliten su integración social ante todo. Y en este sentido, el castigo tiene que ser un instrumento que ayude al niño a rectificar pero siendo plenamente consciente de la importancia que tiene cambiar de actitud y sabiendo incluso reconocer la necesidad de la sanción.

Kant: cumplir con el deber

Los premios y los castigos tienen una asociación evidente con los deberes. Nuestros hijos tienen la obligación de tener obligaciones y conocer cuáles son. Como padres es muy importante que nuestros hijos tengan un rol que cumplir dentro del núcleo familiar, con sus derechos, sin duda, pero sobre todo con sus deberes. Estamos asistiendo a un periodo histórico en el que lo «políticamente correcto» se impone y por lo tanto, *el derecho parece haberle ganado la batalla al deber.*

Pero si queremos que nuestros hijos sean conscientes de lo importante que es adquirir un derecho, este tiene que ser conquistado por ellos mismos. Si queremos que nuestros hijos comprendan la verdadera profundidad del derecho, de sus derechos, tenemos que animarles a que se los ganen.

Muchos padres se saltan este importante paso en la educación y le otorgan a sus hijos «derechos adquiridos». Sin mediar ganancia, valoración o reflexión, los padres les concedemos derechos por el simple hecho de ser niños, de ser nuestros hijos. Pero, como la historia ha demostrado, muchos de los derechos de los que ahora gozamos se han conseguido tras mucho esfuerzo, de modo que no estaría de más que, en el ámbito familiar, nuestros hijos sean capaces de «ganarse el derecho a» y no los den por sentado sin más.

Y al igual que tienen que ganarse el derecho tampoco está de más que asuman que tienen deberes que cumplir. Este es un hábito que hay que sembrar desde pequeños, el de imponer deberes, comenzando por el hogar, y obligar a que los cumplan hasta el momento en el que sean capaces de asumirlo como deber y no como obligación proveniente del exterior.

El error más común que suelen cometer los padres a la hora de intentar reforzar el aprendizaje del deber suele ser el premio que le otorgan cuando el niño/adolescente cumple con su deber. Es tremendamente dañino para su educación que espere recibir un premio por cumplir con su deber. El deber es algo que se tiene que realizar sin esperar nada a cambio. Desde el momento en el que se fija una recompensa (te compro la moto si apruebas, te compro la consola si estudias, te dejo ir de viaje de fin de curso si no suspendes ninguna...) el deber pierde todo su sentido. Se convierte en un instrumento para conseguir un fin por lo que ya no es un deber, sino un medio que me vale para lograr el premio que me han prometido.

Este es un problema frecuente y recurrente. Muchas veces se comete por desconocimiento y también por la presión social; muchos adolescentes se quejan en casa de los premios que otros amigos tienen en sus casas por aprobar el curso y los padres terminan cayendo en la trampa de premiar el deber.

Un deber no se premia nunca. Un deber se cumple.

Si bien es cierto que cuando son más pequeños es necesario premiarles para reforzar su conducta, a medida que le exigimos que la repitan hay que ir quitándoles el premio; es necesario que, con el paso del tiempo, dejen de asociar el deber con el premio y el castigo, y den por hecho que tienen que cumplir con el deber sin más.

Si queremos regalarle una consola a nuestros hijos intentemos no relacionar el regalo al cumplimiento de su deber, si bien podemos hacerle ver que estamos orgullosos de su actitud y de sus muestras de responsabilidad, tienen que entender que los regalos no están vinculados exclusivamente al cumplimiento de su deber. El adolescente tiene que saber que estudiar es su deber, que realizar las tareas encomendadas en casa, es su deber y, lo que es igual de importante, que el cumplimiento o no cumplimiento del mismo, no sólo le afecta a sí mismo, sino también al resto de la comunidad con la que convive.

El filósofo alemán Kant, al respecto del deber, distinguía tres tipos de acciones a realizar: *la acciones contrarias al deber*, que son aquellas que, como su nombre indica, son malas acciones porque haces justo lo contrario de lo que debes. Las *acciones conforme al deber*, son aquellas que, evaluadas desde fuera, parecen que son correctas. Pero Kant realiza aquí un apreciación muy a tener en cuenta a la hora de educar a nuestros hijos: la intencionalidad de la acción, es decir, el motivo por el que hacen una cosa. Puede pasar que nuestros hijos realicen un acción que esté conforme al deber que le hemos impuesto pero que lo hagan, no porque están convencidos de que así tiene que ser, que es su deber y lo mejor es cumplirlo porque así lo sienten. Muchas veces nuestros hijos realizarán acciones conforme al deber que le hemos impuesto llevados más por el miedo al castigo o al reproche, o esperando un premio o un refuerzo positivo, que por el convencimiento de lo necesario de la acción que tienen que cumplir. Es decir, la voluntad con la que hacen una acción, para Kant,

es vital a la hora de saber si una persona ha interiorizado el deber. Puede que cumplas con tu deber, pero puede ser que los motivos por los que lo cumples no sean los más adecuados. De ahí que Kant añada un tercer tipo de acción, *la acción por deber*. Esta es la única acción verdaderamente moral para el pensador alemán. La acción por deber es aquella en la que uno hace lo que debe simplemente porque debe hacerlo. No se plantea la necesidad de tener un motivo para hacer algo, sabe de la importancia de la acción en sí y está convencido de que tiene que hacerlo. En este sentido, si bien la acción conforme al deber, la del segundo tipo al que hemos hecho referencia, es beneficiosa para todos, no puede considerarse como una acción moral porque no es movida por lo que Kant llama una «buena voluntad», sino más bien por algún interés de fondo.

Pondremos un ejemplo de cada acción para que se entiendan mejor y veremos la necesidad de que nuestros hijos sean capaces de alcanzar la madurez suficiente para que actúen, en la mayoría de los casos posibles, por deber. Una acción contraria al deber bien podría ser saltarse un semáforo en rojo, a las cuatro de la madrugada. Pongámonos en situación, son las cuatro voy en coche por una avenida, un semáforo cuya única finalidad es el paso de peatones se pone en rojo y no hay ningún peatón a ambos lados, ni tampoco ninguno que pueda estar remotamente cerca, de modo que decido saltármelo. En ese caso es obvio que estoy cometiendo una acción contraria al deber. En el segundo caso, viendo que el semáforo está en rojo, decido pararme a pesar de no haber peatones, pero lo hago porque tengo miedo de que haya una cámara que me esté grabando, o un radar escondido, de modo que me detengo, cumpliendo con la legalidad, pero el motivo que me impulsa a detenerme no es un motivo para sentirse precisamente orgulloso si atendemos a la teoría de Kant, de modo que esta acción sería calificada como una acción conforme al deber. Por último, si a las cuatro de la mañana el semáforo se pone en rojo y yo detengo el coche simplemente porque está rojo, sin ningún motivo ulterior, entonces podríamos entender que he asumido que es una acción por deber.

Y aquí es donde quiero llegar a la hora de educar a nuestros hijos en torno a los motivos que les estimulan o les mueven a hacer las cosas.

Hemos dicho que es necesario que nuestros hijos cumplan con sus deberes. Pero no podemos olvidar la segunda parte de esta ecuación, que los cumplan porque están convenidos de que es lo mejor que pueden hacer. Si logramos que ellos sean capaces de actuar por deber, es decir, que la

voluntad que les mueve a hacer algo es la correcta, que no es una voluntad interesada, con subterfugios que buscan recompensas ulteriores, entonces habremos conseguido que se conviertan en personas morales, capaces de obrar con lo que Kant denomina una «buena voluntad». Por eso es muy importante que, a medida que les exigimos que cumplan con su deber también les preguntemos y les interroguemos sobre los motivos que les mueven a cumplir con ese deber impuesto.

Al principio siempre será el miedo a la represalia, al castigo, al reproche... por eso tenemos que, poco a poco, hacerles ver que ese miedo tiene que ir menguando a favor de un convencimiento subjetivo que les persuade de la conveniencia de actuar como es debido, y no por coacciones exteriores o intereses particulares. Es un paso de vital importancia que muchas veces olvidamos en los procesos educativos. En la mayoría de las ocasiones nos conformamos con que nuestros hijos hagan lo que les decimos y no le prestamos importancia a las motivaciones que tienen para hacerlo. No les preguntamos por qué han decidido hacer aquello que les hemos puesto como deber. Suelo escuchar constantemente «es que mi hijo es muy bueno, es muy obediente» pero casi ninguno de estos padres sabe si su hijo está actuando por buena voluntad (por deber) o por cualquier otro tipo de interés (conforme al deber). Es necesario realizar esta labor pedagógica con ellos para que se conviertan en personas de buena voluntad, es necesario abrir estos canales de diálogo para saber los motivos de su acción y, cuando detectemos que los motivos son los equivocados, los erróneos, aquellos que se basan en el miedo al castigo o a la represalia, o aquellos que buscan una recompensa, entonces tenemos que hacerles ver que es un error pensar y actuar así. Que es igual de importante el motivo por el que se hace algo que el mismo resultado de su acción.

Ningún niño o adolescente cambia de repente en cuatro meses (referido al caso de Carlos). Es decir, si hemos hecho bien el trabajo de formación de personalidad en la infancia; si hemos cuidado una educación en valores, dando ejemplo en casa y en el entorno donde el niño ha crecido; si hemos demostrado afecto y preocupación en las distintas etapas educativas del niño; si le hemos aclarado que, como miembro de una familia tiene derechos y también deberes que cumplir; lo normal es que, en periodos de crisis como esta, el adolescente no abandone el poso de personalidad que hemos ayudado a crear entre todos. Existe un sedimento muy importante en todo ese proceso educativo que, desde el día de su nacimiento, hemos trabajado.

Lo que le sucedía a Carlos, prosiguiendo con la historia, si bien modificaba su modo de comportamiento en un corto plazo de tiempo, no había calado en su manera de ser. Hacía cosas que nunca había hecho antes,

como mentir a sus padres y descuidar más de la cuenta los estudios, sin duda influenciado por las nuevas amistades, pero en el fondo, lo primero que hay que tener claro, es que una personalidad no cambia de la noche a la mañana. La gota que colmó el vaso de los padres de Carlos fue una llamada preguntando por las faltas de su hijo a clase, un día en el que su madre lo descubrió jugando en los billares del centro de la ciudad a las 12:00, saltándose la hora de matemáticas.

Al día siguiente les pedí a los padres que vinieran a una tutoría por la tarde acompañados de su hijo y durante cerca de una hora y media hablaron los tres. Por la mañana yo había tenido una charla previa en el recreo con Carlos para saber la percepción que él tenía sobre lo que le estaba pasando y, como era de esperar, el alumno era plenamente consciente de que estaba escogiendo el camino equivocado para su formación. Me confesó que los grupos de alumnos donde estaban los buenos estudiantes eran grupos cerrados que provenían de años anteriores, donde él no había probado a integrarse y que por eso se juntaba con otros estudiantes que estaban en su misma situación.

Sócrates y mi hijo: el arte de conversar

Esto suele ser otra característica habitual de los adolescentes que los adultos dejamos escapar, no apreciamos, e incluso creemos que no la tienen: la capacidad de realizar análisis certeros sobre la realidad que les rodea. Muchos de estos adolescentes, con apenas 16 años, son capaces de realizar un diagnóstico honesto y eficaz de lo que les sucede y también de lo que acontece a su alrededor. Cuando me entrevisto con ellos en el despacho, con tranquilidad, descubro jóvenes lo bastante inteligentes como para extraer conclusiones rigurosas a partir de hechos concretos. Saben leer el mundo que les rodea, conocen cómo son sus padres, cómo son sus amigos y suelen tener una idea bastante aproximada sobre cuáles son sus problemas.

Pero también es muy importante conversar con ellos cuando son pequeños, el hábito de la conversación tiene que ser algo que se trabaje desde el principio. En primer lugar porque les ayuda a ordenar y expresar sus pensamiento y emociones, les ayuda a que aprendan a narrar, a relatar, a contar. Si además durante este proceso ellos sienten que se le presta atención ayudaremos a subir su autoestima y a sentirse atendidos.

El problema es que muchos padres, a medida que sus hijos crecen, apenas tienen conversaciones interesantes con ellos.

Es más, me atrevería a decir que muchos padres, llegada la adolescencia, simplemente no conversan con sus hijos, no dialogan, apenas entablan una charla rutinaria que no va más allá de lugares comunes.

A esto se le suma que muchas veces la cotidianidad invade nuestra vidas familiares y la superficialidad y la trivialidad se apoderan de las situaciones habituales del día a día. Los padres no suelen dialogar, se está perdiendo a pasos agigantados el arte de conversar. Algunos padres tienen la idea interiorizada de que sus hijos adolescentes son todavía niños en lo referente a la evolución de su pensamiento crítico y, en la mayoría de los casos, ni se les pasa por la cabeza entablar conversaciones serias con ellos sobre cualquier tema. En muchos hogares los padres no dedican tiempo a sus

hijos adolescentes y esto incluye conversar, y cuando digo conversar me refiero a poder hablar e intercambiar opiniones sobre cualquier tipo de tema, no solamente aquellos relacionados con su comportamiento o las notas que traigan del colegio, instituto o universidad, o los amigos que tienen, sino, y sobre todo, sobre los temas de actualidad, sobre sus intereses, sobre sus aficiones. A los padres nos encanta compartir nuestras aficiones con nuestros hijos pero no usamos la reciprocidad en este tipo de comportamiento. A ellos les llena de felicidad que sus padres quieran saber más sobre aquello que les gusta.

La mejor manera de que nuestros hijos se sientan valorados en el hogar no es sólo agradecerles su colaboración con el entorno familiar, además podemos conversar con ellos, tratarlos como personas con una capacidad analítica buena, demostrarles respeto intelectual, preguntarles por sus opiniones, por sus puntos de vista sobre lo que sucede a su alrededor, sobre lo que pasa en el mundo, querer saber lo que ellos piensan sobre los problemas familiares y sobre cualquier otro tipo de asunto que la actualidad esté reclamando... eso es tanto o más importante que cualquier otra muestra de afecto.

Si queremos tener respeto y cercanía por parte de nuestros hijos es muy conveniente usar las conversaciones con ellos, conversaciones que vayan más allá de los lugares comunes o de la superficialidad que puede caracterizar un comentario de treinta segundos viendo el telediario. Una buena conversación no surge de la nada, hay que educar a las personas para saber conversar, hay que entrenarlos para que sean capaces de sacar conclusiones a partir de hechos concretos. Tienen que aprender a relacionar ideas que en principio parecen inconexas, hay que instruirles en poner en duda las afirmaciones cargadas de las vulgaridades que a diario aparecen en los medios de comunicación y en las redes sociales y que la gente da por sentado que son verdaderas.

Si queremos fomentar un lazo de unión sereno, fuerte y enriquecedor entre nosotros y nuestros hijos es necesario cultivar el arte de la conversación con ellos.

Pero una conversación que, si bien tenemos que adaptar a su nivel intelectual, no tiene que huir o evitar ningún tema de los que puedan salir a la palestra en un determinado momento. Es importante tener en cuenta esto, necesitamos que ellos sepan que somos capaces de valorar su punto de vista sobre cualquier tema, aunque después tengamos que corregirle las posibles falacias que cometan o los errores de razonamiento propios de la edad. Y este detalle es muy importante a la hora de conversar con ellos. Muchos

padres, cuando el tema de conversación que sale en casa es serio y sus hijos expresan opiniones poco fundamentadas, sin un asentamiento teórico justificado, sin un razonamiento del asunto serio, tienen como primera reacción el desprecio intelectual, el menosprecio de las palabras de su hijo. Muchos, además, lo expresan literalmente, no es la primera vez que escucho a un padre decirle a su hijo «tú cállate que no tienes ni idea de lo que estás hablando». Si bien es cierto que puede suceder que las opiniones que expresan estén incompletas o equivocadas, el mejor modo de hacérselo ver no es desacreditarlos y tratarlos como ignorantes. Llegado este momento yo siempre recomiendo hacer uso de las herramientas que la filosofía ha puesto a nuestro alcance a lo largo de la historia: el arte del diálogo que usaba Sócrates.

El diálogo es un arte y el mejor maestro para enseñar cómo hacerlo es, sin duda alguna, Sócrates. Hay que usar la Mayéutica. Mayéutica proviene del griego clásico y significa «dar a luz». La madre de Sócrates era partera (matrona) y ayudaba a dar a luz a las mujeres. Sócrates solía decir que él hacía lo mismo con las personas, les ayudaba a «alumbrar las ideas» por sí mismos. El creía que, por medio del diálogo y las preguntas adecuadas cualquier persona era capaz de extraer las conclusiones apropiadas por su cuenta. El método que Sócrates empleaba era bien sencillo. Comenzaba con una pregunta común a su interlocutor, una pregunta tipo ¿qué crees que es la belleza? Para empezar, ya obligaba a la otra persona a tener que pensar en una respuesta, a reflexionar y ordenar sus ideas para poder entablar un diálogo. Una vez que la persona daba una respuesta Sócrates la analizaba y le preguntaba sobre la misma, forzando al otro a tener que buscar los argumentos para justificar la respuesta que había dado. De este modo se podía uno acercar al conocimiento a través del cuestionamiento, a través de las preguntas. El Oráculo de Delfos afirmaba que Sócrates era el hombre más sabio y cuando este se enteró dedujo que esto era así, porque él confesaba que no sabía sobre casi nada, es decir, la sabiduría se reconocía en ser consciente de que no sabía sobre muchas cosas. Por eso Sócrates no cesaba de preguntar a los demás y de interrogarles. Tiene una función didáctica, una función pedagógica, la pregunta en el diálogo socrático enriquece tanto al que la hace como al que tiene que pensar para contestarla. En esto los padres tenemos mucho que aprender a la hora de hablar con nuestros hijos.

La costumbre que adquirimos como progenitores desde que son pequeños suele relacionarse con mostrarnos «todopoderosos» a los ojos de nuestros hijos, intentamos tener siempre respuestas a sus preguntas y no dudamos en darlas cuando así nos las demandan.

Pero no nos damos cuenta de que al facilitarles la respuesta no los forzamos a buscarla por sí mismos. Uno de los consejos que suelo dar a mis alumnos a comienzo de curso es que nunca pregunten cosas que ellos mismos son capaces de solucionar, es más, cuando un alumno realiza un pregunta cuya respuesta es problemática o difícil, generalmente lo premio.

Si queremos ayudar a nuestros hijos en su proceso educativo y madurativo tenemos que, poco a poco, animarles a buscar las respuestas por ellos mismos, animarles a solucionar por sí mismos los problemas.

Es necesario enseñarles a preguntar y sobre todo a reconocer su ignorancia. Cuando son pequeños y requieren respuestas para comprender el mundo que les rodea muchos padres se toman la licencia de usar la imaginación o mentir cuando no saben qué responder porque esto calmará la inquina de su hijo. Pero a medida que son adolescentes es necesario que ellos sepan y experimenten que nosotros somos seres imperfectos, que no somos capaces de solucionar todo, que tenemos carencias y defectos que nos hacen humanos, por eso es necesario que, llegado el momento, en las conversaciones que tengamos con ellos, seamos capaces de reconocer, tantas veces como sea necesario y sin el más mínimo pudor, que no sabemos de todo, que no somos capaces de todo. Confesar no saber, demostrar humildad a la hora de enfrentarse a una situación nueva que nos tiene desorientados. Hay que predicar con el ejemplo en este aspecto, es necesario que aprendan a preguntar cuando no saben algo; que cuando conversen sean capaces de reconocer su ignorancia en lugar de callarse y dar por sentado a su interlocutor que saben de lo que este está hablando. Si queremos que nuestros hijos sean capaces de enfrentarse a este mundo volátil y efímero es necesario que ellos sean capaces de reconocer sus limitaciones y lagunas intelectuales para poder rellenarlas.

Nuestro papel de padres/educadores no es solucionarles los problemas que van encontrando a lo largo de su vida sino ayudarles, de la manera más beneficiosa, a que ellos aprendan a solucionarlos por sí mismos.

En este sentido tenemos que ser más socráticos, tenemos que analizar los problemas que se les plantean y, antes de ayudarles, los padres debemos preguntarnos si nuestros hijos son capaces de solucionar los problemas que se les presentan sin ayuda.

Esta parte solemos obviarla y muchas veces, cuando ellos nos muestran sus problemas, directamente se los solucionamos (si está en nuestras manos) sin pensar por un instante si ellos mismos serían capaces de hacerlo. A veces no hay que dar las respuestas, a pesar de tenerlas; a veces hay que practicar la Mayéutica y en lugar de respuestas tenemos que realizar preguntas que les obliguen a ellos a reflexionar sobre sus actitudes y decisiones a tomar en torno a sus propias vidas. En muchas ocasiones, el propio instinto de protección paternal/maternal nos anima a ayudarlos sin más. Otras veces, la falta de tiempo, la impaciencia o la desesperación provocan que nosotros les solucionemos los pequeños problemas diarios (peinarse, atarse los zapatos, encontrar un libro que han perdido, pedir las tareas a otras madres/padres porque ellos olvidaron copiarlas o las hicieron mal...). Suelen ser miles de pequeños detalles, que van desde nimios inconvenientes de su día a día hasta verdaderos problemas que nosotros les solucionamos.

Por eso la actitud que como padres tenemos que tomar pasa por tener la costumbre de analizar qué clase de problemas nos plantean nuestros hijos y saber si ellos mismos son capaces de solucionarlos. Si es así, entonces lo único que cabe hacer es animarlos a que ellos resuelvan todos esos inconvenientes con los que se topan a diario. Decirles que ellos son lo suficientemente autónomos e inteligentes para no necesitar ayuda de nadie para resolver todos los problemas que su cotidianidad les presenta.

Al igual que Sócrates, tenemos que ayudarles a extraer de sí mismos la auto-confianza suficiente como para que sean capaces de intentar solucionar todos esos inconvenientes sin recurrir a la ayuda externa.

DARSE A CONOCER

A parte de usar el diálogo socrático para fomentar la auto-estima en nuestros hijos también es importante realizar una segunda tarea pendiente que tenemos los padres del siglo XXI: Darnos a conocer. Esta idea de diálogo es un modo de entablar una relación más estrecha con nuestros hijos, que además de ayudarles a mejorar su pensamiento crítico nos servirá para que puedan ir sabiendo más cosas sobre nosotros.

No sólo hay que conocer a nuestros hijos lo mejor posible sino que además hay que darse a conocer a ellos, es importante que sepan cómo somos. Y uno de los mejores instrumentos para llevar a acabo esta labor es, como ya hemos apuntado, el diálogo.

Muchos adolescentes con los que hablo apenas conocen a sus padres, casi todos han llegado a un punto en sus vidas en el que son capaces de reducir la personalidad de su padres al trabajo que tienen y a las aficiones. Ni siquiera saben la historia de sus vidas. Muchos hijos desconocen cómo eran sus padres cuando tenían su edad, no saben casi nada sobre las aspiraciones de sus progenitores, sobre sus anhelos, sobre los golpes que han recibido a lo largo de la vida, apenas conocen unos detalles sobre la historia de sus padres. Y si nos remontamos a las generaciones anteriores, abuelos o bisabuelos, entonces el desconocimiento es casi total.

La hiperactividad y la turbotemporalidad con la que se mueve el mundo actual han provocado la pérdida de los relatos. A esto se le suma una globalización inundada de pantallas y de distracciones que, en el hogar, logra difuminar el foco de atención hacia lugares tan diversos como individuales. De modo que en muchas ocasiones, la familia es capaz de ocupar el mismo espacio físico de la casa pero cada uno dentro de su propio espacio mental teledirigido por distintas pantallas (unos viendo la televisión, otros mirando la *tablet*, otros con el teléfono móvil...). Siendo así, no es de extrañar que estemos perdiendo la capacidad de hablar y dialogar unos con otros. Una de las consecuencias más nefastas de esta falta de diálogo es el tremendo desconocimiento que suelen tener nuestros hijos sobre nosotros. Cada vez nos conocen menos, y cada vez se desconectan más de sus raíces familiares. Estamos asistiendo a una sociedad del desapego hacia el otro y si no lo atajamos pronto, cuando estos jóvenes crezcan, ya será demasiado tarde para que nos tengan cariño, admiración y respeto.

Por eso es necesario que generemos el hábito de la conversación con nuestros hijos y que demos interés en lo que nos quieran contar. Desde pequeños tenemos que dedicar un tiempo a conversar con ellos y empezar a mostrarnos ante sus ojos. Pero un uso inteligente de la conversación, donde sepamos cuándo y qué preguntarles, qué aconsejarles, donde nos abramos a ellos para darnos a conocer de manera que poco a poco tengamos un vínculo emocional con ellos, más allá de una relación correcta y superficial. La idea no es sólo que ellos nos cuenten sus cosas sino que, además, seamos capaces de contarles nosotros las nuestras, que sepamos abrirnos a ellos, que nos demos a conocer, que sepan nuestra historia.

Como era de esperar durante la conversación que tuve con Carlos, me di cuenta de que su análisis sobre lo que le estaba sucediendo era bastante racional y estaba bien argumentado. Una conversación que bien pudiera

haber tenido con sus padres en casa pero que, como acabamos de ver, no es un hábito muy común en las familias. Me reconoció que con sus padres sólo hablaba de cosas normales, incluso utilizó la palabra «superficiales» para describir los temas que solían tratar en esas conversaciones. Era plenamente consciente del dolor que le estaba causando a sus seres queridos y le pedí que asistiera con sus padres a la reunión que íbamos a tener por la tarde. Del nuevo grupo de amigos de Carlos, sólo unos padres demostraron la misma preocupación por el devenir de su hijo que los padres de Carlos, el resto de familias no hizo acto de presencia en ninguna de las reuniones que a lo largo de curso tuvimos. Esto dice mucho sobre el nivel de implicación de las familias a la hora de acompañar a sus hijos en este crucial proceso de formación de la personalidad que es la adolescencia.

Durante la conversación a tres bandas, padres, Carlos y yo, salieron a relucir las decepciones que cada uno había provocado en el otro, logramos que se aclararan las inquietudes de cada uno. Carlos pudo ver (no suponer) el dolor que le causaba a sus padres y estos se acercaron un poco a la problemática con la que se enfrentaba su hijo cuando decidieron cambiarlo de instituto y separarlo de su grupo de amigos.

Lo primero que hice, tras haber más o menos aclarado el momento emocional e intelectual en el que cada parte se encontraba, es habilitar un punto de partida. Es decir, hemos llegado hasta aquí y ahora tenemos más datos y sabemos por qué hemos llegado a este punto. Hay muchas cosas que hemos hecho mal (con buenas intenciones) y que han tenido un mal resultado. A la hora de situarlos en el punto de partida hay que tratar de ser muy realistas, el problema se ha generado en cuatro meses, eso quiere decir, que todos los años anteriores, las cosas han ido bien y ese dato hay que sacarlo a relucir, hay que poner en valor cada cosa a su debido tiempo.

Como segundo paso, una vez que hemos logrado situarnos en el punto de partida es necesario dotarles de confianza, bajo la forma de auto-estima, y que sepan que tienen la capacidad y las habilidades suficientes para solucionar esta situación desfavorable que están sufriendo. Para ello es necesario centrarse en los aspectos positivos de cada uno y los aspectos favorables que la relación padres-hijos ofrece. Este será el combustible que siempre tienen que rellenar para poder emprender, o en este caso retomar, el camino que llevaban hasta hace pocos meses.

Por último hay que indicarles la dirección a tomar y dotarlos de un mapa donde aparezcan todos los detalles de ese camino. En este caso la primera decisión que tomaron de mutuo acuerdo fue elaborar un plan de estudio para recuperar en Navidad lo que se había suspendido y confeccionaron un contrato. Carlos se quejaba de que sus padres no le escuchaban y los padres, de que Carlos se había convertido en un irresponsable, de modo que fabricaron entre los dos un contrato, quedando a la semana siguiente para comentarlo y firmarlo. Durante una semana ambas partes pensaron qué exigir a la otra y qué auto-exigirse. Además les obligué a poner cláusulas de penalización para ambas partes en el caso de incumplimiento. Muchas veces estos contratos terminan siendo papeles sin sentido, la familia vuelve a caer en sus hábitos y olvida lo que hablaron y firmaron. Otras veces, a medida que intentan cumplirlos, lo flexibilizan y adaptan y en muy pocos casos se cumplen a raja-tabla. Pero en cualquier caso, el hecho de obligarles a redactar un contrato, es un ejercicio de diálogo más reposado donde cada uno demanda del otro cosas que para cada parte son importantes, cosas que no se han dicho previamente. Este análisis es de vital importancia para que cada parte se de a conocer mejor a la otra.

Hume y las costumbres: la fuerza del hábito

Finalmente les obligué a una reunión mensual para hacer un seguimiento personalizado. Es decir, les puse una presión exterior para que supieran que un tercer agente les vigilaba. Como tengo experiencia en dicho tema, sé que en caliente todo son buenas intenciones por ambas partes y buenos propósitos pero que, en lo que respecta a los adolescentes, algunos arrojan la toalla pronto por falta de uno de los elementos más importantes en la forja del carácter: *la fuerza de voluntad o determinación*. Muchos de nuestros hijos no son capaces de mantener una actividad que les requiera un esfuerzo de manera prolongada en el tiempo. En muchas ocasiones son incapaces de cumplir con sus obligaciones a medio plazo y, lo que es más preocupante, muchos de ellos ni si quiera son capaces de tener determinación para llevar a cabo proyectos que les entusiasman a medio o a largo plazo.

La carencia de determinación, la falta de fuerza de voluntad, es la causante de gran parte de las frustraciones de la sociedad actual y la trataremos más adelante en este libro. Es un problema incluso para los que ya somos adultos. Nunca nos hemos parado a pensar en la importancia de educar a nuestros hijos para que sean personas con una buena determinación. La determinación tiene que convertirse en un hábito y el hábito es un proceso educativo que se puede aprender.

Hay un filósofo que dedicó parte de sus estudios a intentar comprender la importancia del hábito y analizó el papel de las costumbres: Hume. También Aristóteles acertó a realizar un análisis del hábito llegando a afirmar que la virtud era la adquisición de buenos hábitos y los vicios no eran otra cosa que la adquisición de malos hábitos. En Hume los hábitos están asociados con la faceta mental, de modo que son disposiciones que se generan en nuestra mente a partir de la repetición de algo. Y es fundamental que los adquieran si queremos que nuestros hijos lleven una vida relativamente ordenada. Para Hume, por medio del hábito, nuestra mente

tiende a acostumbrarse a que lo que ha sucedido otras veces por la fuerza de la repetición, pueda volver a repetirse. El hecho de que nuestra mente adquiera y asimile el hábito, ayuda a tener la tranquilidad, y sobre todo la confianza, sobre las acciones que se van a realizar y las consecuencias de las mismas. Si se adquiere de manera eficiente, el hábito termina convirtiéndose en costumbre, que para Hume no es otra cosa que esperar a que suceda siempre lo mismo en el por-venir.

Y es precisamente esta asociación mental sobre lo que sucederá, esta tranquilidad que aporta saber que hemos logrado adquirir un buen hábito, la que tenemos que tratar de inculcar a nuestro hijos.

A la hora de cumplir con sus obligaciones y de trabajar en el cumplimiento de sus responsabilidades pocas cosas son mejores que lograr infundirles el hábito. Y para lograrlo tenemos que hacerles ver las ventajas del mismo. Por poner un ejemplo, si todos los días estudian o repasan lo que han visto en el colegio y logran hacer de esto un hábito, les irá mucho mejor al día siguiente y su rendimiento académico mejorará. Tienen que tener la confianza plena de que conocen los beneficios del hábito, que tienen la asociación psicológica realizada y saben del estímulo positivo de esta costumbre. Pero es muy importante, insisto, que sean plenamente conscientes de las consecuencias de haber adquirido el hábito. Tienen que saber, si en el menor resquicio de duda, qué sucederá si logran asimilar este hábito, si logran sistematizarlo.

Al principio no son capaces de verle utilidad a generarse un hábito. De hecho es bastante difícil, sobre todo en una sociedad que no deja de lanzar miles de estímulos nuevos y diferentes diariamente a los que queremos acudir. De manera que, en este mundo impredecible y de constante cambio, generarse un hábito no es tarea sencilla, y mucho menos para un niño. Para eso estamos los padres, para tener que ejercer al principio como referentes de autoridad que les hacen entender las bondades de lograr adquirir una costumbre.

Al principio, lo normal es que carezcan de la fuerza de voluntad que requiere realizar un hábito, sobre todo si no logran entender los beneficios del mismo. Por eso nosotros tenemos que convertirnos en la fuerza de voluntad que ellos no tienen y tratar de hacerles ver a diario, de recordarles a diario, de animarles a diario, a que se pongan a trabajar en la adquisición del hábito. Los padres tenemos que convertirnos en el apoyo externo. Muchos niños y adolescentes pueden llegar a ser conscientes de las ventajas que les supone adquirir cierto hábitos de cara a su futuro. Cuando les explicas las ventajas las entienden y muchos de ellos quieren adquirir el

hábito, quieren llegar a tener ciertas costumbres que si bien no es lo más divertido que pueden hacer, saben perfectamente que sería genial que lo hicieran.

A muchos de ustedes les habrá sucedido que o bien sus hijos, o bien incluso ustedes mismos, comienzan con ilusión el curso escolar (o el trabajo nuevo) y todo son propósitos de enmienda o de mejora que deseamos y queremos convertir en hábito. De hecho muchas veces ellos mismos se ponen un horario de estudio, tratan de quitarse distracciones, intentan ser más responsables y llevar al día los deberes... es decir, ellos son plenamente conscientes de la importancia que tiene adquirir ciertos hábitos, pero poco a poco se van desinflando en el intento y empiezan a abandonarlo volviendo al vicio, a la desidia, al dejarse llevar, al perder el tiempo, a vagar... Justo en ese momento es cuando los padres tenemos que ayudar a recuperar el estímulo. Tenemos que convertirnos en la fuerza de voluntad que a ellos le empieza a flaquear y hacerles ver que nosotros seremos, durante algún tiempo, su fuerza de voluntad, hasta que ellos recuperen la suya. Tenemos que volver a realizar el razonamiento sobre las conveniencias del hábito, volver a recordarles las bondades de lo que estaban haciendo hasta hace poco. Si lo hacemos bien, muchos de los adolescentes entran en razón y aceptan que durante un tiempo seamos su fuerza de voluntad y les ayudemos en la construcción de sus hábitos.

Platón: saliendo de la caverna

La alegoría de la caverna (conocida por muchos como *el mito de la caverna*) del filósofo Platón puede que sea el mito mejor logrado para entender a la sociedad y al individuo, independientemente del tiempo histórico en el que este se encuentre. En el mito, narrado en el libro VII de la *República*, Platón imagina unos esclavos que desde niños están encadenados por las extremidades y por el cuello, al final de una caverna a la que se accede por una escarpada cuesta. Los esclavos están mirando a la pared sin posibilidad de girar la cabeza, detrás de ellos, a sus espaldas, se levanta un pequeño muro y detrás de ese muro hay un fuego. Entre el fuego y el muro pasan una serie de personas que portan objetos y figuras de objetos; mientras pasan, algunas de estas personas hablan y otras callan. Los esclavos, como sólo han podido contemplar la pared de la caverna durante toda su vida, sólo pueden ver las sombras de estos objetos, estas sombras de los objetos, por lo tanto, son la realidad para ellos.

Como algunas personas de las que pasan por detrás de ellos hablan, los esclavos creen que las sombras de los objetos son las que lo hacen. Pero de repente Platón libera un esclavo y le da la vuelta, la primera reacción del esclavo, que lleva toda su vida acostumbrando sus pupilas a la tenue luz de las sombras que se proyectan en la pared de la caverna, es una reacción de dolor. Los ojos le duelen y durante un tiempo queda deslumbrado por la luz del fuego, tras adaptar sus pupilas a la nueva luz de la fogata, el esclavo reconocerá los objetos que provocaban las sombras y, tras un tiempo, podrá darse cuenta de la falsedad de la realidad que le había envuelto durante toda su vida. Pero no queda ahí la cosa, Platón decide hacerle arrastrar por la escarpada cuesta para sacarlo de la caverna a la luz del mundo exterior. Es una subida dolorosa, una cuesta empinada y tienen que arrastrarlo porque el esclavo tiene miedo y no quiere salir. Además, sus piernas están atenazadas y sus músculos apenas responden. Al salir al exterior, el dolor de la luz del sol es inmenso, sus pupilas de nuevo se resienten y el temor le invade ante la inmensidad del mundo exterior. Después de un tiempo el esclavo se da cuenta de la falsedad que rodeaba su vida. De repente reconoce la auténtica

realidad frente a las primeras sombras, y después frente a los objetos. Reconoce la importancia de la luz del sol como la fuente que ilumina todas las cosas, la que da la posibilidad de ver y sin la cual no podría conocer.

Pero no acaba aquí la alegoría. Una vez que el esclavo alcanza a comprender la realidad, Platón se pregunta ¿Qué pasaría si lo devolviésemos a su morada original, con sus compañeros de cautiverio, al final de la caverna, y lo atásemos de nuevo mirando las sombras de la pared? ¿Qué sucedería cuando este prisionero les dijese a todos los demás que aquello en lo que creen, las sombras que piensan que son reales, son sólo sombras, falsedades, que lo real está fuera, que ellos viven en una mentira? La reacción sería la esperada, sus compañeros de cautiverio, concluye Platón, pensarían que al ser liberado ha perdido el norte, se ha vuelto loco, y probablemente lo repudiarían o lo matarían.

En el maravilloso proceso de educar a nuestros hijos podemos encontrar muchas características de esta Alegoría de la Caverna de Platón. Tendremos que guiarlos hacia la luz, en muchas ocasiones, para que aprendan sobre las cosas importantes de la vida. Será un proceso difícil, a veces doloroso y costoso, pero a cada paso que den para salir de la caverna, la recompensa será mayor.

Tendremos que luchar contra muchos elementos, entre ellos el primero serán las creencias que rodean la vida actual en la que se educan a diario. El éxito entendido como popularidad, la demanda de una recompensa inmediata, la virtualidad de las relaciones sociales... todas estas creencias están incrustadas en su ideario social y hacerles ver la luz no será tarea fácil.

Nuestro trabajo, si queremos perfilar un poco la alegoría de la caverna, más que liberarles de las cadenas tiene que comenzar por hacerles ver cuáles son, tienen que darse cuenta de que si no usan adecuadamente su capacidad analítica sobre ellos mismos y sobre el mundo que les rodea terminarán siendo esclavizados por infinidad de cosas, personas, ideas, emociones... que les pasarán desapercibidas a la vez que los esclavizan.

El hiperconsumo como dieta emocional es uno de los primeros que los esclaviza, la necesidad de tener, de comprar, de consumir constantemente cosas a las que dejan de prestarles atención rápidamente. La esclavitud por la imagen exterior, por alcanzar el éxito fácil, por adquirir popularidad, por tener más seguidores en las redes sociales... Nuestro trabajo como padres es hacerles pensar en los miles de elementos que son capaces de apresarlos

en la caverna y que disfrazan sus cadenas en forma de felicidad, si bien esta felicidad es virtual.

Si logramos que ellos desarrollen el aparato crítico que les ayude a entender mejor el mundo en el que se mueven, habremos logrado no ya que rompan las cadenas, sino algo mucho más importante, que las cadenas no lleguen a atraparlos, que no los esclavicen. Este paso es determinante para que sepan valorar debidamente el mundo en el que se encuentran.

Al igual que el preso que es liberado, al principio les será difícil, incluso doloroso, darse cuenta que la realidad superficial y frágil en la que se encontraban no merecía la pena, que era una pseudo-realidad o, con términos más apropiados, la realidad que empieza a imponerse, era una realidad-virtual, una realidad que está carente de autenticidad. Es una lucha, un esfuerzo muy grande que tienen que realizar las personas que están cautivadas por las cadenas de este mundo-virtual. Tendrán que enfrentarse a todos los otros presos que no cesarán de presentarles su mundo como el paraíso de la felicidad, donde el consumo material se une con el consumo emocional hasta el extremo de confundir las cosas con los sentimientos.

Tendrán que enfrentarse a esa concepción de una materialidad emocional donde, cada día más, se busca consumir emociones nuevas para sentirse vivos. Emociones que entran con la misma fuerza y potencia con la que después se disipan. Emociones breves, volátiles y cambiantes que se agotan rápidamente para poder buscar otra nueva emoción. En numerosas ocasiones tendremos que arrastrarlos, incluso contra su voluntad, al igual que el esclavo que es liberado, para poder enseñarles la falsedad del mundo en el que estaban siendo esclavizados.

Pero tienen que saber, al mirarnos, al observarnos, al ver nuestro estilo de vida, nuestra manera de pensar, de sentir y de analizar, que todo este esfuerzo merece la pena porque nos encamina hacia la luz real, hacia la salida de la caverna que nos esclaviza. Y tenemos que hacerles ver que llegar al exterior de la caverna, donde lo auténtico se muestra, es la mejor recompensa a su esfuerzo prolongado. Que la vida auténtica, la que se ha librado de ataduras y cadenas superficiales, de mundos virtuales, de relaciones virtuales, de felicidades frágiles... es una vida en plenitud.

Estamos viviendo un momento de desorientación y desconcierto como nunca antes habíamos experimentado. La globalización y sobre todo el Turbo-progreso de las tecnologías nos presenta el futuro más incierto, volátil e inestable que nunca. El tiempo se acelera por momentos, todo ocurre demasiado rápido. El futuro se ha acortado, no somos capaces de

mirar o siquiera acercarnos a predecir qué pasará o cómo será el mundo, dentro de diez años. Este turbo-progreso nos obliga a estar en constante alerta sobre los innumerables cambios que a diario se introducen en nuestras vidas. Además de la hiper-aceleración del tiempo, nos encontramos con una avalancha de novedades que inunda nuestro día a día. La novedad se ha convertido en uno de los elementos más deseados de este siglo. Ansiamos el consumo de novedades en todos los planos. La sociedad del hiper-consumo ha logrado que además de consumir novedades materiales (nuevos ordenadores, *smartphones*, viajes, ropa, comidas...) también creamos y sintamos que el consumo de novedades emocionales nos traerá la felicidad. Y entre el vertiginoso paso del tiempo y el ansia por consumir novedades nos encontramos con un problema mucho más serio a la hora de forjar este futuro incierto: la paternidad. Todos estos adjetivos que empiezan a imponerse en nuestra sociedad son susceptibles de convertirse en cadenas que atenacen el progreso y maduración de nuestros hijos y contra ellas tenemos que advertirles y hacérselas ver.

La paternidad del siglo XXI se empieza a vivir con una mezcla de alegría, ilusión e incertidumbre que se mueve entre momentos de felicidad y angustia. ¿Cómo podemos ser buenos padres para nuestros hijos? ¿Qué modelos de paternidad pueden convertirse en referentes? Durante la segunda parte trataremos de sugerir distintos modelos que sean de ayuda a estas nuevas paternidades que están rodeadas de incertidumbre.

Los padres de Steve Jobs

Los padres de Steve Jobs, el creador de Apple, han pasado a la fama por el discurso de graduación de la Universidad de Stanford que el innovador empresario ofreció en el año 2005. Al nacer fue dado en adopción. Su madre biológica, una joven universitaria de apenas 23 años, había puesto una condición, que la familia que acogiese a Steve tuviera títulos universitarios. Aquella estudiante estaba convencida de que poseer un título universitario suponía estabilidad en muchos sentidos, de que una pareja con titulación serían mejores padres. Pensaba que la visión de la vida que un título universitario te otorga es mejor... Pero no pudo ser, los padres adoptivos de Steve resultaron ser una pareja de clase media sin estudios superiores, de modo que les hizo prometer que su hijo iría a la universidad. Paul trabajaba como mecánico y Clara como contable. Steve vivió en primera persona la naturaleza del trabajo para salir adelante.

Siempre tuvieron claro que a un niño con interés por la electrónica, que además se le daba bien, había que dejarle desarrollar esta afición. Pero lo más importante, sobre todo si hacemos caso de las propias palabras de Jobs, es que siempre le hicieron sentirse especial. En la biografía de Walter Isaacson, el propio Jobs comenta como, con apenas seis años, al confesarle a una niña que él era adoptado, esta le respondió que sus padres no le querían. Jobs acudió llorando a su casa y, al contarles lo sucedido, sus padres le dijeron que no era verdad, que ellos lo adoptaron precisamente porque él era especial.

«Saber que era adoptado, puede que me hiciera sentir más independiente, pero desde luego nunca me sentí abandonado. Siempre me he sentido especial. Mis padres siempre me hicieron sentirme especial».

El padre de Steve, Paul, pasó largas jornadas en el garaje con su hijo enseñándole carpintería, diseño y algo de electrónica.

Era un tipo de aprendizaje tan pragmático como emocional, un tiempo de calidad entre padre e hijo que siempre deja huella en dos sentidos: en la educación emocional y el vínculo afectivo, y, por otra parte, en la formación de una alta autoestima. El padre decide pasar su tiempo libre y compartir su aficiones con su hijo y este se siente relevante, siente que es apreciado y querido. El

tiempo que se pasa con los hijos, si es tiempo de calidad, de atención, ayuda a formar una autoestima alta.

Comenta el propio Jobs que una de las cosas que más le impresionó fue cuando su padre cedió parte de su banco de trabajo para que su hijo tuviese su propio espacio. También le cedió responsabilidades a la hora de fabricar cosas que necesitaban para la casa. Jobs comenta que «a pesar de no ser muy bueno arreglando coches y en cosas de mecánica como lo era mi padre, yo estaba ansioso por pasar tiempo con él».

Estos son los detalles del día a día que muchos de nosotros dejamos pasar por alto a la hora de educar a nuestros hijos. La necesidad de afecto siempre está presente y la formación de la autoestima es vital para formar niños sanos, con la suficiente confianza en sí mismos como para poder afrontar los retos de la vida. Muchas veces pasamos tiempo con nuestros hijos más por obligación que por decisión propia. Los acompañamos a actividades extraescolares, al colegio, a comprar... pero muchas veces no les prestamos atención activa, no nos dedicamos a ellos. Tendríamos que revisar las «políticas de calidad» en cuanto al tiempo que pasamos juntos. A veces, sin ser conscientes, dejamos que el tiempo pase sin más, sin estar realmente con ellos.

Parte II
CRIANDO
MONSTRUOS

Padres Frankenstein

En la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo*, que Mary Shelley escribió allá por el siglo XIX, Víctor Frankenstein es un joven estudiante de la Universidad de Ingolstadt, obsesionado con la filosofía natural, las matemáticas y la anatomía, que realiza un descubrimiento tras años de empedernido estudio; un descubrimiento que le permite crear vida a partir de la materia muerta. Se sabe en posesión del secreto de la vida y en un momento dado cree que se convertirá en el padre de toda una nueva generación de seres vivos que mejorarán el planeta, y que la humanidad le estará eternamente agradecida por esta increíble aportación. Un padre, Víctor Frankenstein, que persigue la gloria utilizando a su hijo (el monstruo) y que perderá el sueño, sufrirá ataques de fiebre y abandonará cualquier otro propósito, incluso su propia felicidad y bienestar personal, por lograr su objetivo. Un padre que se siente un dios creador y moldeador de vida a su antojo, hasta que su proyecto de paternidad termina manifestándose en forma de monstruo, una criatura repelente desde el primer aliento de vida, un engendro al que evita ponerle nombre para no humanizarlo.

En el siglo XXI cada vez tenemos más «Víctor Frankenstein» apuntándose a la paternidad/maternidad. Padres y madres abnegados desde mucho antes del nacimiento. Entregados, primero a la idea de la paternidad y después al hecho de ser padres en sí mismo.

Padres que comienzan el proyecto con una ilusión desmedida, casi febril, pero sobre todo, al igual de Víctor, una paternidad cargada de inconsciencia, de falta de realismo, de carencia de pensamiento crítico a la hora de tomar una decisión tan importante como la de ser padre y, aún más, la de saber educar adecuadamente a sus hijos.

Estos nuevos padres-Frankenstein terminan generando monstruos de los que ya no se pueden librar y muchos de ellos sufren las consecuencias de la inconsciencia de su paternidad a manos de sus propias criaturas.

El monstruo, al sentirse huérfano y repudiado por su padre, huye. Se sabe desamparado y marginado por su creador y durante la novela va tomando

consciencia de la realidad de su ser hasta el extremo de saberse medio monstruo, medio hombre y encontrarse en tierra de nadie.

Muchos de los hijos de estos padres-Frankenstein sufren el mismo problema que el monstruo, se sienten huérfanos en la búsqueda de referentes cercanos a los que imitar, tienen serios problemas a la hora de forjarse una identidad, a la hora de construirse una personalidad.

Estos padres se desentienden, en muchos factores, de la educación de sus hijos, porque el resultado de su «experimento» paternal no ha sido el esperado. Al llegar el niño al mundo, la dedicación, el cansancio, la falta de experiencia durante el primer año de vida les presenta una realidad distinta a la que habían imaginado. Durante la novela de Mary Shelley, el monstruo tendrá que aprender el protocolo social de terceras personas a las que observa desde la distancia, es decir, existe un alejamiento, una brecha generacional importante entre el monstruo y su progenitor de manera que la criatura no usará a su padre como referente a seguir durante su educación.

Esto mismo le sucede a una parte importante de nuestros *hijos-monstruo* que, al sentir cierto desamparo o decepción en sus padres, terminan eligiendo modelos lejanos, muchos de ellos virtuales, para orientar sus vidas. Esta decepción surge, entre otros motivos, porque los hijos han interiorizado un concepto de éxito muy distinto al de sus progenitores.

El desapego generacional es tan grande que los padres no han sabido transmitir en herencia el concepto de éxito o de felicidad que ellos tenían. Como consecuencia, el modelo de éxito de las nuevas generaciones, que es diametralmente opuesto al de sus padres, provoca una visión decepcionante de los hijos hacia sus padres.

A medida que crecen toman conciencia de la tremenda distancia generacional que existe con sus padres a la vez que sufren una desorientación sobre quiénes son ellos. Hay un sentimiento de abandono, de falta de idolatría, unido a la decepción que las criaturas sufren cuando sus progenitores no son capaces de darles aquello que piden, o aquello que creen necesitar. La educación ligera que reciben provoca en ellos una indefinición tal que les genera una angustia existencial cada vez más palpable. No se sienten vinculados a los referentes cercanos, han dejado de admirar a sus padres, profesores, compañeros y el resto de referentes suelen ser virtuales, referentes ideales creados por el mágico mundo de la publicidad y el disfraz de las nuevas redes sociales.

Muchos de estos jóvenes, al igual que el monstruo de Mary Shelley, no tienen fácil encontrar su lugar en el mundo. En la novela la criatura sufre el

desamor no sólo de su padre sino del resto de la sociedad con la que se va topando. En nuestro mundo esta aceptación social empieza a manifestarse en la cantidad de «me gusta» que aparecen en las redes sociales, o en los seguidores virtuales en cuentas de Twitter, Instagram, Facebook... La aceptación social de estos hijos de la hipermodernidad pasa por un reconocimiento de sus seres queridos. El amor es la clave para que este engendro se convirtiese en humano, pero al no poder adquirirlo, al no verse correspondido, termina eligiendo el camino sin amor: el de monstruo.

Aquí va otro consejo para las nuevas paternidades: una vez que se toma la decisión de ser padres, la primera resolución que hay que asumir, salga como salga la criatura, sea temperamental o apacible, cándido o espabilado, sea feo o un adonis, sea tímido, retraído o dicharachero... la primera resolución a tomar es la de amarlo. Tan simple y tan evidente.

Si bien Frankenstein es un monstruo, la monstruosidad no toma forma hasta que la sociedad lo repudia, empezando por su propio padre. La falta de amor paternal termina convirtiendo a una criatura de moral neutra en un ser casi inhumano.

La personalidad del niño terminará siendo una sumatoria de carga genética unida a una educación emocional y social que pueden convertirlo en un ciudadano feliz y equilibrado, guiado por un dominio de sí mismo, o bien puede abocarle a ser un monstruo, incluso para sí mismo. La mejor manera de convertir a un niño en una persona honorable es integrándolo en la sociedad por medio del amor.

Durante toda la novela el monstruo lo único que demanda con cada uno de sus gestos, de sus actitudes, de sus acciones... es amor; amor por parte de su creador, amor y aceptación de los demás, aprobación, cariño, afecto... lo que convierte al engendro en un monstruo asesino no es otra cosa que la falta de este maravilloso sentimiento. Ni siquiera aprender a leer o a pensar de manera lógica y correcta, ni siquiera lograr culturizarse y ser capaz de leer a los pensadores y escritores clásicos como Milton o Plutarco, ni comprender las emociones de los demás, nada de esto logra hacer de la criatura un ser social aceptable. El monstruo de Frankenstein hace todos los esfuerzos intelectuales y sociales posibles para sentirse aceptado pero la falta de amor es el detonante para que decida convertirse en un criminal.

John Dewey: la forja del carácter

Víctor Frankenstein fue capaz de crear vida, al igual que millones de padres-Frankenstein, y pensó que lo más importante ya estaba hecho. Sin embargo, y esta es una lección que cualquiera que sea padre debe haber aprendido, convertirse en padre/madre, ser dador o portador de vida, es quizá la tarea más sencilla de todas. El problema de los padres-frankensteins es que después se desentienden en gran medida del proceso educativo más importante de todos: la formación del carácter. Algunos lo hacen conscientemente porque sus ocupaciones no relacionadas con su labor paternal les quitan demasiado tiempo y no quieren sacrificar ninguna (deporte, cervezas con los amigos, viajes de placer, partidos de pádel, conciertos, nuevos restaurantes...). Otros, más que desentenderse, son incompetentes en estas lides, no tienen la suficiente capacidad de análisis o de pensamiento crítico para ayudar a formar el carácter de sus hijos.

Si queremos sentirnos orgullosos de nuestra paternidad tenemos que dotar a nuestros hijos de un carácter lo suficientemente fuerte, que sea capaz de controlar su temperamento. Tenemos que ser capaces de educar a personas con un carácter idóneo para que su socialización sea correcta.

La personalidad, a fin de cuentas, es la suma de temperamento y carácter pero envuelta en mil matices. El temperamento tiene una carga genética importante y se descubre desde el primer momento del nacimiento. Hay niños que con apenas un año y medio, ya en el jardín de infancia, son más «violentos» que otros, pegan, se imponen, no se sienten intimidados por el llanto o los gritos del grupo... los hay que son más tímidos, otros más cariñosos... el temperamento se manifiesta de manera inmediata y se evidencia cuando la sociedad apenas ha comenzado su labor civilizadora. Por eso es importante estar atentos al modo de actuar del niño desde el principio y en esto los padres son los que mejor pueden conocer a sus hijos desde el nacimiento.

Unos padres observadores se darán cuenta rápidamente del temperamento de sus hijos y es importante advertirlo lo antes posible de cara a saber qué estrategia seguir durante el proceso

educativo. Ello requiere observación detenida y un mínimo de aparato crítico que sea capaz de extraer conclusiones racionales y razonables a partir de los hechos, de los actos del niño.

Llegados a este punto hay que tener en cuenta el segundo factor de la ecuación, el carácter; el carácter es algo que se forja, que se construye, algo a lo que se le puede y se le debe «dar forma». La formación del carácter es esencial para poder educar a un niño de manera correcta y por eso la atención a la hora de observar el temperamento de los bebés es importante. Es crucial saber reconocer qué clase de temperamento tienen los críos para saber cómo moldear un carácter que domine el temperamento.

En esta ecuación Personalidad = temperamento + carácter el peso tiene que recaer siempre sobre el carácter. Lo importante es que el carácter logre siempre imponerse al temperamento.

De modo que si el temperamento de un niño desde bebé es colérico, tiende a la rabia, a la ira, a la violencia... tenemos que enseñarle a controlarlo por medio de la educación del carácter. De ahí la importancia de que los progenitores sean observadores detallados y analíticos del comportamiento del niño, para poder enseñarle a controlar su temperamento si es necesario. En el caso de un temperamento colérico y violento habrá de buscar mecanismos de sanción, de corrección de la conducta cada vez que sea dominado por su temperamento. Para eso los jardines de infancia son ideales, pero igualmente puede ser eficaz en los parques de la ciudad donde se llevan a jugar o cualquier otro entorno donde haya otros niños con los que interactuar. Cuando un bebé de año y medio o dos años pega a otro, o no quiere compartir, los profesores/maestros/cuidadores le riñen, le castigan, lo separan del grupo, lo aíslan, para que aprenda a cumplir las normas del juego en contra de lo que le marca su instinto. Si por el contrario, el niño tiene un temperamento solitario, pausado, aislante... la solución pasa por obligarlo a integrarse en el juego con otros niños, por socializarlo de manera correcta.

De entre los muchos pensadores que han reflexionado sobre la formación del carácter nosotros destacaremos a John Dewey, filósofo norteamericano nacido en 1859, que centró sus estudios en la elaboración de un sistema educativo pragmático y sus ejes de investigación fueron: «la escuela y la sociedad civil». Sus teorías sobre la educación las intentó llevar a la práctica fundando su propia escuela, donde utilizó un nuevo y revolucionario concepto educativo para la sociedad del momento.

Pero lo más destacado está en su manera de enfocar la educación del niño desde las instituciones (escuela y familia). La educación progresiva que defendía se fundamentaba en varios pilares que, como padres, tenemos que tener en cuenta si queremos realizar una labor educativa exitosa:

En primer lugar, aceptaba la tremenda diversidad que existía entre los niños, eso quiere decir, que necesitamos entender que cada niño, cada hijo, es singular y único. En este sentido es necesario realizar un ejercicio de contención a la hora de querer juzgarlo usando el rasero de otros niños, incluso el de sus hermanos. Aceptar sus singularidades es fundamental para lograr educarlo debidamente.

En segundo lugar, para poder lograr moldear una personalidad equilibrada Dewey creía que era vital educarlos como ciudadanos activos y comprometidos. En el caso del pensador norteamericano hablaba de un compromiso con la democracia, pero nosotros nos conformaremos con lograr que sean capaces de ir comprometiéndose de manera progresiva con sus responsabilidades y con las personas que les rodean. Tienen que entender lo que significa «adquirir un compromiso» tanto consigo mismo, como con otras personas.

Y ese compromiso tiene que empezar por nosotros mismos como padres. Es necesario que adquiramos un compromiso con nuestra labor educativa porque de lo contrario es muy probable que otros agentes y/o medios sociales realicen esa labor por nosotros. El problema de Víctor Frankenstein es que rechazó la labor más importante que existe en la paternidad: la de educar. Dejó que el monstruo deambulase en busca de amor y desatendió la formación del carácter de su criatura. Sin embargo *la educación no es una ciencia exacta, más bien es un arte* de modo que incluso abandonando la educación del carácter podría suceder que el niño se convierta en un adulto equilibrado, como en un principio parece sucederle al engendro. A pesar de eso, el monstruo, que durante toda la novela muestra una gran inteligencia asentada en un razonamiento más que correcto, aprendió por medio de la observación las normas de conducta que ayudaban a socializarse y tuvo la capacidad de forjarse un carácter apacible y educado hasta que el rechazo social, la carencia de amor, y la falta de una identidad definida, terminan haciendo que el carácter se subyugue a los impulsos del temperamento y se convierta, en ocasiones, en una criatura incontrolable incluso para él mismo.

Profesionalización de la paternidad

Por otra parte, la paternidad comienza a profesionalizarse desde el minuto cero. La idea de criar (fabricar) a un niño que sea lo más perfecto posible, lo más ideal posible, lo más completo posible, que desarrolle toda su potencialidad constantemente está siendo acogida por un núcleo de padres que atienden a los nuevos perfiles de la paternidad que se imponen en el siglo XXI. Padres/madres superhéroes que creen tener el secreto del éxito y que se empecinan en trasladarlo a sus vástagos.

Algunos, al igual que Víctor Frankenstein, alcanzan un grado de histeria en su empeño por moldear hijos perfectos, perdiendo en muchos casos el norte, terminando desorientados, sin haber reflexionado sobre la importancia de educar y formar a una persona equilibrada. Si no tenemos cuidado podemos convertirnos en ese Víctor Frankenstein, que al final de sus días, cuando está narrando su historia al capitán de un barco que lo rescata de los confines de la tierra, aconseja no obsesionarse con alcanzar ese tipo de aspiraciones de perfección y así llega a afirmar:

«Aprenda de mí, si no por mis advertencias, sí al menos por mi ejemplo lo peligroso de adquirir conocimientos; aprenda cuánto más feliz es el hombre que considera su ciudad natal el centro del universo que aquel que aspira a una mayor grandeza que la que aspira su naturaleza».

De aquí derivamos una enseñanza importante de cara a enfocar la educación de nuestros hijos:

La educación no puede plantearse como una labor donde se busca la perfección en la formación del infante. No podemos trasladar los objetivos que nos imponen en nuestros trabajos a la labor educativa. Hay que des-profesionalizar la educación, des-sistematizarla. Entre otros motivos porque los niños no son resultados cuantificables de nuestras programaciones.

El temperamento, el carácter, los agentes primarios de socialización, los agentes secundarios, la nueva globalización... Muchos padres entran en una espiral de angustia al querer controlar el máximo número de factores posibles que intervienen en los procesos educativos y, cuando se dan cuentan de que estos factores son subjetivos, no cuantificables, no predecibles... sienten que fracasan porque sus aspiraciones de criar el niño perfecto, los objetivos que se habían impuesto, no se han cumplido.

Paternidad ciencia-ficción

Frankenstein es un clásico de ciencia ficción con tintes de terror y novela romántica. La novela de Mary Shelley es una gran desconocida porque el acercamiento al monstruo se realiza habitualmente desde el cine. A modo de resumen habría que destacar algunos aspectos generales que ayuden a conocerla mejor:

Víctor, joven universitario, investigador y aficionado a la filosofía de la naturaleza, intenta desentrañar el misterio del alma humana. Tras conocer la posibilidad de generar vida haciendo uso de la electricidad, intenta jugar a ser Dios fabricando un «humano» a partir de restos de cadáveres.

La idea de moldear una criatura hermosa y darle vida es muy tentadora e ilusionante, hasta que sucede. Será justo en ese instante, en el que el monstruo es traído a la vida, cuando el joven, impresionado por la fealdad de su obra, abandona a su criatura y huye (durante toda la obra el monstruo no es «bautizado», se hace referencia a él con términos como engendro, criatura, ser demoníaco...). Al volver al laboratorio no encuentra al monstruo. Ha escapado lleno de odio y desprecio por su creador, un odio que se trasladará a la humanidad debido al efecto de rechazo que provoca con cualquiera con el que se topa. Durante este proceso el engendro aprende a hablar y conoce el amor espionando a una familia a la que agasaja con regalos de forma anónima hasta que es descubierto, despertando el terror y el rechazo de nuevo. Entonces busca a su padre para pedirle que le fabrique una pareja a la que poder amar pero, en el último instante, Víctor se niega y destruye a la que iba a ser su compañera.

El monstruo se vengará matando a todas las personas cercanas a su creador. Víctor toma la decisión de perseguir a la criatura para matarla y la persecución acaba en el Polo Norte, donde el científico es recogido por un carguero y le cuenta al capitán su historia poco antes de morir. Poco después el monstruo sube al barco y llora sobre su cadáver. Le cuenta su versión al capitán, que duda si matarlo o no, tal y como Víctor le había pedido antes de morir. Finalmente la criatura confiesa que ha tomado la

resolución de perderse en el Polo Norte y prenderse fuego para que no haya más muertes. Así termina la novela.

Al igual que el género literario de esta novela, la paternidad de hoy día es una mezcla de ciencia-ficción y género de terror (entre otras cosas). La ciencia «ficción» está determinada por los miles de estudios diarios que no cesan de publicarse en torno a las técnicas educativas que convertirán a sus hijos en seres perfectos, bilingües, superdotados, autónomos, equilibrados... Cientos de miles de padres que a diario leen en la red artículos, blogs, análisis científicos sobre técnicas de estudio, alimentación, deporte, organización de actividades extraescolares, yoga infantil... inquietudes paternas que se agarran al más mínimo sustento científico para justificar las agendas de extraescolares que les imponen a sus hijos, las actividades que les organizan, las dietas a las que los someten...

Todo en busca de una educación perfecta donde palabras como creatividad, resiliencia y mindfulness forman parte de esta pseudo-ciencia-ficción que han idolatrado en su ideario de padres, para lograr la perfección educacional.

A esto se le suman los avances en el campo de la neuro-educación, que no dejan de publicarse como si se hubiera descubierto la piedra filosofal. Son los padres-científicos, como Víctor Frankenstein, que se obsesionan con saber las últimas novedades del mercado educativo, las últimas metodologías pedagógicas anti-sistema que prometen convertir a sus vástagos en personas más inteligentes.

Pero el peligro que muchos de estos padres corren es caer en la Neofilia, el amor por la novedad. Si bien lo nuevo siempre ha sido foco de atracción, desde que la globalización e Internet se han democratizado estamos experimentando lo que ahora llaman un empoderamiento de la novedad. Es decir, el hecho de que sea nuevo no solo despierta curiosidad, sino que además provoca deseo y admiración. Empezamos a darle a la «novedad» una categoría por sí misma, creemos que cualquier cosa novedosa es positiva y nos lanzamos convencidos al consumo de la misma atraídos por una especie de halo de optimismo que nos provoca el sentimiento de que lo que había antes ya está caduco.

El mundo de la pedagogía no ha quedado al margen de la obsesión contemporánea por el consumo de novedades. Cada año surgen como setas miles de «nuevas escuelas» con «nuevos discursos» presentados como salvadores educativos.

Advertencia a los padres hipermodernos: la novedad en sí no es positiva. Justificar un nuevo método pedagógico en un discurso y sobre un papel es relativamente sencillo y muchas de estas «neo-pedagogías» no son más que «experimentos educativos» que primero se diseñan en papel y después se prueban en la realidad. Pero la educación de un niño no es precisamente un elemento con el que experimentar.

Los padres ciencia-ficción tienen una pasión desmedida por la novedad como categoría ontológica, aman la novedad en sí, creen, y lo que es peor, sienten, que la novedad es positiva.

Muchos de ellos se han dejado cegar por la «enfermedad» de la neofilia y desde el momento en el que saben que serán padres, dedican una gran parte de su tiempo a la búsqueda de la metodología perfecta que les ayude a ser los padres perfectos. Curiosamente parece que no terminan de aceptar la herencia educacional que ellos mismos han recibido porque, al igual que le sucede a Víctor Frankenstein, esta primera educación que les ha podido funcionar a ellos para su vida no parece que pueda funcionarles para sus hijos, o al menos eso es lo que creen.

En la novela, cuando Víctor es joven se adentra en la lectura de los filósofos de la naturaleza clásicos, que despiertan en él la pasión por saber, pero en la universidad, un profesor le dice que están obsoletos y desde ese entonces desprecia las enseñanzas que despertaron su pasión por el conocimiento.

A los padres ciencia-ficción parece ocurrirles algo parecido, de repente se alejan de los modelos de paternidad que ellos han experimentado con sus progenitores porque piensan que están obsoletos. Olvidan que gran parte de la culpa o el acierto de la construcción de la personalidad que tienen está en relación directa con esa educación que han recibido.

Uno de los problemas que acarrea la Neofilia es que despierta tal pasión en la persona que la sufre que logra eliminar el ejercicio del pensamiento crítico hacia su pasado, es decir, no consigue que las personas que la padecen sean capaces de abstraerse de este lado emocional y pasional para poder ser objetivos a la hora de evaluar la importancia de sus propios procesos educativos. Y de repente despotrican contra gran parte de los métodos educativos que ellos mismos han experimentado. Es como si todo aquel modelo de vida no solo estuviera ya desfasado sino que además parece que pueda ser hasta contraproducente o dañino para sus propios hijos.

Esta sensación de desprecio sobre la educación que los padres ciencia-ficción han recibido suele generar después enfrentamientos con sus propios

padres (abuelos) a la hora de instruir a sus propios hijos (nietos). Cuando estos padres hipermodernos tienen que acudir a los abuelos para que ayuden en la crianza, el menosprecio hacia las artes educativas que ellos mismos recibieron puede pasar factura a la hora de confiar una parte de la educación de sus hijos a los abuelos. Incluso es habitual que les dejen una lista de instrucciones sobre cosas que se pueden hacer y cosas que no se pueden hacer para que esta neo-educación de sus hijos hipermodernos no se vea enturbiada por la «mala educación» que los abuelos les puedan dar.

Experimentos educativos

En la novela, el joven Víctor Frankenstein sufre el mismo proceso que muchos de los padres hipermodernos. Al principio estudió a los pensadores clásicos en su formación científica y después se vio atraído por las novedades y experimentos que los científicos del momento estaban realizando. De modo que decide experimentar convencido de que la finalidad de su experimento sería positiva. Llega un momento en el que el propio Víctor desecha cualquier tipo de conocimiento y enseñanza previa por inútil, y descontextualiza el saber aprendido. Sólo la novedad está cargada de progreso y positividad hasta el punto de creerse un semi-dios capaz de crear vida.

Pero en todo el proceso reflexivo que comienza el joven investigador no se atisba ni una sola gota de negatividad o preocupación por lo que pueda acarrear el hecho de experimentar; experimentar sin más, presuponiendo siempre unos resultados óptimos y positivos. La ilusión tan positiva sobre las maravillosas repercusiones de la novedad que está a punto de crear ha cegado la capacidad analítica objetiva en Víctor.

Este es un fenómeno muy común de la educación en nuestros días y es el hecho de tener una visión positiva del experimento en sí. Existe una relación casi emocional en la sociedad que asocia la palabra experimento con la palabra progreso.

La imposición de la tecno-ciencia en el mundo globalizado ha provocado que la palabra experimento esté cargada de una connotación positiva. Creemos que experimentar es positivo en sí y de por sí, que no puede tener ningún aspecto negativo. Es más, muchos de estos padres ciencia-ficción no dejan de consumir las soflamas virtuales que los alientan a experimentar con el fin de equivocarse y fracasar porque, *según argumentan los nuevos gurús y referentes del siglo XXI, el fracaso en el experimento es el primer paso hacia el éxito.*

La ciencia no deja de experimentar y el progreso se justifica gracias a estos experimentos porque la ciencia ha logrado que sintamos que el experimento es la base del progreso. Y al asumir esta condición cualquier experimento nos parece siempre positivo. El propio Víctor, nunca imagina,

ni se le pasa por la cabeza, que su experimento pudiera terminar, en fracaso o provocar un resultado dañino, contraproducente y negativo. Por lo general pensamos que los experimentos tienen dos resultados: el positivo, cuando se logra el objetivo que nos proponemos demostrar con el experimento; y el negativo, cuando el experimento fracasa y nos aleja de este objetivo, pero el exceso de optimismo, que se basa en el halo positivo que engloba a la ciencia, nos ha llevado a pensar que el fracaso en el experimento también puede no ser negativo.

Además, existe una tercera variable que muy pocas personas tienen en cuenta y que es igual o más importante que las dos anteriores, y es precisamente que el experimento produzca un resultado no sólo inesperado sino además contraproducente y dañino. La fe que depositamos en lo maravilloso del experimento nos nubla la vista y no nos deja percibir esta tercera vía. Los padres ciencia-ficción parecen haber borrado esta opción de su ideario educativo.

La positividad de la paternidad es tan grande que no creen que sea posible que los experimentos neo-educativos a los que someten a sus hijos puedan ser contraproducentes. De modo que si se pone de moda cualquier metodología neo-educativa, generalmente amparada por una verborrea maravillosa capaz de encandilar a cualquiera, allá que vamos, sin analizar la conveniencia de la misma para la personalidad de nuestro hijo, sin darle la posibilidad de que nos exprese su opinión al respecto.

Es las nuevas paternidades ciencia-ficción se aúnan estos dos elementos: la idolatría a la novedad, sobre todo en el campo pedagógico (como ya hemos analizado), y la connotación negativa de lo clásico, sobre todo en lo referente a los modelos educativos heredados. Es esta última característica la que puede terminar siendo contraproducente para nuestros objetivos.

Cuidado padres ciencia-ficción: esto es algo que le sucede a muchos de ellos, que se alejan de la pedagogía clásica porque lo tradicional, lo clásico, empieza a tener un estigma de negatividad que condiciona muy seriamente a estos padres que creen que sólo lograrán educar y preparar a sus hijos para el futuro si los educan bajo el amparo de la pseudo-pedagogía que tan bien venden y promocionan todas estas nuevas escuelas.

De repente, estos padres ciencia-ficción le quitan la autoridad a los sistemas educativos clásicos, apenas le otorgan legitimidad profesional a los maestros y profesores que educan a sus hijos, porque son padres que viven imbuidos y rodeados de las novedades pedagógicas y las abrazan como tabla de salvación para sus hijos. La «ciencia pedagógica contemporánea»

despierta en ellos, que en su mayoría no son docentes ni tienen otra relación con la docencia que la lectura de pequeños artículos de periódico, entradas de blog o charlas TED de diez minutos, una animadversión infundada sobre los sistemas educativos actuales, entre otras cosas por esa idolatría hacia la novedad como si de por sí esta fuera siempre positiva.

Byung y la educación del rendimiento: paternidad terrorífica

Siguiendo con la clasificación del libro de Mary Shelley nos encontramos con el género de terror. Y la paternidad actual, en muchas ocasiones, es vivida como tal. Un terror que se manifiesta en esa *ansiedad de los progenitores* por no dejar de lado ninguna de las competencias que creen necesarias para que el niño tenga éxito en la vida. Si bien muchos de estos padres-Frankenstein dirán que lo único que quieren es que sus hijos sean felices, no siempre son capaces de entender el concepto de felicidad como un sentimiento de autorrealización y autoconocimiento equilibrado, sino más bien como la consecución de un éxito laboral-social o, en su defecto, de una popularidad normalmente alcanzada por el reconocimiento social.

El terror de la paternidad comienza desde el embarazo con miles de miedos a que el feto no se desarrolle a la perfección pero sobre todo, gastándose tiempo y dinero en ecografías en 3 o 4 dimensiones, en pruebas y análisis de sangre o de ADN, en la lectura de libros y de páginas web y foros donde informarse sobre el periodo pre-maternal de cara no sólo a cerciorarse de que el feto esté bien sino que además sea capaz de recibir los mejores estímulos posibles. Miedo también al momento del parto, asesorándose e informándose sobre distintas teorías, algunas de ellas contradictorias, sobre el «posible daño» que puede sufrir el bebé al nacer. Miedo a las futuras enfermedades que pudiera contraer y de cara a protegerlos de este futurible, los pre-papas-Frankenstein invierten dinero en congelar el cordón umbilical en centros del extranjero (en España no está permitido) por ese futurible miedo unido a una fe ciega en la evolución de la biotecnología. Durante el periodo de gestación la pre-mamá cambia de hábitos de vida por miedo a transmitir al feto cualquier enfermedad, problema o cualquier otra cosa que pudiese influir negativamente en el perfecto desarrollo del bebé. Miedo a comer ensaladas, pescado crudo, beber alcohol, fumar, miedo a llevar una alimentación dudosa por si algo se transmite al feto...

Cada vez más, el mundo de la pre-paternidad/maternidad se está convirtiendo en un lugar plagado de miedos, muchos de ellos sin base científica suficiente, otros demasiado preventivos o excesivamente exagerados. Pero al fin y al cabo, muchos de estos padres no son capaces de vivir la pre-paternidad/maternidad como un momento en el que disfrutar de una nueva experiencia. Si queremos vivir con la plenitud que requiere esta fase prenatal es necesario no diversificar las fuentes de información (médicos, pedagogos, conocidos, amigos, Internet...) y dejarse llevar por el momento de una manera sensata.

Pero no son los únicos miedos que conlleva la paternidad-Frankenstein. El miedo también se manifiesta en la inquietud real sobre la evolución del futuro, en los agoreros que dibujan un porvenir apocalíptico por culpa de un desarrollo ¿inapropiado? de las nuevas tecnologías mezclado con una hipertrofia del capitalismo donde la idea de fondo parece ser una especie de supervivencia darwinista, de darwinismo social (que sobreviva el mejor preparado, el más fuerte). El terror de las nuevas paternidades, sobre todo aquellas que sufren la ansiedad de tener que estar al día de todas las novedades sociales, pasa por la inquietud de dotar a sus hijos de una serie de herramientas, competencias o habilidades que parecen renovarse en breves periodos de tiempo, donde unas se desechan con mucha rapidez y otras se imponen casi como elementos bíblicos. Un temor por no saber aportar esos instrumentales adecuados para hacer frente al futuro más incierto y volátil que jamás haya existido en la historia de la humanidad.

Y ese miedo a la paternidad, como veremos, tiene singulares y múltiples maneras de manifestarse, pero una de las más comunes se presenta bajo la forma de actividades extraescolares, que termina degenerando en la profesionalización del tiempo libre del niño.

En este apartado me gustaría hacer un breve inciso para que los padres actuales puedan reflexionar sobre el estilo de vida que tienen, el modelo o arquetipo social que proyectan sobre sus hijos y el diseño del prototipo de vida que marcan para ellos. Hay un pequeño ensayo de un pensador coreano afincado en Alemania, Byung-Chul, que en el 2012 ha sido *best-seller* y lo tituló: *La sociedad del cansancio*. En resumidas cuentas y a *grosso modo*, dice que estamos experimentando un modelo de vida donde lo único que parece definirnó es la actividad. Estamos sometidos a una constante actividad a cualquier hora del día, es decir, hiperactividad. Y lo más curioso es que en muchos de estos casos, la hiperactividad es una elección personal. Estamos auto exigiéndonos constantemente, para poder alcanzar el perfil social que se espera de nosotros. Padres perfectos, compañeros perfectos

para nuestra pareja, amantes perfectos, trabajadores motivados y sobreestimulados, deportistas que dan el máximo nivel (sólo basta mirar la «moda *runner*» de hacer medias maratones o maratones, al estilo de los profesionales dedicados al atletismo, como si fuera algo normal)...

Estamos intentando alcanzar el ideal social de perfección en cada faceta de nuestra vida y nos auto exigimos cada vez más en todos los ámbitos. El problema se extiende cuando trasladamos esta auto exigencia a nuestros hijos y sembramos en ellos una infancia/adolescencia profesionalizada, una infancia/adolescencia del rendimiento.

Esto, como sostendrá Byung, termina provocando en nosotros un cansancio que agota y que termina afectando negativamente y genera un vacío emocional por la saturación de actividad. El problema de la hiperactividad es que, al tiempo que no paramos de hacer cosas, de realizar tareas y emprender proyectos, dejamos de tener tiempo para la reflexión, para el análisis, para la evaluación o auto-evaluación de nuestra vida, de la conveniencia o no de nuestros proyectos, del análisis de nuestros objetivos en cada una de esas facetas que no cesamos de cultivar incesantemente.

Estamos entrando en una vorágine de acción, de actividad, tenemos que estar al día de las últimas series de televisión que se ven, de los espectáculos de temporada, de los lugares a los que hay que ir a comer, a tapear, de los países que hay que visitar, de las redes sociales que tenemos que usar, de la moda que se lleva... tenemos una agenda repleta de cosas que hacer a diario (ahora se llama «to do list»), porque de no ser así nos sentimos desconectados de la sociedad y sentimos que perdemos el tren de algo que creemos importante.

Pero este torrente nos aparta de los momentos de paz, de sosiego, de calma reposada. Sabedores de esta hiperactividad tratamos de justificar el cultivo de nuestro lado más espiritual, más analítico, por medio de talleres de meditación que empiezan a florecer como setas en otoño. Y de repente encontramos técnicas de relajación o meditación que apenas sirven para su propósito porque no somos capaces de cortar nuestro ritmo vertiginoso de vida.

Relaciones de pareja

Antes de ser padres se suele ser pareja. Y si en los momentos actuales ya nos cuesta trabajo entendernos a nosotros mismos, más difícil es entender a otro semejante con el que compartir un proyecto de vida. La paternidad/maternidad supone una inversión vital que necesita buenos pilares para poder cimentar un plan de vida a largo plazo que se sostenga y perdure en el tiempo. De ahí que elegir la pareja adecuada es el primer paso y conocerla bien el segundo. La relación de pareja necesita estar bien asentada antes de aventurarse a ser padres.

En esta era de la turbotemporalidad, rodeados de comodidad por doquier, hay que dejar un tiempo de reposo para que la relación de pareja madure y este proceso cada vez se torna más complicado.

Sobre todo porque vivimos rodeados de constantes estímulos que nos incitan a tener todo, a consumir todo, a experimentar todo... Se vende un concepto de vida hiperactivo y hedonista donde el goce y los placeres sensoriales se nos venden como algo lógico, deseable y además realizable, recurriendo, si es necesario, al crédito monetario, al pago a plazos, para poder consumir dicho hedonismo. A esto se le suma la falta de tiempo y muchas veces de diálogo en lo referente a los proyectos de futuro. El idealizado *carpe diem*, junto con la incertidumbre sobre el futuro, provocan un desinterés, muchas veces presente como mecanismo de defensa, hacia todo lo referente a los temas que van más allá del presente.

En las últimas dos décadas hemos asistido a cambios vertiginosos en la concepción de los proyectos a largo plazo. El propio concepto temporal de futuro se ha reducido. Pensar a más de cinco años vista parece un atrevimiento y hasta una inconsciencia, sobre todo si tenemos en cuenta la volatilidad del tiempo presente.

Estamos siendo testigos de la fragilidad del futuro como nunca antes había sucedido en la historia.

A esto se le suma el periodo de crisis económica unida a la crisis de valores que el «deshumanizado» (que no inhumano) capitalismo ha provocado. El paro, las desigualdades económicas y la falta de

oportunidades provocan una angustia en lo referente a los planes vitales, que trae como consecuencia que muchas personas no quieran pensar en el futuro de manera rigurosa, que evadan dicho tema para evitar la temida ansiedad.

Siendo así no es de extrañar que muchas parejas no se planteen con la seriedad necesaria su visión futurible de la vida en lo referente a la paternidad. Y si alguna vez se lo plantean lo normal es refugiarse en el amparo bíblico «Dios proveerá» pero sustituyendo a Dios por el «futuro».

Y es entonces cuando se suele recurrir a ejemplos de épocas anteriores donde la vida parecía más dura, había menos recursos, menos educación... para demostrar que un bebé se saca adelante sin necesidad de grandes previsiones.

La formación de la pareja es un proceso relativamente sencillo, poco ha avanzado la humanidad en este aspecto, pero el modo en el que la pareja mira hacia el futuro sí ha cambiado sustancialmente.

Sobre todo porque muchas parejas, impregnadas de este hiper-individualismo, absorbidas por los proyectos individuales tanto a nivel profesional como a nivel personal, son incapaces de sacrificarse en pos de la pareja y en muchas ocasiones anteponen su propio desarrollo y bienestar profesional/personal al de los propios hijos.

Para que una familia con hijos pueda tener un propósito feliz y exitoso de vida es necesario que cada uno de sus miembros sacrifique parcelas de su tiempo en pos de la comunidad. Y estamos asistiendo a un momento histórico en el que la comunidad ha perdido su peso. La categoría de lo social ha dejado paso al imperio del individuo y si bien en las redes sociales afloran a diario múltiples grupos de personas que se asocian en pos de una causa, no podemos pasar por alto que muchos de estos individuos son *activistas de sofá*, pero del sofá de sus casas, donde se convierten en *activistas virtuales* que despotrican y se indignan con el móvil en la mano, cómodamente reconfortados en el bienestar de sus hogares. Los intereses del individuo están muy por encima de cualquier otra cosa y hay que tener cuidado de que esto no suceda cuando se trata de una relación en pareja.

Por eso es tan importante que la pareja, antes de comenzar su proyecto de familia, se conozca lo mejor posible, sepan qué esperan el uno del otro, sean capaces de leer entre líneas los gestos, las formas, los deseos, las acciones... que el otro lleva a cabo durante la vida en común para poder decidir si somos, como pareja, aptos para comenzar un proyecto de familia. Pero sobre todo tenemos que analizar la capacidad que tiene el otro de sacrificarse en pos de un bien mayor, la familia, para poder intuir si podremos compartir el mismo proyecto familiar.

Proyecto común educativo

A esto se le debe sumar un proyecto común educativo, no basta con poder convivir, lo que suele ser más un tema de respeto y protocolo que otra cosa. Se puede convivir, con amor y sin amor, con humildad, con admiración, se puede convivir con modales y con sentido común y si me apuran, se puede convivir así casi toda la vida, con un compañero o una compañera cuya labor principal es hacer una buena compañía, compartir gustos comunes, disfrutar aficiones...

Pero cuando se dibuja en el horizonte el deseo de un niño la cosa cambia, sobre todo porque ese bebé necesita ser llevado por un sendero que le conduzca a una vida equilibrada y feliz. Por eso es aconsejable que antes de comenzar este proyecto la pareja tenga un modelo educativo consensuado a seguir, al menos las líneas generales.

Y en esto son inevitables las influencias de la educación recibida para ambos miembros de la pareja. El ambiente durante la crianza condiciona en parte la visión emocional del mundo. Junto a esto, las ideas suelen heredarse de manera emocional hasta que el sujeto es capaz de elaborar un aparato crítico que le permita cribar aquello que le parezca de mejor provecho. En el caso de tener un hijo se darán muchas circunstancias donde el niño tendrá una relación directa y estrecha, por lo general, con la familia política, por eso hay que dedicarle un tiempo a entender, a comprender y a estudiar no sólo al cónyuge o pareja sino también a su familia. Porque a la hora de criar a un vástago las costumbres recibidas durante la infancia de cada uno de los miembros de la pareja harán acto de presencia. Como bien defiende José Antonio Marina, al niño tiene que educarlo la tribu.

Por eso es necesario que exista un acuerdo sobre los caminos por los que queremos educar a nuestro hijo, para que después no haya sorpresas y contradicciones que produzcan en él una desorientación en su trayecto vital.

En el caso de Víctor Frankenstein su relación de amor era con la ciencia. Creció en un ambiente afectuoso, respetuoso y culto donde sus padres no le impidieron seguir adelante con su vocación, el estudio. Una familia con una apertura hacia el mundo exterior clave para el desarrollo mental de un adolescente como Víctor. Unos padres que, favoreciendo la autonomía de

su hijo, le envían a estudiar a la universidad en un país extranjero (Suiza) para que se familiarice con otras costumbres y modelos de vida. Para que abandone lo que ahora se conoce como «zona de confort». Como bien narra él mismo, era una relación que comenzó con el amor por la filosofía natural, una relación que determinaría el rumbo de su vida: «aquella pasión que posteriormente regiría mi destino». Una pasión que comenzó con apenas 13 años leyendo libros de Cornelius Agrippa, Paracelso y Alberto Magno. Que se incrementó a los 17 conducido por estudios en química y la investigación sobre los secretos del funcionamiento de la naturaleza. Tal era el amor que despertó la ciencia en Víctor que permaneció entregado durante sus años de estudio a profundizar en estos conocimientos, postergando todo lo demás, incluso sus visitas al hogar.

Su matrimonio con la ciencia entabló una relación seria y profunda, conocía las teorías que habían asentado el saber de su tiempo y sentía curiosidad por los futuros descubrimientos que quedaban por realizar. La relación de Víctor con la ciencia era concienzuda y pasional a la vez. Le dotaba de una plena felicidad y le otorgaba una esperanza e ilusión por los nuevos descubrimientos que mantenía viva la llama del amor. No se le puede acusar de inconsciencia o de precipitación a la hora de sentirse atraído por el amor por la ciencia.

Pero lo que le sucedió después, a causa de una pasión descarnada y una situación de agotamiento mental, nos demuestra que no hay fórmula mágica para una relación de pareja (incluso entre un hombre y la ciencia). La relación de Víctor con la ciencia se pone en entredicho cuando se plantea el proyecto de paternidad. Lo que parecía ser un conocimiento exhaustivo y profundo de su pareja, la ciencia, terminó siendo una ingrata sorpresa cuando esta se manifestó en su lado más destructivo, el de una criatura que terminará sembrando el pánico, asesinando y privándole del sueño y de la felicidad.

Esto pone de manifiesto que, por mucho que creamos conocer a nuestra pareja (salvando las distancias), la reacción de esta a la hora de afrontar un reto tan enorme como la paternidad, puede convertirse en algo inesperado con tintes catastróficos.

La ilusión de la paternidad

Por lo general la idea de ser padres, en condiciones normales, suele ser un motivo de ilusión. Ilusión entendida como propósito animoso y esperanzador que se quiere llevar a cabo. Como todo proyecto que se precie, sobre todo cuando es uno el emprendedor, está cargado de energía positiva y las previsiones en torno a la empresa que uno idealiza al principio, las esperanzas en torno a su desarrollo y la balanza de las satisfacciones se decanta hacia la inversión total y ciega en dicho propósito. No deja de ser paradójico que para cualquier proyecto empresarial que se desee empezar se suele acudir a estudios de mercado y asesores profesionales, se hace un análisis de la situación económica, de los créditos necesarios y de la posible rentabilidad, se estudia el campo desde el que se va a trabajar, se analizan los pros y los contras y se intenta ser lo más realista posible en el análisis de los datos de cara a no fracasar en el proyecto antes de comenzar.

Si bien es cierto que en el comienzo existe, y además es necesaria, una implicación emocional e ilusionante por emprender una nueva aventura, un nuevo trabajo, una nueva vida, en el caso empresarial esta faceta emocional está constantemente frenada por el análisis racional, de manera que suelen hacerse una combinación ideal donde ambos elementos aportan lo mejor de cada uno.

Pero en el que debería ser el proyecto vital más importante de la vida de una persona, el de la paternidad/maternidad, el de ser padres, el peso de la decisión suele recaer, en un porcentaje muy elevado, en el lado emocional.

Apenas nos tomamos en serio a los asesores (familiares, amigos, conocidos...) que nos advierten sobre la enorme responsabilidad que el proyecto conlleva, sobre los cambios titánicos en la relación de pareja que supone tener que enfocar la atención sobre un tercer elemento distinto al de la pareja. Desechamos cualquier análisis económico y apenas cuentan las finanzas a la hora de la toma de decisiones porque, sobre todo, tenemos un concepto idealizado de la paternidad/maternidad. Llegado el momento somos consecuencia directa de un modelo de familia ideal que desde muy pequeños llevan bombardeándonos en los medios de comunicación a través de películas, series, anuncios...

Hemos estado consumiendo e interiorizando esa idealización de la familia con hijos maravillosos, guapos, honestos, inteligentes, sanos... que salen en los catálogos de viajes de verano en la playa o comiendo sonrientes en el McDonald's. Y si bien sabemos que todo eso es puro marketing no queremos ser realmente conscientes de la gravedad (en el sentido de profundidad) del asunto.

Antes de ser padres vivimos una ILUSIÓN sobre la paternidad al igual que sucede en la etapa de enamoramiento.

No somos capaces de entender los inconvenientes y no queremos analizar la realidad de los mismos o, más bien, no queremos ser plenamente conscientes de la importancia de este paso y sólo sentimos como auténticos los estímulos positivos que aporta la paternidad. Las ganas de ser padres logran imponer un mecanismo de defensa titánico contra cualquier inconveniente que se pudiera presentar.

A estas alturas podríamos adoptar dos posturas a modo de consejo. La primera es aquella que deja el *status quo* como se presenta, es decir, hacer caso a esta subida emocional que se impone ante cualquier futurible adversidad, dejarse llevar por los sentimientos y el refuerzo positivo que significa ser padres. Si hacemos caso a las investigaciones y el desarrollo actual en la teoría de la toma de decisiones hemos de justificar que, como bien argumenta Barry Schwartz (*The paradox of choice*), para las grandes decisiones vitales es más acertado dejarse llevar por la emoción que por la balanza de la racionalidad. Las supuestas recompensas emocionales que proporciona un bebé a la pareja y al resto de la familia, al menos en las primeras etapas de su vida, siempre suelen ser un motivo de celebración que se superpone a cualquier adversidad que acontezca. De no ser así, muchos seríamos no-nacidos si la balanza de la racionalidad se hubiese inclinado hacia el lado del sentido común.

Por otra parte, si hacemos balance del auge del hiper-individualismo que en los últimos 30 años estamos viviendo y del canto al hedonismo, la comodidad y el *carpe diem* del que somos testigos, tener un niño es una decisión, cuanto mínimo, discutible, de ahí la proliferación de parejas que deciden no tener hijos y hacer frente al tradicional concepto de familia. No en vano, el 21 de julio de 2016, el *confidencial.com* titulaba una noticia: «España no es país para tener hijos» donde aludía a que cada vez más parejas jóvenes, deciden *motu proprio* no tener hijos.

En la novela de Mary Shelley la balanza se decanta a favor de las decisiones emocionales. Víctor está ilusionado no sólo con su proyecto de dar vida a un cuerpo inerte sino que además ha idealizado su proyecto de vida. Ha seleccionado las piezas del monstruo pensando en una belleza estética, en un equilibrio armónico y ha construido un cuerpo con las mejores extremidades que ha encontrado. El monstruo, el engendro, no hubiese existido de haber sido analizado sólo desde la perspectiva racional de la vida. Víctor manifiesta una pasión desmedida por la ciencia y por realizar el gran descubrimiento del secreto de la vida, la pasión por desentrañar el misterio más grande de la naturaleza, el de poder crear vida a partir de materia inerte. Este reto empuja al joven Víctor a entregarse en cuerpo y alma a este fin, dejando a un lado cualquier otra cosa que le impida o le reste tiempo a esta ilusión que se ha generado. La emoción en torno a este proyecto es tal que pone en un segundo plano incluso a su familia, a la que deja de visitar durante un tiempo, mientras se encuentra enfrascado en el estudio:

«Esa entrega, que en un principio había sido fruto del deber y la voluntad, se fue haciendo tan imperiosa y exigente que con frecuencia los albos del día me encontraban trabajando aún en mi laboratorio» o bien cuando afirma: «El estudio había empalidecido mi rostro, y el constante encierro me había demacrado... Parecía haber perdido el sentimiento y sentido de todo, salvo de mi objetivo final».

La pasión es tal que él mismo afirma, tras días y noches de trabajo y fatiga, que el descubrimiento que realiza le provoca no solo entusiasmo sino también arrebatos cuando certifica que estaba *«embriagado por el éxito»* y deja la racionalidad a un lado a la hora de aventurarse en la creación de una vida.

A Víctor le sucede lo mismo que a esas parejas que deciden que quieren experimentar la paternidad y se embriagan de la idea de ser padres, del ideal de la paternidad.

«nada puede concebir la variedad de sentimientos que, en el primer entusiasmo por el éxito, me espoleaban como un huracán. La vida y la muerte me parecían fronteras imaginarias que yo rompería el primero, con el fin de desparramar después un torrente de luz por nuestro tenebroso mundo. Una nueva especie me bendeciría como a su creador; muchos seres felices y maravillosos me deberían su existencia. Ningún padre podía reclamar tan completamente la gratitud de sus hijos como yo merecería la de estos».

Estos eran los delirios de grandeza que el padre de la criatura tenía antes de llevar a cabo su proyecto. Este era el mundo idealizado que pensaba que llegaría a crear. Todo eran aspectos positivos, todo eran situaciones maravillosas y favorables, exentas de cualquier inconveniente donde el creador se llevaba todo el mérito. Víctor no logra calcular racionalmente las consecuencias del descubrimiento y mucho menos las del proyecto de vida que tiene entre manos. Estaba enamorado no sólo de su descubrimiento sino también de las maravillosas repercusiones para la humanidad que este aportaría. Lo que le sucede a Víctor no es otra cosa que la etapa de enamoramiento, está en esa fase de idealización del amor, cuando uno comienza ilusionado una relación de pareja y sólo resalta los aspectos positivos del otro. Leyendo las palabras de Víctor parece que una nueva raza le estaría eternamente agradecido por haberle dotado de vida y que, gracias a él y a su pasión por la ciencia, este mundo mejoraría. En sus reflexiones previas a la creación del monstruo apenas se vislumbra el más mínimo inconveniente.

Lo mismo que le sucede a las parejas que deciden que quieren ser padres, entonces idealizan esa paternidad hasta extremos insospechados y se ven capaces de afrontar cualquier eventualidad que pudiera surgirles por el camino. Muchas de estas parejas viven con pasión la idea de la paternidad y se someten exclusivamente a las emociones a la hora de tomar las decisiones.

Pero si tenemos que elegir un consejo de cara a afrontar la idea de ser padres nadie mejor que el propio Víctor, cuando analizando el resultado de su creación y las consecuencias vitales que esta ha tenido, llega a decir en tono casi aristotélico:

«El ser humano perfecto debe conservar siempre la calma y la paz de espíritu y no permitir jamás que la pasión o el deseo fugaz turben su tranquilidad. No creo que la búsqueda del saber sea una excepción. Si el estudio al que te consagras tiende a debilitar tu afecto y a destruir esos placeres sencillos en los cuales no debe intervenir aleación ninguna, entonces ese estudio es inevitablemente negativo».

La ilusión de la paternidad no debe empañar nuestro juicio. Es obligatorio realizar un análisis exhaustivo de nuestra situación. Llegar a un punto de unión con la pareja en lo referente al modelo educativo que queremos para nuestro hijo, analizar la situación social, económica, laboral... que tenemos de cara a saber los puntos a favor y las carencias que se pueden presentar con la llegada y crianza de un vástago.

Es necesario aplicar el sentido común para una decisión que va a marcar el resto de nuestras vidas, para bien o para mal. Dejarse llevar exclusivamente por la pasión a la hora de tomar esta decisión puede provocar consecuencias catastróficas, como de hecho les sucede a millones de padres que, a diario, sufren las consecuencias, económicas, sociales y emocionales de no haber realizado un análisis previo de esta decisión.

El embarazo

Todo proceso elegido de manera voluntaria e ilusionante lleva un periodo de gestación que alimenta la idealización del proyecto de manera, a veces, contraproducente. Quizá estemos viviendo el momento más desconcertante de la historia para experimentar un embarazo. Una mezcla de ilusión, incertidumbre, miedos irracionales, posibles enfermedades que se pueden transmitir al feto... todo esto unido al acceso a Internet, donde millones de madres/padres expresan su opiniones y dan sus recomendaciones que, en muchos casos, son contradictorias con las recomendaciones de otras madres/padres o incluso de los médicos.

Tenemos tal cantidad de acceso a datos que nos perdemos entre los mismos. El periodo de embarazo, en algunos casos, se vive con suma incertidumbre y un escrupuloso cuidado para cumplir con los preceptos de cada día, que aumentan exponencialmente generación tras generación y que parecen ser «vitales» para que el feto se desarrolle adecuadamente.

Se deja de beber alcohol, incluso en pequeñas cantidades, se deja de fumar, se deja de comer jamón, se tiene mucho cuidado con las ensaladas, se completa la dieta con complementos vitamínicos para el feto... A partir del sexto mes muchas madres empiezan terapias conductistas de cara a desarrollar supuestas habilidades que harán que su bebé comience, lo antes posible, la maravillosa tarea del aprendizaje. Se empieza un proceso donde se acrecienta la ansiedad por hacer las cosas tal y como nos dicen que hay que hacerlas para dar a luz el bebé perfecto.

Así encontramos que la búsqueda de esta perfección en el cuidado fetal se ha visto empoderada por miles de terapias fetales pre-mamá orientadas a cosas como: crear vínculos de unión entre el feto y la madre, desarrollar el sentido armónico de la música, realizar sesiones de relajación fetal para el equilibrio emocional del futuro bebé...

Internet se llena de blogueras (y blogueros) que dan consejos sobre la etapa pre-mamá, sobre posturas para sentarse y no hacer daño al feto, alimentos que ayudan a mejorar la su formación ósea, complementos vitamínicos para el desarrollo de los órganos de la criatura... El ansia de perfección a la hora de ser *la perfecta pre-mamá* lleva a muchas mujeres a seguir a pie juntillas cualquier decálogo de normas que les parezca mínimamente aceptable con tal de no reprocharse nada si las cosas no

terminan saliendo como uno espera. En el fondo se trata de escabullirse de un posible sentimiento de culpa en el caso de que surjan problemas. Así es como se manifiesta la faceta terrorífica de la paternidad de la que hemos estado hablando.

Como ya hemos visto, además de pre-mamás obedientes hacia estos decálogos, nos encontramos con las que dan un paso más allá buscando la mejora mediante una supuesta sobre-estimulación del feto, tratando de engendrar un bebé que nazca estimulado y perfeccionado. Estas últimas se preocupan por realizar una estimulación pre-natal guiadas por los teóricos beneficios de un desarrollo intelectual, emocional y físico del bebé. Una de las actividades más usadas es ponerles música, altavoces tocando la tripa de la madre y, la última moda, altavoces intrauterinos en forma de consolador para que la música le llegue de manera más directa. La pregunta es ¿por qué? ¿Qué objetivo se persigue cuando se toman a rajatabla todas y cada una de las millones de prescripciones que a diario nos llegan en esta etapa?

El objetivo no es otro que intentar que el bebé alcance su pleno potencial, desarrolle al máximo sus capacidades en cada fase del crecimiento. En el fondo, muchos de estos modelos de padres, antes incluso de la paternidad, ya tienen interiorizado el modelo de máximo rendimiento como objetivo primordial en la vida.

Suelen ser padres que definen sus vidas en torno a la actividad laboral, y miden el éxito en función de los resultados de este «desarrollo de las potencialidades» de cada uno y del estatus social. Personas que han adoptado una filosofía de vida basada en la competición y asocian el éxito a los resultados. El problema llega cuando quieren extraer el máximo potencial del otro a todos los niveles y así lo harán con su bebé, desde el mismo útero. Querrán controlar todos y cada uno de los procesos de crecimiento de cara a un futurible desarrollo en pos del perfeccionamiento. Mientras tanto, pierden la oportunidad de disfrutar de un proceso mágico que, llevado de una manera natural y sana, se puede convertir en una experiencia muy enriquecedora para la pareja.

Disfrutar de las fases naturales del embarazo, entenderlas y apreciar cada una en su justa medida es esencial para evitar los momentos de angustia que pueden invadirnos si nos dejamos llevar por la aprensión del momento, por la sobre-estimulación, por los miedos...

Ver el desarrollo de nuestro feto en las ecografías, disfrutar de su crecimiento, sentir cómo se mueve y encontrar el punto exacto en el que

somos capaces de sentirnos a gusto con esa situación sin necesidad de caer en el extremismo. Reforzar el vínculo de la pareja preparando el terreno para la llegada del bebé y poder dialogar el uno con el otro sobre el proyecto de vida, sobre la situación familiar. Realizar pequeñas previsiones para no encontrarnos después con sorpresas a la hora de saber qué opina nuestra pareja sobre los modelos de crianza. Son nueve meses que se pueden disfrutar como una experiencia única en la vida, que pueden servir para unir los lazos entre la pareja, o bien pueden convertirse en nueve meses de angustia y preocupación que desemboquen en disputas, peleas y situaciones desagradables.

Castración de la paternidad: ¿queremos educar Frankenstein?

Frankenstein es una construcción, un artefacto humanizado que lo único que quiere es amar y ser amado, y cuando le pide a su padre, Víctor, que le fabrique una mujer y éste se niega, pilla una rabieta contra su padre y, como ya hemos comentado, jura matar a todos sus seres queridos, cosa que termina haciendo. La vida de Frankenstein es una vida donde la soledad empieza a ser determinante a lo largo de su recorrido. El subtítulo de la obra es «el moderno Prometeo». Tanto Prometeo como Frankenstein son hijos que se rebelan contra su padre. Y esto mismo parece estar sucediendo con el concepto de paternidad actual, padres que ha perdido toda legitimidad y autoridad frente a sus hijos. Si no tenemos cuidado en preparar mejor a los nuevos modelos de paternidad puede suceder que terminemos engendrando niños Frankenstein.

Nuestros pequeñas «criaturas» están acabando con sus padres. El modelo de paternidad de hace 50 años tenía más independencia que el actual. La figura de los padres como autoridad y la educación real, fuera del hogar, con otros semejantes, lograba que la labor educativa se repartiera entre más agentes sociales, de manera que no era necesario que los padres se castrasen para poder educar a su hijo. La tribu hacía una labor educativa fundamental que se veía reforzada por unos medios de comunicación escasos que no eran capaces de ejercer demasiada influencia en la formación del niño.

Los padres no consultaban las decisiones con sus hijos, las imponían. No preguntaban dónde querían ir de vacaciones o a qué restaurante querían ir a celebrar algo. Los padres, hace 50 años, tenían claros sus criterios y los hijos acataban estos criterios. Estos padres no proponían la democracia como sistema de elección y desde luego nunca pensaban en acercarse a sus hijos como un amigo.

Pero estamos asistiendo a un modelo de paternidad tan políticamente correcto, tan democráticamente familiar, que muchos padres han decidido castrar su paternidad en pos de una supuesta armonía familiar.

Estamos asistiendo a un mundo donde lo políticamente correcto se está apoderando del ideario social. Las nuevas redes sociales están alerta sobre

cualquier mínima manifestación que pueda suponer una incorrección en el «perfecto» código moral que tenemos que seguir si queremos un completo respeto por parte de nuestros perfectos semejantes. Presenciamos linchamientos virtuales en las redes sociales por el más mínimo desvío de este ideal de ciudadano perfecto, de civismo perfecto. Y dentro de esta hipocresía de lo políticamente correcto muchos padres se apuntan a la búsqueda de este modelo creyendo que aportarán un mejor sentido de la democracia y felicidad a sus hijos. En esta era de lo políticamente correcto la paternidad no podía librarse de este estigma.

Estamos infantilizando la paternidad hasta el extremo de ver a muchos padres deseosos de vivir las experiencias de sus hijos en primera persona, de estar demasiado próximos a sus hijos hasta el extremo de compartir música, diversión, ropa, estilos de vida, concepto de éxito y de felicidad... Son aquellos que asimilan y asumen de una manera mimética, la juventud de sus hijos. Y son capaces de que sus hijos disfruten de las mismas cosas o incluso mejores que ellos, hijos con mejores ropas, móviles y vacaciones que los padres sin merecimiento alguno.

Estamos siendo testigos de una mutación antropológica de la paternidad donde los hijos están imponiendo costumbres, hábitos y modelos de vida a unos padres desorientados.

Actualmente vivimos una permuta de roles en lo que respecta a la búsqueda de referentes. Si bien antes los hijos escuchaban a los padres, escuchaban a sus mayores y los tenían como consejeros o referentes, ahora, con los nuevos modelos de paternidad donde lo políticamente correcto se impone (evitar el castigo, evitar el sufrimiento, deliberar siempre con el niño, tratar siempre de razonar...) son los padres los que escuchan a los hijos, les otorgan un predicamento tal que el hijo se siente con autoridad suficiente para decir qué es lo que hay que hacer, o qué es lo más conveniente para sí mismo.

Pero tenemos que distinguir entre escuchar a nuestros hijos y hacerles caso. En muchas ocasiones lo más cómodo es evitar el enfrentamiento y ceder rápidamente a las demandas del niño para poder seguir imbuidos en nuestros asuntos, pero no podemos olvidar que en estos casos, estamos haciendo un cese de nuestras obligaciones como padres. Tenemos que saber que nuestros hijos no saben qué es lo mejor para ellos, que ellos se encuentran en un proceso de formación educativa en el que necesitan referentes y asesores cercanos. Y destaco la palabra cercanos, nada de referentes virtuales. Como padres no podemos dejar que nos castren en nuestra misión de educar.

Enganchados a la tecnología: La soledad del monstruo

La novela de Mary Shelley ya puso el acento en los riesgos de la ciencia y la experimentación científica, riesgos que, ahora más que nunca, podemos trasladar a las nuevas tecnologías. Estamos presenciando una paternidad temerosa e ignorante sobre el uso de las TIC¹. Nuestros hijos saben más que los progenitores. Víctor, el padre del monstruo, ha sido superado por su criatura, que lo domina «al gusto del consumidor». El monstruo, una vez que se desarrolla por su cuenta, logra adquirir una capacidad analítica y crítica muy superior a la de muchos humanos. Y en un discurso plagado de argumentos, sentido común, pero sobre todo un discurso emocional, logra convencer a su padre para que le fabrique una compañera con la que pasar el resto de su vida. El propio padre de la criatura cede ante esta demanda y le costará mucho deshacer su promesa frente a su hijo. La reacción del monstruo es tremendamente vengativa y llevará a cabo su venganza de manera planificada.

La llegada en tromba de las nuevas tecnologías está provocando problemas de relaciones sociales cada vez más comunes. Nuestros hijos empiezan a asociar el concepto de aceptación social al número de seguidores, de «me gusta», que se manifiestan en «la realidad» de sus pantallas. Y la satisfacción en torno a la aceptación social se ha virtualizado. El problema de esta nueva sociabilidad virtual está en la falsedad de la misma y en la falta de sentimiento real, en la falta del acompañamiento, de calor humano.

Los modelos de vida impuestos en la educación infantil y juvenil son cada vez más solitarios, o bien, si queremos ser más precisos, son más virtuales. Una gran parte del entretenimiento en su tiempo libre está asociado al uso de tecnologías. Si bien es cierto que usando estas tecnologías podemos interconectarnos con otras personas, no lo es menos que la canalización de la comunicación es radicalmente unidireccional cuando se trata de fomentar un desarrollo emocional equilibrado. Como padres estamos obligados a comprender cómo funcionan las nuevas tecnologías con las que ellos se desenvuelven. Muchos de nuestros hijos, a pesar de ser «nativos digitales»,

no han recibido ningún tipo de orientación sobre el uso de las nuevas tecnologías. Las escuelas apenas tienen equipos actualizados que puedan compararse con lo que ellos tienen en casa. Nuestros hijos, mientras crecen, están haciendo un uso indiscriminado de las tecnologías. La gran mayoría experimenta directamente con ellas sin tener a nadie que les sirva como guía o referente. El problema es que las tecnologías con las que interactúan están adquiriendo un poder ilimitado no solo a la hora de condicionar sus modelos de vida, sino también a la hora de analizar sus patrones de comportamiento.

Como padres tenemos que aprender a usar correctamente las tecnologías y sobre todo a saber analizar los pros y los contras de las mismas. Tenemos que entender de los peligros que ellas conllevan, saber qué consecuencias puede tener que se abran una cuenta en una red social. Tenemos que educarles en desarrollar una mirada crítica más allá del simple uso de las mismas. En este sentido, Internet está repleta de ejemplos que podemos utilizar para que ellos se den cuenta del peligro que supone el uso indiscriminado de las mismas.

Es necesario educarlos en desarrollar una coraza emocional ante las respuestas que la comunidad virtual ofrece en la red. Muchos de nuestros jóvenes están obsesionados con el número de seguidores y con la aceptación, o más bien la creación, de la imagen virtual que ellos quieren ofrecer a este mundo paralelo. Pero puede ser tremendamente dañino para la formación de su personalidad que dependan de las interacciones virtuales a la hora de sentirse valorados o despreciados.

Se calcula (según la Organización Mundial de la Salud) que para 2020 la depresión será la primera causa que acorte la vida de las personas y la soledad tiene un peso muy importante en todo este desencadenante. Hay que tener mucho cuidado de no estar formando monstruos-Frankenstein que terminen viviendo solos y desamparados en lo referente al plano afectivo, personas que centren su sociabilidad en las redes virtuales.

El relato de Frankenstein es una alegoría del miedo. Miedo a los resultados del progreso de la ciencia y la técnica, un miedo que, en pleno siglo XXI no ha desaparecido pero sí parece haberse relajado.

Dejamos que nuestros hijos se imbuyan en el uso de las nuevas tecnologías sin apenas controlar los procesos educativos, pero luego nos asustamos del mal uso de las mismas que realizan. Existe una fe eviterna en el progreso tecnológico que no siempre está justificada. Si bien es necesario que estén al día del progreso de las nuevas tecnologías y de las novedades, no es menos importante que nosotros les acompañemos a la hora de andar este camino.

Víctor es un apasionado de la medicina y del desarrollo tecnológico de su tiempo. El padre de Frankenstein sigue con pasión las investigaciones que

se realizan sobre el uso de la electricidad y la posibilidad de engendrar vida y no duda, ni un solo momento, en experimentar. Pero sobre todo, Víctor deposita la esperanza en que el desarrollo de la tecno-ciencia es siempre positivo de cara al futuro. Y en esto me remito a los padres ciencia-ficción que vimos anteriormente. El desarrollo de la tecnología, sin duda, es un progreso maravilloso para la humanidad, pero no podemos caer en el fanatismo ni en pensamiento incauto de creer que siempre traerá positividad a nuestro mundo.

[1] Tecnologías de la información y la comunicación.

Prometeo y los padres devotos

Víctor es castigado debido, entre otras cosas, a la inconsciencia de su creación, a la poca previsión de sus actos y al poco pensamiento crítico y analítico que conllevan sus acciones. Tras ver realizado su sueño, su creación, se arrepiente. Dos de los mayores castigos, remordimiento y arrepentimiento, son emociones que le perseguirán de por vida. Nos encontramos con la eterna problemática sobre el progreso de la tecnología y la necesidad de justificarlo. *Que se pueda realizar no significa que se deba realizar.*

Pero a parte de la fe ciega en la tecnología Víctor juega a ser Dios. Cree poder solucionar el problema del origen de la vida y convertirse en un dios capaz de generarla.

El subtítulo de la novela de *Mary Shelley* es «o el moderno Prometeo». En el mito clásico, Prometeo es un Titán que se convierte en protector de la humanidad, que miente a Zeus y a los dioses para proteger al hombre y roba el fuego del Olimpo para bajarlo a la tierra. Dependiendo de la versión que se lea, sobre todo a partir del siglo IV, Prometeo creó al hombre moldeándolo con arcilla y Atenea, con su aliento, le otorgó vida. Pero lo más interesante de este mito está en el significado del fuego que Prometeo roba a los dioses. A los hombres, a parte de darles el fuego del Olimpo, les enseña a hacer uso del mismo a través de las artes y las ciencias, y es castigado por ello.

Prometeo se sacrifica por la humanidad, al igual que los padres actuales lo hacen por sus hijos, pero lo hace para dotarlos de la técnica, del progreso. Y este acto de entrega termina pasándole factura. Sufrirá el terrible castigo donde un águila le comerá el hígado día tras día estando encadenado. La pregunta es:

¿Cuál es el castigo que sufren los padres que se entregan en cuerpo y alma a sus hijos? ¿Qué consecuencias sobre sus propias vidas padecen esos padres devotos independientemente del desarrollo de sus hijos?

La respuesta se puede deducir si atendemos al incremento de denuncias por parte de padres hacia sus hijos. Los padres abnegados son capaces de

sacrificarse por su progenie hasta extremos insospechados. Dedicar su tiempo a llevarlos y traerlos a miles de actividades extraescolares y los fines de semana les acompañan donde haga falta con tal de que sus hijos sean felices, hasta el extremo de que muchos padres olvidan su individualidad en pos de la de sus hijos, proyectan su felicidad en sus vástagos y dejan a un lado todo lo demás. No tiene nada de malo vivir la felicidad a través de los ojos de otro, pero no podemos olvidarnos de ser felices por nosotros mismos.

Renunciar a tiempo libre, aspiraciones y anhelos propios por ellos no siempre es la mejor decisión. Para desarrollar un amor sano hacia otra persona es también necesario sentirse bien con uno mismo. Y en este sentido también es necesario sentirse bien con la pareja. Estamos en un momento muy difícil a la hora de desarrollarnos como personas, como parejas y como padres. Son tres pilares que hay que cuidar si queremos construir una vida sana y equilibrada para nosotros, para nuestras parejas y, sobre todo, para nuestros hijos.

No podemos eliminar por completo el criterio de felicidad propio ni el de la pareja y sustituirlos por el criterio de felicidad del hijo. Si nos entregamos incondicionalmente a la causa (y la consideramos única causa) de la crianza y felicidad del hijo correremos el mismo riesgo que Prometeo y es muy probable que termine pasándonos factura.

Edipo y Telémaco

¿Qué relación hay entre la pérdida de la figura paterna y la pérdida del sentido del futuro a largo plazo?

A medida que el futuro se ha acortado, la figura del padre-guía ha desaparecido. Buscar la culpa más allá de la evolución tecnológica y la implicación socio-laboral de los nuevos progenitores carece de sentido. El sistema liberal hiper-competitivo, la globalización al alcance de un clic y la turbo-temporalidad han provocado el miedo y la desorientación en la paternidad.

El «futuro inmediato» genera padres inmediatos, pero sobre todo genera una paternidad instantánea y soluble, una paternidad que sirve sólo para un momento.

Dos figuras contrapuestas como *Edipo* y *Telémaco*, como bien destaca Recalcati (*El Complejo de Telémaco*), han sido representativas de los modelos de paternidad anteriores. Un padre al que se le desea la muerte (*Edipo*) y otro padre esperado (*Telémaco*), desconocido, que nunca llega.

El padre que nunca llega, el que nunca está, el que no se conoce, ha ocupado una parte importante de las últimas décadas, entre otras cosas, porque no ha tenido tiempo para darse a conocer.

La sociedad del cansancio ha provocado una hiperactividad en los progenitores que han ocupado su tiempo en actividad laboral sin llegar a darse a conocer a sus propios hijos. Se están perdiendo los árboles genealógicos y la paternidad tardía ha provocado la desconexión con las raíces familiares y sobre todo, el desinterés por las mismas.

Lo paradójico es que la paternidad, si cabe, se vive con mucho más romanticismo emocional que nunca. Pero es más la vivencia de la idea de la paternidad que la propia paternidad. Los progenitores cambian radicalmente este romanticismo cuando el niño es un elemento real de sus vidas que, en numerosas ocasiones, se representa como un impedimento a la infantilización de los sueños de los propios progenitores.

El hijo, ahora mas que nunca, separa en lugar de unir. Separa la idolatría de la pareja hasta extremos realistas, uno se aleja de la visión de la pareja idealizada cuando un tercer elemento se interpone en la relación: el hijo. Los focos de atención, que antes eran recíprocos en la pareja, ahora se

orientan hacia una tercera persona sembrando problemas en la idolatría infantilizada del concepto de amor romántico que tenía la pareja hasta ese momento. Si a esto le sumamos los constantes mensajes mediáticos sobre la consecución de la felicidad, que nos invaden a cualquier edad, y la necesidad de consumir constantemente nuevas emociones, entonces tenemos el cóctel explosivo que termina en divorcio, separación o desgracia.

La paternidad de Abraham y lo políticamente correcto

Estamos mutando el modelo paternal de un Abraham que, entregado a Dios, es capaz de sacrificar a su hijo Isaac sin pedir explicaciones, por uno donde Abraham humilla a Dios alegando que él sabe cómo educarlo y que, desde luego, el concepto de sacrificio es contraproducente y dañino para la crianza de su progenie.

Estamos asistiendo al modelo de Paternidad-endiosada donde los progenitores, consultando el Oráculo de Delfos contemporáneo (Internet) se creen con la sabiduría absoluta para realizar una buena educación. De modo que ni pedagogos, ni maestros, ni jueces tienen legitimidad para opinar sobre la paideia (modelo educativo) del niño.

Se creen en posesión de la vida de sus hijos y desprecian a la tribu como elemento de cohesión en los procesos educativos. La creencia de no tener que rendir cuentas a nadie y considerarse aptos para tan magna tarea (la de educar) termina pasando factura al propio hijo.

Muchos padres educadores, se creen en la posesión de la virtud ética a la hora de evaluar los modelos educativos de los semejantes. Creen poseer la verdad sobre los criterios de justicia y son capaces de alegar la pertenencia del niño a la comunidad con tal de imponer sus criterios educativos. Son los padres que acuden a denunciar a otros padres que optan por dar un cachete o un tirón de orejas en el parque a un niño que cometa una mala acción, o a padres que hacen llorar a sus hijos por portarse mal, o a padres que obligan a estudiar a sus hijos y los castigan si los resultados del estudio no son buenos...

Asistimos a un modelo de paternidad «políticamente correcto» donde estos padres, desde su pretendida atalaya del saber, se sienten con autoridad para no recibir lecciones de nadie (profesores, maestros, instituciones, otros semejantes...) y además creen tener la autoridad política, social y moral para castigar a todos aquellos padres que no hayan decidido ejercer un modelo de paternidad semejante al suyo.

Estos nuevos roles de paternidad políticamente correcta son una representación de la sociedad en la que vivimos, donde se tienen que cuidar

más las formas que el fondo. Estamos asistiendo a una ola de indignación en la redes sociales como nunca antes había sucedido en la historia. Como ya hemos visto, son los indignados de sofá que, haciendo uso de las redes sociales, no paran de abrir compañías contra cualquier cosa que pueda convertirse (y digo convertirse y no ser) en objeto de indignación. El uso de la violencia es un buen ejemplo que retrata lo políticamente correcto en los procesos educativos: si un niño es agredido por otro niño no se le educa en devolver la agresión con el mismo nivel e intensidad que ha recibido sino más bien en denunciarlo al maestro para que lo castigue en la silla de pensar. ¿Pero qué le decimos a nuestros hijos cuando, tras varios castigos en la silla de pensar el agresor sigue pegando a nuestro hijo? Cuidado con la respuesta.

La base de una buena educación paternal pasa por no considerar al hijo como una propiedad. Tampoco hay que obedecer ciegamente a Dios y encomendarse a él, como hizo Abraham, pero hay que tener claro que una buena paternidad pasa por saber que la idea es formar a un buen ciudadano, que sepa cómo y cuándo comprometerse y tenga autonomía como para que sepa analizar y tomar sus propias decisiones.

Parte III

**SUPERPODERES PARA NIÑOS:
PEDAGOGÍA DEL CÓMIC**

Superman y el superpoder de la moral

Uno de los consejos que hemos trabajado a lo largo de la primera parte del libro está centrado en la importancia de darnos a conocer a nuestros hijos. El tiempo tan atropellado en el que vivimos y los hábitos que practicamos tanto dentro como fuera del hogar cuando tenemos tiempo libre (tiempo de descanso consumiendo imágenes, haciendo labores extraescolares, practicando deporte...) no lo usamos para darnos a conocer a nuestros vástagos. Y cuando lo hacemos, en muchos casos, no mostramos nuestras debilidades, no hablamos de nuestros miedos y de nuestras carencias. La imagen que, de manera inconsciente, queremos dar a nuestros hijos se acerca más a la idea de superhéroe que tenemos que a la idea de una persona normal, con sus virtudes y sus defectos.

Y si bien, cuando son pequeños, los padres somos realmente esos superhéroes capaces de solucionar cualquier problema, a medida que crecen (y por lo general muy rápido) el mito se les derrumba porque son capaces de descubrir nuestros puntos débiles. Y este es un problema de cara a afrontar la relación con nuestros hijos, el de no reconocer que somos humanos y que nos equivocamos, que no somos capaces de llevar todo para adelante y que es bueno pedir o buscar ayuda cuando así se necesita. Pregúntense por un momento: ¿cuántas veces hemos pedido ayuda a nuestros hijos? Algo tan simple como hacerles sentir útiles de manera que sepan que les necesitamos, es un gran paso para fortalecer su autoestima a la vez que crear un lazo de unión con ellos en forma de afecto y necesidad mutua.

Nos cuesta mucho quitarnos el disfraz de superhéroe. Muchas veces, sin darnos cuenta, hacemos todo lo posible y más por satisfacer a nuestros hijos. Realizamos esfuerzos titánicos, desvelos y sacrificios sobrehumanos sólo para que ellos consigan lo que quieren y cuando no lo logramos, en lugar de reconocer nuestra imposibilidad y nuestras limitaciones, buscamos otras excusas para no dar a entender a nuestros hijos que nosotros no hemos sido capaces de solucionarles el problema que tenían, o ayudarles a conseguir el imposible que deseaban. Pero todos los superhéroes son personas extraordinarias, o bien porque tienen superpoderes, o bien porque tienen cualidades superlativas que los convierten en personas distintas. Y

dentro de sus limitaciones siempre hay una debilidad que ocultan y un *alter ego*, un enemigo, que encarna muy bien la representación del mal.

Si queremos ser un buen ejemplo para nuestros hijos tenemos que hacer lo contrario que los superhéroes: mostrarles nuestras debilidades, nuestras limitaciones y carencias, humanizarnos lo más posible.

Superman es un buen ejemplo para comenzar a analizar qué cualidades serían las adecuadas a imitar y cuales no, de cara a poder ir practicando aquellas que más nos interesan.

El hombre de acero es el primer cómic icónico que se conoce y, probablemente, el más famoso. La figura de Superman aparece por primera vez en 1933, en un fanzine, titulado *El reinado del superhombre* escrito por Siegel y dibujado por Shuster, dos jóvenes judíos estadounidenses aficionados a la ficción. Será en 1938 cuando Superman se transforme en el superhéroe que conocemos, venido del cielo, procedente de otro planeta, cuyo cometido es traer el orden y justicia y proteger a la humanidad. Ese año consiguieron encontrar una editorial que les publicase el número 1 de las aventuras de este superhéroe en la revista *Action Comic*. Es el primer superhéroe moderno occidental que baja del cielo en forma de mesías. No en vano tenemos que entender el contexto histórico y cultural en el que nace esta ficción, en pleno auge de los nazis en Alemania, un periodo de entreguerras, una crisis económica brutal en EE.UU. (el Crack del 29) y además, escrito por dos judíos para los que el Mesías todavía no ha llegado. Muchos elementos que, de manera indirecta, moldearon el nacimiento de este icono del siglo XX.

Pero de cara a buscar el lado más pragmático de Superman para nuestro día a día como padres es necesario puntualizar una serie de características, algunas positivas y otras no tanto, que nos podrían ser útiles en nuestra labor educativa. Superman tiene como objetivo defender a toda costa un modelo de vida, el norteamericano, que considera bueno en sí.

Todo aquel que vaya contra las costumbres y el estilo de vida de su sociedad, o está equivocado o es el enemigo. En esto tenemos que tener mucho cuidado a la hora de imitarlo. Superman es un superhéroe que pretende ser universal pero que encierra un etnocentrismo muy patriótico. De hecho, en sus inicios, fue un instrumento de propaganda para la guerra, como muchos otros superhéroes que veremos más adelante. Pero en un

mundo globalizado como en el que están creciendo nuestros hijos tenemos que educarles en aceptar un Universalismo Cultural si queremos educar personas de bien.

LA MORAL DE SUPERMAN

Uno de los motivos por los que Superman es más admirado es por su comportamiento basado en un código moral universal e incorruptible. Ya sea cuando decide actuar como Superman, como cuando se oculta tras la personalidad de Clark Kent.

Es inevitable sentir afinidad, admiración y respeto por aquellas personas que hacen el bien a sus semejantes. Este es el verdadero sentido de un superhéroe, aquel que es capaz de sacrificarse por el otro porque está convencido de que es lo que hay que hacer, de que es su deber.

Pero ¿de dónde aprende Superman esa moralidad? Del mejor lugar para educar a un niño: de sus padres. Al llegar a la Tierra siendo un niño, Superman es adoptado por Jonathan y Martha Kent, unos granjeros de Kansas que le inculcaron un intachable y estricto código moral. Si bien es cierto que las circunstancias de la época y la situación socio-económica de los padres adoptivos ayudó en la formación de una moral universal no es menos cierto que, cuando Superman se convierte en Clark Kent y hace uso de los superpoderes que tiene, no se corrompe.

Superman bien podría haber tomado el camino del éxito fácil y del materialismo consumista a la vez que seguir ayudando a la humanidad en su lucha contra el mal. En el siglo XXI, muchas personas lo hubiesen entendido y envidiado, más por lo primero (fama, éxito social y materialismo consumista) que por lo segundo (salvador de la humanidad). Pero ¿qué hubiese pasado con el respeto de sus padres si Superman hubiese cedido a las tentaciones superficiales del siglo XXI? Seguramente habría perdido el respeto y admiración de sus seres más queridos, algo innegociable para toda persona que haya recibido una buena educación.

De entre todos los superpoderes que pueden tener nuestros hijos, el de ser buenas personas es, sin duda, el más gratificante de todos.

Si queremos que nuestros hijos sean personas válidas e íntegras tenemos la obligación de ayudarles a desarrollar este superpoder que todos llevan dentro. Para ello Superman es un ejemplo a seguir, y sobre todo, los padres del superheroe. No es necesario que nos mudemos al campo y nos convirtamos en granjeros; podemos ayudar a desarrollar esta maravillosa faceta que todavía conserva la humanidad, desde cualquier parte del mundo. En este sentido siempre suelo ser tremendamente optimista, el mundo está

repleto de buenas personas, personas de distintas razas y culturas que comparten una misma idea en torno al concepto «buena persona».

Para que este superpoder crezca desde dentro es necesario hacerles ver a nuestros hijos esto, que sean conscientes de que existe una inmensa mayoría de la población mundial que son buenas personas, buenas en el sentido más universal de la palabra. Hay que alejarlos de los agoreros que a diario despotrican sobre lo mal que está el mundo, sobre el miedo al que estamos sometidos, sobre el egoísmo que impera por doquier y el materialismo que invade nuestra vidas.

Es cierto que existe egoísmo pero son muchas más las personas que están dispuestas a ayudar de manera altruista a otras personas. Cada vez la gente se implica más en labores sociales, cada vez se toma más conciencia de las necesidades que acucian a los semejantes, cada día se añaden más y más personas a las listas de las ONG para sentir que son útiles para otros que son menos afortunados. Si hacemos caso a las estadísticas que Steven Pinker presenta en su libro *Los Ángeles que llevamos dentro*, estamos viviendo en el periodo con menos violencia de la historia. O también podríamos citar como ejemplo el estudio que el economista Jeremy Rifkin publica en el 2014 y que titula: «La sociedad del coste marginal cero» donde expone que una nueva economía colaborativa está surgiendo, que existe una idea de ayudar comunitariamente que se está expandiendo con la ayuda de internet y que, en la mayoría de los casos, se basa en la simple confianza del semejante. Son sólo dos pequeños ejemplos para justificar la confianza no sólo en el progreso tecnológico sino también ético, de la sociedad.

Nuestros hijos tienen que ser conscientes de que este mundo es mucho más maravilloso que el mundo que se nos vende a través de las imágenes de los medios de comunicación.

Por suerte, los telediarios, los periódicos, las redes sociales... siguen trayendo a portada asuntos escabrosos, corrupción, atentados, estafas, prevaricaciones, robos, asesinatos, secuestros... y digo por suerte porque si esto es así, es porque son noticia. Cuando algo es noticiable, cuando se convierte en noticia, siempre suele ser porque es una excepción, es algo que llama la atención precisamente porque no terminamos de acostumbrarnos a ello. También cuenta el factor de que los humanos nos sentimos atraídos por aquello que desconocemos, aquello que nos es lejano, el crimen, el robo, el acoso... de modo que la imagen pesimista que muchas veces consumimos por las miles de pantallas que rodean nuestras vidas, suele ser una imagen de la excepción. Por fortuna la cotidianidad está repleta de buenas

acciones, de personas que conservan una bondad en su pensamiento y en su manera de actuar que ayudan a tener una convivencia agradable y pacífica.

Tenemos que mostrarles a nuestros hijos esta imagen solidaria del mundo, tenemos que hacerles ver la importancia de formar parte de este entramado extraordinario de buenas personas. Tenemos que ayudarles a desarrollar este superpoder de la bondad.

Para ello es necesario que, al igual que Jonathan y Martha, los padres de Superman, nosotros seamos el primer contacto inmediato que tengan con este superpoder. Nosotros tenemos que ser el ejemplo, tienen que ver en nosotros que somos superhéroes morales, tienen que ver que nuestras preocupaciones van más allá del pequeño núcleo familiar en el que nos movemos. Es importante que sean testigos directos de nuestras preocupaciones por las personas que están más necesitadas o son más desfavorecidas que ellos.

Y además tienen que verlo más allá de las palabras. Es conveniente que los padres no se limiten a hablar y dialogar sobre lo mal que lo pasan algunas personas en el mundo, el pobre inmigrante que a diario vemos en el semáforo vendiendo pañuelos, la madre que acude a las mesas del bar donde estamos sentados para pedir limosna, el músico que a diario se pone 5 horas en la calle para poder sacar algo de dinero... No sólo es importante recalcarles la situación de estas personas con advertencias orales, sino que también sería conveniente que nuestros hijos viesan compromiso e implicación por nuestra parte en alguna labor social desinteresada. No estaría de más que colaborásemos con algún organismo u organización que ayudase a las personas más necesitadas.

Superman bien podría haber seguido con el caminar de una vida tranquila en Kansas pero, siendo adolescente decide salvar la vida a un grupo de estudiantes que viajaban en autobús, revelando sus superpoderes, precisamente aquello que tanto tiempo había tenido oculto. Los padres de Superman no tienen claro que haya sido una acción muy inteligente por su parte, darse a conocer al mundo, revelar su identidad, pero Superman alega que no podía dejar morir a aquellos escolares y antepone el bienestar de muchos ante la comodidad propia. En el fondo, lo que hace es el resultado de una formación en valores donde los padres le habían educado en una concepción del bien, de la bondad, más allá del interés propio. Lo que siempre hemos admirado de Superman, aparte de sus superpoderes físicos, era la claridad en cuestión de valores morales que tenía. Sus principios morales estaban fuertemente asentados y eran difíciles de derrumbar, era un superhéroe de ideas claras. Sin apenas dilemas morales.

EL SUPERPODER DE LA HUMILDAD EN SUPERMAN

Sin duda es otra de las características más destacadas de este superhéroe que quiere pasar desapercibido, que se cambia en una cabina de teléfonos para que nadie lo reconozca. Superman es humilde, una característica que se está perdiendo en parte por el afán de notoriedad de muchos de los personajes populares que a diario inundan las pantallas. Esta característica bien podríamos hacerla extensible a muchos superhéroes pero en el caso de Superman parece cobrar más relevancia debido a que posee tal gama de superpoderes que parece difícil que no presuma de ninguno. Tanto en el cómic, pero sobre todo casi en la totalidad de las versiones cinematográficas, Superman quiere pasar inadvertido siendo Clark Kent, periodista del *Daily Planet*. Casi nunca ha revelado su identidad, a excepción de alguna ocasión como a su querida Lois Lane, pero su idea es dejar que Superman haga su trabajo sin beneficiarse lo más mínimo del mismo. Esta humildad la lleva hasta extremos difíciles de entender hasta para nosotros, salvando a villanos de la muerte y a déspotas que intentan destruirlo. Lo que realmente lo convierte en un superhéroe a ojos de los humanos no son sus superpoderes, de hecho, los villanos con superpoderes no son considerados superhéroes al estilo. Lo que hace que Superman se piense, se sienta y se reconozca como tal es su humildad y su sentido terrenal de la justicia. La humildad logra unirlo al mundo de los terrestres, logra mantenerlo en contacto con nuestra civilización. Este superpoder, el de la humildad, es el que logra que nosotros lo veamos como un superhéroe, alguien que prefiere el anonimato al moderno concepto de éxito basado en la popularidad.

En este sentido tenemos que enseñarles a nuestros hijos el superpoder de la humildad. Por los tiempos que vivimos parece más bien que ser humilde puede llegar a ser hasta contraproducente, sobre todo en un mundo mediatizado y conectado donde lo importante es darse a conocer en cualquier lugar, y principalmente, en las redes sociales virtuales. Pero la humildad parte de un hecho crucial para lograr que nuestros hijos sean felices: el autoconocimiento.

Ser humilde significa reconocer cuales son tus limitaciones y tus debilidades y ser capaz de actuar conforme a las mismas, ser consecuente con ellas. Al mismo tiempo, la humildad requiere no presumir de tus virtudes ni de tus cualidades, si bien no resta que las uses cuando la ocasión lo requiere. La felicidad de nuestros hijos pasa por el hecho de que ellos lleguen a conocerse lo

suficientemente bien como para saber cuáles son sus debilidades, sus flaquezas, para que conozcan sus puntos débiles. Pero tenemos que enseñarles que, una vez que han sido capaces de realizar este diagnóstico sobre sus personalidades, una vez que han detectado y organizado sus características, lo siguiente es actuar en consecuencia.

Las personas humildes son aquellas que saben actuar en consonancia con estas carencias y con sus virtudes. Y por esto tenemos que enseñarles lo importante que es reconocer el error, la equivocación. Para ser humildes es necesario dar ese paso. Y esta es una labor donde los padres tenemos que dar ejemplo, tienen que ver en nosotros actitudes humildes, tenemos que ser capaces de reconocer nuestros errores delante de ellos, de pedir perdón. Además es necesario que, como ya advertimos anteriormente, mostremos nuestras debilidades, nuestras imperfecciones; en el fondo la intención no es otra que la de demostrar que la humildad nos hace más humanos, nos otorga el afecto de los otros y la admiración.

Otra de las ventajas de que nuestros hijos adquieran el superpoder de la humildad es el aumento de bienestar social que conseguirán. Vivimos en una sociedad que no cesa de publicitar cualquier tipo de logro de manera abrumadora. *La vanidad* empieza a invadir las pantallas en todo tipo de formato, las redes sociales se inundan de tablones que no paran de hablar del «yo», del «mí», y la envidia se apodera de la población casi de manera instantánea. Nadie sale reconociendo que se ha equivocado, nadie cree que su versión de la vida no sea la correcta, nadie cree que su estilo de vida, su concepción de la felicidad, su modelo del bien y del mal esté errado.

La cualidad contraria a la humildad es la soberbia y los modelos de éxito social están empapados de ella. Pero tenemos que instruir a nuestros hijos para que sepan que la soberbia nos separa de los otros, nos genera enemistades y sobre todo, envidias. La soberbia demuestra la poca capacidad de pensamiento crítico que tenemos, ese sentimiento de superioridad que intentamos imponer, esa manera de sentir que llevamos razón siempre y que intentamos convencer a los demás de que nosotros poseemos la razón, la verdad y ellos o bien están equivocados, o bien son demasiado tontos como para darse cuenta.

Es una actitud muy pobre intelectualmente hablando, muchos padres son expertos en criticar los modelos de vida de todas las personas que tienen a su alrededor, minusvaloran y desprecian las decisiones de sus amigos y de sus familiares y lo hacen con toda la naturalidad del mundo, delante de sus hijos. Cuando hacemos esto exponemos un modelo de actuación y un modelo educativo muy dañino para el desarrollo intelectual y emocional de nuestros hijos. Es como si Superman estuviese constantemente despotricando sobre los superpoderes de los otros superhéroes, como si despreciase la capacidad de los otros superhéroes porque la suya es mejor. Nuestros hijos aprenden, en un alto porcentaje, por imitación, interiorizan

modelos cercanos, y en este sentido, si nosotros despreciamos todo aquello que no esté en consonancia con nuestra manera de pensar, con nuestra idea del bien y del mal, con nuestros criterios de felicidad y de éxito, entonces es muy probable que empiecen a interiorizar la soberbia como modelo de vida. Es muy factible que piensen que el único modelo apto para vivir una buena vida sea el suyo porque es lo que oyen en casa cuando sus padres no cesan de criticar negativamente las decisiones que todos los demás miembros de su comunidad más cercana toman.

En este sentido, de cara a fomentar la humildad y la modestia como superpoder en ellos, es conveniente que, cuando hablemos sobre los proyectos de vida y las decisiones que otras personas toman sobre sus vidas, lo hagamos siempre desde el respeto.

Nuestros hijos tienen que saber que el hecho de que otras personas no tomen la misma decisión que nosotros no significa que sus decisiones sea las erróneas. Tienen que asimilar este aprendizaje en casa, tienen que ver cómo nosotros respetamos las decisiones que otras personas toman si bien no las compartimos, esto redundará en el buen concepto que logren tener de otras personas que no compartan su modo de aprender.

La ventaja que otorga el superpoder de la humildad a nuestros hijos es que le daremos, indirectamente, la capacidad de tener la mente abierta para aprender de otros modelos de vida.

Si logramos que sean capaces de respetar otros modelos de vida (siempre que estos no atenten contra los derechos humanos) y de entender que su manera de enfocar la vida es sólo una de entre otras muchas, lograremos que sean personas flexibles, no sólo de analizar otras perspectivas que no sean la suya, sino además de hacer propias aquellas ideas que le resulten interesantes. En este sentido, el superpoder de la humildad requiere la capacidad de rectificar cuando uno se da cuenta de que sus criterios son peores que los criterios de otros.

El superpoder de la humildad, cuando se logra, se aleja de la vanidad. La persona humilde intenta no hablar mucho de sí mismo, sobre todo en lo referente a sus logros. Para ello es necesario que le enseñemos a nuestros hijos qué es la vanidad y cómo detectarla, sobre todo de cara a poder evitarla en su persona. Eso no significa obviar la valía de uno mismo, pero si tenemos que hacerlo, es mejor hacerlo de la manera lo más breve posible y, sobre todo, tratando de no regodearnos. En el fondo la humildad no es otra cosa que una modestia en lo referente a nuestras virtudes.

En una sociedad cada vez más embobada en la «popularidad y la fama» tenemos que educar siempre bajo el paraguas de la modestia. Podemos practicar con nuestros hijos para que adquieran este superpoder de la modestia a través de la humildad de los pequeños objetivos. Tenemos que enseñarles a que se pongan pequeños objetivos diarios a lograr, desde cumplir con sus obligaciones en casa, hasta cumplir con los deberes académicos o cualquier otro pequeño objetivo que se propongan.

Y una vez cumplido, tenemos que enseñarles a sentirse satisfechos por sí mismos sin necesidad de que otros le reconozcan el mérito que han tenido.

En esta sociedad, muchas veces esperamos el reconocimiento de los demás para sentirnos satisfechos y orgullosos de nosotros mismos. Pero este tipo de orgullo nos aleja del superpoder de la humildad. A medida que van creciendo tienen que aprender que no es necesario ir «narrando» los éxitos y las hazañas de cada uno para que los demás sean capaces de reconocerlo. Como padres tenemos que mostrarles el orgullo que nos invade cuando logran alcanzar los pequeños objetivos que logran a diario pero al mismo tiempo tenemos que enseñarles que el logro tiene que ser importante para ellos, principalmente para ellos.

Tienen que sentir que el reconocimiento más importante es el que uno se da a sí mismo, al igual que la decepción más grande debiera de ser aquella que uno se impone a sí mismo cuando sabe que, por su propia culpa, ha fracasado en el logro de sus objetivos.

Si es buen estudiante no es necesario que los demás compañeros sepan que saca muy buenas notas cada vez que le entregan un examen o cada vez que le dan el boletín de calificaciones. Teniendo en cuenta esto, sería conveniente que nuestros hijos solo pudieran abrir las notas en casa y evitar la tentación de vanagloriarse de sus resultados. Y tampoco está de más que nosotros como padres hagamos lo mismo. Muchos padres no se dan cuenta de que son un mal ejemplo cuando, delante de otros padres, presumen de las habilidades de sus hijos, de sus calificaciones, de sus éxitos. Si queremos que nuestros hijos sean capaces de ser humildes tenemos que ser ejemplo de humildad delante de ellos. No ganamos nada haciendo saber a los otros padres que nuestros hijos son maravillosos estudiantes; si acaso terminamos provocando el efecto contrario. Si nuestro hijo es buen futbolista no es necesario que se «chotee» de los que no tienen esa habilidad cuando tienen que jugar una partido en el recreo, eso no quita que, cuando haya que

competir, sea capaz de dar el máximo de sus cualidades siempre respetando a todos aquellos con los que interactúa.

En este sentido tenemos que enseñarles a nuestros hijos a ser como Superman, Superman es un héroe que apenas tiene rivales de altura, es un héroe, como dirá Umberto Eco, casi sin adversario y casi sin posibilidad de desarrollo.

De modo que Superman solo tiene que reconfortarse a sí mismo, hacer lo que debe, progresar para sí mismo, evolucionar contra sí mismo. Si logramos que nuestros hijos entiendan que no necesitan agradar a nadie, competir contra nadie, presumir ante nadie, buscar el halago de nadie, habremos logrado que tengan una parte importante del superpoder de la humildad.

Y esta humildad tiene que asentarse en la vida cotidiana, no puede reservarse a momentos excepcionales. Superman se ha convertido en un mito porque precisamente se mezcla con los humanos, convive con ellos como uno más, tiene el mismo estilo de vida que el resto. Clark Kent es tímido, un reportero mediocre y apocado, alguien que no tiene apenas brillo y que incluso puede llegar a ser torpe, un personaje cercano, un vecino más. Esta cercanía es la que convierte a Superman en alguien admirable. Nuestros hijos tienen que lograr esta cercanía con su entorno, es necesario que sepan integrarse del modo más natural posible si queremos que adquieran la humildad como una virtud.

Wonder Woman: el superpoder de la verdad

De entre todos superhéroes peculiares que existen *Wonder Woman* (Mujer Maravilla para el cómic español) tiene un instrumento super-poderoso que sirve para construir un mundo mejor: el lazo de la verdad. Esta superheroína que nació a principios de los años 40, estuvo protagonizando cómics durante más de 40 años consecutivamente. Su creador fue el psicólogo estadounidense William Moulton que, junto a su mujer, decidió hacer una heroína que sirviera como referencia femenina al mundo de los superhéroes. Como dato curioso, tenemos que decir que este doctor en Psicología se le considera el precursor del polígrafo, también conocido como máquina de la verdad. La Mujer Maravilla (*Wonder Woman*) es una princesa guerrera, perteneciente a la raza de las Amazonas, proveniente de la mitología griega clásica. Al igual que Superman, cuando ella está fuera de su tierra natal usa un *alter ego*, una identidad ficticia, y se hace pasar por Diana Prince. En este sentido, tanto Superman como ella se parecen bastante, no sólo por la necesidad de tener que ocultar su verdadera personalidad cuando se encuentra conviviendo entre los humanos, sino también porque tiene muchos superpoderes y es uno de los mejores superhéroes entrenados en el combate cuerpo a cuerpo. Su objetivo como superheroína es luchar por la justicia, pero haciendo uso de una de las armas más poderosas del mundo: el amor. Además, como buena Amazona, reclama con su modelo de vida la igualdad de género para las mujeres, por lo que se convirtió en un icono del feminismo a la hora de solicitar los mismos derechos y el mismo trato para ambos sexos. Esta superheroína tiene el poder de sentir amor de manera indiscriminada y sobre todo compasión por el semejante.

Wonder Woman destaca por ser uno de los personajes más completos de superhéroes que se han creado. Posee un equilibrio en su formación que la convierte en un ejemplo a seguir. Intenta no dejar ninguna faceta del crecimiento personal sin desarrollar. Entrena a diario la lucha con el mejor maestro de artes marciales a la vez que es capaz de hablar 10 idiomas, tiene

un interés profundo por el conocimiento científico y a esto se le une las ganas de aprender sobre cualquier tema. Por si fuera poco destaca por su capacidad de amar. Su primer contacto con los humanos lo hace a través de un piloto de las fuerzas armadas de EE.UU., Steve Trevor, que accidentalmente cae en la isla de las amazonas, Isla Paraíso, y es cuidado por Diana, que es la princesa de Themiscira. Durante el tiempo que dura el proceso de recuperación del piloto, ambos se enamoran y ella decide acompañarlo y quedarse con él por amor adquiriendo la personalidad de Diana Prince con la que pasar desapercibida.

EL SUPERPODER DE LA IGUALDAD

Si bien destacaremos la herramienta que usa para extraer la verdad de los adversarios, el lazo de la verdad, vamos a intentar que nuestros hijos adquieran las cualidades humanas más destacadas que la convierten en una superheroína a los ojos de los humanos. Comenzaremos con su sentimiento de igualdad. La gran mayoría de los superhéroes son masculinos, la relación de superpoderes y superhéroes a lo largo de la historia, desde la antigua Grecia con Aquiles, Ulises, Héctor... hasta nuestros días ha estado ligada a la figura masculina. Pero Wonder Woman representa una visión de la vida sin complejos. En una época, los años 40, donde la mujer dependía en gran medida del hombre, tanto económica como socialmente, Wonder Woman lanza el mensaje de la autonomía femenina y de la igualdad. Tanto es así, que en sus primeras apariciones, Wonder Woman entra en el mundo de los hombres para combatir a los nazis y traer la paz al mundo, es decir, el mejor instrumento que se puede usar para la paz en medio de una guerra es una mujer superheroína y no un superhéroe como sería de esperar. Para el creador de Wonder Woman era muy importante que las mujeres logaran romper las cadenas mentales que trataban de encasillarlas como el sexo débil.

Precisamente esta es una labor esencial a la hora de dotar de superpoderes a nuestros hijos, romperles las cadenas mentales que la sociedad les impone. Muchas veces, a medida que van creciendo, es inevitable que realicen comparaciones con las personas que tienen a su alrededor y al encontrar que no son tan virtuosos como otros, comiencen construyendo cadenas mentales que les acomplejen al desarrollarse como personas.

A esto le sumamos que la utilización de publicidad y de roles sigue estando muy vigente en la industria del ocio y del consumo que a diario

experimentan. Y por si fuera poco, en muchos hogares, son testigos, en pleno siglo XXI, de un cumplimiento de roles (masculino-femenino, fuerza-delicadeza, razón-emociones...) que sin querer van interiorizando y que les dotan de una visión del mundo muy determinada y cerrada de la que difícilmente se podrán librar.

Por eso es importante que desde el hogar tratemos el asunto de la igualdad de una manera totalmente natural, que ellos sepan que no hay papeles predeterminados que tengan que asumir por el simple hecho de haber nacido mujer u hombre. De no ser así estaremos construyendo murallas mentales que les acotarán el camino a seguir, que les limitarán la visión del mundo.

Como padres estamos moralmente obligados a educar a niños en la igualdad, a intentar evitarles que asuman roles condicionados por el sexo o por el físico. Hay que intentar que logren interiorizar el superpoder de la visión de rayos x que Superman tiene, ese superpoder que les capacita para poder mirar más allá de lo superficial, más allá de lo evidente y se acerquen a la visión del mundo de La Mujer Maravilla que no realiza distinción ninguna por cuestiones de sexo o género.

EL SUPERPODER DEL DIÁLOGO

Bien podríamos remitirnos aquí a la sección de la conversación socrática de la primera parte del libro pero esta superheroína puede servirnos de ejemplo para educar mejor a nuestros hijos. A medida que pasan los años Wonder Woman abandona la bandera del feminismo para, en los años 80, abogar por la igualdad e intentar resolver los problemas usando el diálogo. Además centra su lucha en la búsqueda de la verdad. Es uno de los pasos más curiosos que nuestra heroína da a lo largo de la evolución de su personaje a través de los años. Por un periodo de tiempo se desprende de sus superpoderes y se dedica a aprender artes marciales para poder combatir el mal. Pasa de tener superpoderes inhumanos a convertirse en una mortal más pero con la determinación y capacidad de luchar de igual a igual con los villanos y sobre todo con las injusticias. Pero como buena amazona que es, el combate es esencial para el desarrollo de su personaje y en este desarrollo se confía mucho tiempo para el entrenamiento, de manera que Wonder Woman demuestra poseer una determinación muy seria a la hora de preparar y entrenarse a diario. Tiene como valores vitales el esfuerzo y la disciplina. Cualidades que encontraremos en algunos superhéroes que no

tienen superpoderes y que, sin lugar a dudas, son esenciales en cualquier decálogo educativo que se precie.

Pero una de las cualidades más interesantes de esta superheroína es el papel de *embajadora de la paz* que tiene a lo largo de su dilatada historia. Se da la paradoja de que es una guerrera que asume el papel de embajadora de la paz porque tiene un peculiar sentido del mal casi socrático. Wonder Woman cree que los villanos tienen posibilidad de rehabilitación. Es de los pocos superhéroes que creen firmemente que el ser humano puede cambiar. Pero esta rehabilitación donde se pasa de ser malvado a buena persona, se realiza por medio del amor y del diálogo. El diálogo, la aplicación del sentido común y el buen uso de la argumentación, es una de las armas más singulares que existen entre los superhéroes. Al igual que hacía Sócrates, Wonder Woman cree que usando bien la razón y tratando de tener una actitud positiva centrada en el amor se puede reeducar al villano. Wonder Woman cree en el poder y en la influencia de la educación como un superpoder, como una de las armas más importantes de cara a combatir el mal. Pero aboga por una educación centrada en el uso del amor y de la razón y amparada bajo el diálogo.

Estos superpoderes son necesarios para que nuestros hijos se conviertan en personas equilibradas, en seres capaces de entender qué sucede en el mundo y qué les sucede a ellos mismos. Tenemos que educarlos haciendo uso de la metodología de esta superheroína que está convencida de que la fuerza de la razón unida a un sentimiento amoroso, son las armas más fuertes para forjar tanto a superhéroes como a las propias personas, que incluso pueden llegar a cambiar haciendo uso del diálogo y el amor. En el caso de Wonder Woman, ella siempre está dispuesta a dialogar con los malos, intenta siempre usar la razón y sólo cuando se convierte en imprescindible hace un uso legítimo de la violencia.

EL SUPERPODER DE LA VERDAD

Esta superheroína posee una de las armas más singulares de la historia de los cómics, *el lazo de la verdad*. Es un lazo que al rodear a cualquier persona le obliga a decir siempre la verdad. Este lazo de la verdad es una herramienta más pero sobre todo, lo que es más revelador, es que el lazo de la verdad se use como arma. Es decir, la derrota del enemigo suele siempre provocarse por la mentira.

Y este es otro de los buenos consejos que tendríamos que aplicar como padres a la hora de educarlos, enseñarles la importancia de la verdad. Como padres tenemos dos labores importantes que realizar al respecto de la verdad. En primer lugar es importante que interioricen

la importancia de decir siempre la verdad y para eso, nosotros tenemos que dar ejemplo delante de ellos. Si nuestros hijos observan que nosotros usamos la mentira a la hora de relacionarnos socialmente o en el trato familiar estaremos desviándonos del mensaje.

La ventaja de decir siempre la verdad comienza por darse a conocer sin subterfugios a la vez de liberar al sujeto del cargo moral que supone mentir. El mensaje del lazo de la verdad es muy importante y tenemos que hacérselo ver a ellos de manera directa; ellos tienen que saber que la mentira provoca la derrota. Ellos tienen que saber que las consecuencias de la mentira son devastadoras para su formación como personas, que lo que provoca el mal y el sentimiento de culpa es la mentira, que la mentira es reprochable e induce dolor personal y ajeno. En esto hay que ser un poco socráticos haciendo referencia al Eudemonismo moral. Sócrates pensaba que las personas obraban mal por desconocimiento y mentir está mal. Cuando mentimos no somos realmente conscientes de las consecuencias nefastas que puede llegar a tener la mentira para nosotros. Es decir, desconocemos realmente la negatividad con la que la mentira nos puede llegar a afectar. Porque si supiéramos que la mentira provocará desconfianza en nuestros seres queridos y también inseguridad y desconfianza en nosotros, haciendo extensiva la idea de que también los otros mienten, entonces no mentiríamos. Es decir, Sócrates tiene razón cuando sostiene que obramos mal, que mentimos, porque realmente no sabemos, no conocemos, las catastróficas consecuencia que puede llegar a provocar la mentira.

Y el segundo mensaje en torno a la verdad que sería conveniente que asimilaran es la necesidad no sólo de decir la verdad sino también de buscarla. Hay que mostrarle la importancia de buscar la verdad a la hora de enfrentarse a las cuestiones vitales. Vivimos en un mundo cada vez menos verdadero, cada día más virtual, observamos cómo las personas empiezan a abrazar ídolos de barro, adoran e idolatran estereotipos irreales, asimilan una falsa idea del amor, de la felicidad, del éxito... Si queremos que nuestros hijos se alejen de este mundo de ficción es necesario que identifiquen las mentiras que a diario les venden las redes sociales y los medios de comunicación y que, además, sean capaces de aventurarse en la búsqueda de un mundo verdadero, de un mundo auténtico y real en el que ellos puedan desenvolverse como personas normales y sobre todo equilibradas.

Por eso es tan importante que ellos sean los primeros que se embarquen en la búsqueda de la verdad, al igual que han hecho muchos de los filósofos que hemos visto anteriormente. Si en el proceso de la búsqueda de la verdad, de un mundo verdadero, son capaces de descubrir y de

desenmascarar, al igual que Wonder Woman con su lazo de la verdad, la falsedad del mundo virtual que nos venden, la mentira que la publicidad nos intenta imponer, entonces habremos dado un paso muy importante en la formación y educación de nuestros hijos.

Batman: El superpoder de la humanidad

Con Batman completamos la primera trilogía de superhéroes más famosa de la historia del cómic. Muchas han sido las aventuras que estos tres superhéroes, Superman, Wonder Woman y Batman han vivido juntos, pero este superhéroe, al contrario de los otros dos, es humano. Batman carece de superpoderes sobrehumanos y, a pesar de todo, es capaz de estar a la altura de las circunstancias cuando así lo requieren.

Es un ejemplo de la increíble capacidad que tiene el ser humano de adaptarse a las circunstancias y de lograr cualquier objetivo que se proponga. Batman es el resultado de una determinación muy férrea a la hora de intentar alcanzar sus objetivos.

Es el resultado de un entrenamiento duro y constante y de un desarrollo de sus habilidades, tanto físicas como mentales, hasta el extremo. Domina todas las artes marciales y desarrolla una capacidad deductiva que le sirve para ser uno de los mejores detectives de la historia del cómic. A esto se le suma la costumbre de ser precavido y muy analítico ante los problemas con los que se enfrenta. Prevé y analiza los puntos débiles, tanto de los enemigos como de sus colaboradores para estar preparado en caso de necesidad. Estos detalles llegan a conferirle tal poder que, en varios cómics, llega a derrotar incluso al mismo Superman. De este superhéroe podemos destacar algunos aspectos que convertiremos en superpoderes para nuestros hijos.

La historia de Batman es bastante conocida, Batman es Bruce Wayne, un millonario filántropo que, siendo niño, es testigo del asesinato de sus padres a manos de un malhechor. Se cría huérfano, en la mansión de sus padres, tutelado bajo el mayordomo de la familia, Alfred. A medida que crece se propone luchar contra el crimen y para ello se somete a un estricto entrenamiento con los mejores maestros en el arte de la guerra y de la defensa personal.

El personaje de Batman fue el resultado de la colaboración entre Bob Kane y Bill Finger, que a la hora de construir la personalidad del héroe

decidieron dotarlo de una serie características que definiera a este personaje: en primer lugar posee una personalidad un tanto oscura, intrigante, no se sabe mucho de él y tampoco es un gran hablador, la idea era que tuviese una personalidad misteriosa que mantuviese la intriga sobre el perfil del personaje; a esto se le suma su sagacidad, al estilo *Sherlock Holmes*, tiene grandes dotes detectivescas que manifiestan un agudo uso de la lógica deductiva. Pero no todo es maravilloso en Batman, de hecho lo que le impulsa a Bruce Wayne a convertirse en Batman, el justiciero de la ciudad de Gotham, es la venganza por el asesinato de sus padres. Esta es una motivación que más vale que mantengamos a raya a la hora de ejercer de padres. Pero la aceptación de Batman, para el resto de los ciudadanos, parte de su lucha contra el crimen. Es uno de los personajes más maquiavélicos (el fin justifica los medios) que se han creado en el universo de los superhéroes. En este sentido, el oscuro sentimiento que moviliza a Batman, la sed de venganza, no es relevante para los demás, sino más bien el resultado de sus acciones. Por eso destacaremos aquí los superpoderes que más nos interesan para la crianza de nuestros hijos y dejaremos a un lado aquellas características de este superhéroe que parece no hallar nunca la felicidad en vida.

EL SUPERPODER DE LA FILANTROPÍA: UN SUPERPODER MUY HUMANO

Si hay un superpoder distinto, original y único en Batman este es el de la Filantropía. La filantropía es la ayuda desinteresada a los demás, el amor al género humano. Si bien todos los superhéroes se preocupan por la justicia y combatir el mal, Batman, aparte de llevar implícito esta concepción del deber es un filántropo. Bruce Wayne dona grandes cantidades de dinero para buenas causas sin esperar nada a cambio. Puede que este superpoder esté asociado a que Wayne es humano (no tiene superpoderes) y en este sentido, la cercanía con los de su propia especie tiene mucho peso a la hora de entender las necesidades de sus congéneres.

Pero el dato que debemos tener en cuenta a la hora de insertar esta mentalidad en nuestros hijos es el hecho de que Bruce Wayne hereda esta característica de la filantropía de sus padres. El Dr. Thomas Wayne y Martha, son dos empresarios de éxito que ejercen la filantropía en la ciudad de Gotham. Tal es así que la empresa que poseen, Industrias Wayne, casi

entra en bancarrota por costear el ferrocarril de la ciudad. De hecho, el mayordomo Alfred, le explica a Bruce que sus padres creían que a través de esta filantropía darían ejemplo a otras grandes fortunas para que lo imitaran. En algunas historias se narra cómo el padre de Bruce le explica a su hijo la necesidad de ayudar a los más necesitados de manera desinteresada, sin esperar nada a cambio. Le explica la situación privilegiada que ellos tienen y le hace ver el contraste con la vida real de la gente de Gotham.

Si queremos que nuestros hijos sepan valorar el mundo en el que crecen es necesario abrirles los ojos al mundo que desconocen. Decía Bertrand Russell que la envidia es la principal causa de infelicidad del género humano y no le faltaba parte de razón. Cuando miramos a nuestro alrededor solemos fijarnos en lo que tienen los demás, aquello que poseen y que nos gustaría tener. Valoramos mucho más lo que nos falta que aquello que ya hemos logrado, que aquello que tenemos y confundimos muchas veces la envidia de lograr tener eso, con el concepto de progreso.

Si nuestros hijos no dejan de oír y de ver en casa que nunca estamos satisfechos con lo que hemos logrado y con las posesiones que tenemos es normal que ellos hagan lo mismo e interioricen la emoción de estar incompletos e insatisfechos constantemente.

Por eso es necesario que cambiemos (si es necesario) nuestra manera de asomarnos a la vida, nuestra manera de valorar el día a día. Es muy importante que ellos sean capaces de valorar lo conseguido, de apreciar lo que tienen y que sientan que lo que tienen, lo que les rodea, es lo más importante de cara a estar satisfecho y pleno con lo conseguido. Para eso es necesario que sepan, que experimenten, que sean conscientes de las necesidades que muchas personas tienen a diario alrededor suya. Todos tenemos, en nuestras ciudades y pueblos, asociaciones de personas que dedican su tiempo a ayudar a los más desfavorecidos, a los más desafortunados. Es muy recomendable que nuestros hijos sean testigos y, a ser posible, también colaboren en alguna de estas obras de caridad, obras de beneficencia, asociaciones sin ánimo de lucro... para que salgan de la burbuja consumista donde se han introducido.

El objetivo es dotarlos del poder de la filantropía desde que son pequeños. Lograr despertar en ellos una necesidad de ayudar desinteresadamente al prójimo. No es necesario que sean millonarios como Bruce Wayne, siempre habrá algo que tengan, aunque sea su tiempo, su compañía, su ayuda, sus juguetes... y puedan ofrecer.

Si bien el superpoder de la filantropía es desinteresado las consecuencias de que ellos logren desarrollarlo son simplemente maravillosas. En primer lugar porque se sentirán útiles para los demás, serán capaces de hacer cosas por otras personas que valorarán lo que hacen y una persona que se siente útil para otras aumentará la valoración sobre sí misma. Es decir, desde el momento en que el niño es capaz de analizar que lo que hace por los demás ayuda realmente a otras personas aumentará su autoestima.

En segundo lugar, otra de las maravillosas consecuencias que tiene la asimilación de la filantropía a la hora de educar personalidades equilibradas es el incremento de felicidad interna. De manera indirecta, al poner en contacto a nuestros hijos con realidades cercanas donde otras personas se benefician de su ayuda, les provocará una sensación agrídulce en la que se mezclará un sentimiento de culpa por disfrutar todas esas cosas que tienen, y que han conseguido muchas veces sin merecimiento alguno (simplemente porque era su santo, o reyes magos, o traían buenas notas), con un sentimiento de agradecimiento hacia la vida que disfrutaban cada día. Y tenemos que hacerles ver que este sentimiento de agradecimiento es muy importante.

La filantropía les ayudará, de manera indirecta, a valorar en su justa medida la vida que tienen, les ayudará a entender mejor que son personas muy afortunadas y que, precisamente por eso, es necesario que compartan una parte de esa fortuna con aquellos que son más desafortunados. La filantropía les ayudará a ser más felices por el simple hecho de saber que desear lo que no tienen no es tan importante como valorar debidamente lo que tienen. Tienen que darse cuenta que existen muchas otras personas que están en peor situación que ellos.

EL SUPERPODER DE LA VALENTÍA: ENFRENTARSE A LOS MIEDOS

A Batman le han traumatizado dos momentos importantes de su vida: el primero es cuando presencia con 8 años, el asesinato de sus padres y el segundo es la caída en un pozo lleno de murciélagos, que le provocará un temor irracional hacia los mismos. Tendrá que aprender a vivir con sus miedos y a lo largo de los años, Batman muestra no sólo haber superado estos traumas sino que además, en el caso de los murciélagos, los convierte en icono y aliados de su causa.

Nuestros hijos irán desarrollando diversos temores a lo largo de su vida. Como todos, de manera inevitable, tendrán traumas (pequeños y quizá

alguno más importante) que condicionen su comportamiento y, al igual que Batman, estos temores siempre tendrán un origen. Como padres, en muchas ocasiones, no somos capaces de realizar el ejercicio de empatía que requiere tratar de entender las emociones de pánico, de terror irracional o de miedo que los paralizan, pero esta es una obligación que tenemos que imponernos si queremos que ellos sean capaces de ir superando esos miedos. Todos hemos tenido que aprender a vivir con nuestros temores, y a medida que crecemos algunos se han disipado y otros nuevos han llegado. El problema es que muchos de nosotros hemos crecido sin que nadie nos ayudase a enfrentarnos a dichos miedos. Bruce Wayne, cuando decide convertirse en Batman, ya era suficientemente adulto como para elegir transformarse en aquello que más le horrorizaba de pequeño; había logrado racionalizar su miedo, entenderlo y superarlo y, precisamente por eso, podía convivir con los murciélagos.

Teniendo en cuenta que Batman es humano y, por lo tanto mortal, la posibilidad de sufrir algún tipo de daño es mucho mayor que en otros superhéroes. Si a esto le sumamos que se enfrenta a sus miedos no podemos negar que la valentía es una cualidad muy destacada en él.

Una valentía consistente en tener confianza en sus posibilidades. Para que nuestros hijos aprendan a enfrentarse a sus miedos es necesario que aprendan a ser valientes. Y para enseñarles valentía es necesario que les dotemos de confianza en torno a sus posibilidades. Los padres tenemos que demostrarles a nuestros hijos que confiamos en que ellos pueden superar los obstáculos del camino. Si queremos que adquieran la valentía necesaria para enfrentarse a sus miedos necesitamos cimentar la confianza, y esto lo lograremos reforzando su actitud y sus intenciones. Primero les pondremos retos pequeños que puedan superar con el objetivo de aumentar la autoestima e iremos ampliando los retos hasta que sean conscientes de las dificultades que se les plantean. La valentía sólo surge cuando el reto es importante para ellos y tenemos que hacerles ver que la valentía se demuestra en llevar a cabo el intento, y no tanto en lograr el objetivo.

Luchar contra los miedos, intentar superarlos y enfrentarse a ellos, incluso si no lo consiguen, es todo un gesto de valentía que tenemos que aplaudir a diario.

Tienen que saber que el resultado no es determinante, que el resultado no condiciona el superpoder de la valentía.

De hecho muchos superhéroes fracasan durante sus aventuras y, a pesar de eso, admiramos más si cabe, su valentía. Tienen que atreverse con el reto las veces que sea necesario, tenemos que animarles a intentarlo cada vez un

poco más porque este superpoder, el de la valentía, es de los más difíciles de adquirir pero de los más necesarios para la vida de hoy.

Pero nuestros hijos están creciendo y su capacidad de razonamiento todavía no tiene toda la fuerza necesaria para imponerse a las emociones que los paralizan por eso tenemos la obligación de ayudarles con nuestra fuerza. Muchos padres intentamos hacerles razonar sobre el miedo, sobre el pánico irracional que le tienen a miles de cosas, desde dormir con la luz apagada o la puerta del armario abierto, hasta quedarse paralizado con el acoso en el colegio o caminar solos por la calle. Muchos de nuestros hijos logran entender racionalmente que sus miedos son irracionales, que no tienen una razón de ser lógica. Es decir, saben que no tiene sentido que le tengan miedo a los insectos, a la oscuridad, a los perros, a las palomas... pero no pueden evitarlo. Por eso, usar la razón para que se den cuenta de lo absurdo de su situación no siempre soluciona el problema, no siempre les sirve. Pero a pesar de esto, es importante que sean conscientes de la irracionalidad de su miedo.

Tenemos que afrontar los problemas desde otra perspectiva. Tenemos que ser más inteligentes que el miedo que sienten y tratar de comprenderlo emocionalmente hablando. Para estos casos, acompañarlos en el sufrimiento que tienen, en el trauma, enfrentarse conjuntamente al pánico siempre es un alivio. Muchos de estos traumas se irán curando con el tiempo, a medida que la razón alcance más poder en sus vidas que sus emociones. En muchas ocasiones nos empeñamos en que se enfrenten directamente a sus miedos, como una terapia de choque, y la mayoría de las veces no funciona. Cuando no funciona siempre suele ser por el mismo motivo y es que su razón no logra imponerse a las emociones o la comprensión de las mismas. Si este es el caso, no pasa nada, les ayudamos acompañándolos cuando se tengan que enfrentar al trauma y con el paso del tiempo, al igual que le pasó a Bruce Wayne, veremos que terminan superándolos.

EL SUPERPODER DE COMPARTIR: BATMAN Y ROBIN

A pesar de que los últimos tiempos el cine nos ha mostrado a un Batman solitario, no siempre fue así; ya al comienzo de la historia, en sus orígenes, Batman actuaba en compañía de un joven ayudante Robin. El primer Robin fue un niño huérfano llamado Dyck Grayson cuyos padres, artistas de circo,

fueron asesinados, y Batman decide acogerlo y entrenarlo para convertirlo en su ayudante. Movido por una empatía que le recuerda a su infancia, Batman se esfuerza no sólo en transmitirle un entrenamiento en la batalla contra los villanos sino que también intenta transmitirle su sentido de la justicia y del deber.

Tenemos que destacar la capacidad de Batman de *convertirse en mentor de otros superhéroes*. Batman, en lugar de guardar para sí sus secretos, sus artes marciales, sus inventos, sus métodos... los comparte. Muchos superhéroes pasan a la fama por su trabajo en solitario, pero en este caso Batman no tiene ningún reparo en trabajar en equipo y en hacer de mentor para todos los Robin (llega a tener hasta 5 distintos) a los que les muestra el camino a seguir para llegar a ser un superhéroe.

Como padres no tenemos que dejar pasar por alto este *superpoder de la colaboración*. En un mundo que se camina hacia el *hiperinividualismo*, enseñar a nuestros hijos a colaborar y a compartir es una lección esencial para que logren ser útiles y sentirse útiles para los demás, para que sean capaces de mejorar el entorno en el que se desenvuelven. Pero al igual que Batman, tenemos que hacerlo haciendo uso del ejemplo diario; como padres tenemos que mostrarles la importancia de la colaboración para el día a día. Tienen que ser testigos que, por ejemplo, nos distribuimos las tareas del hogar y por eso acabamos antes y menos cansados y eso nos beneficiará a todos porque, entre otras cosas, nos dejará más tiempo libre para disfrutarlo en otras labores que sean más enriquecedoras.

A la hora de compartir el ejemplo a dar es el mismo. Cuando convivimos en una comunidad, ya sea una familia o cualquier otro tipo de grupo, tenemos que hacerles ver que, aunque cada miembro es responsable de sus tareas y de sus cosas, compartirlas nos sirve para beneficiarnos a nosotros y a los demás. De pequeño bien pueden ser cosas insignificantes como compartir los juguetes, pero a medida que crezcan es conveniente que les enseñemos a compartir otro tipo de cosas de valor más intangible, pero que son infinitamente más reconfortantes que cualquier objeto material. Hablamos de compartir nuestro tiempo, por ejemplo, ayudando a otros miembros que lo necesitan; hablamos de poner al servicio de la comunidad nuestras habilidades para que los demás también sean capaces de beneficiarse de ellas. Si logramos que interioricen el superpoder de compartir enriqueceremos a todos y cada uno de los miembros de la comunidad al mismo tiempo que aumentaremos la autoestima de ellos. Si además, a medida que crezcan, les asignamos pequeñas labores de tutorización o de mentorización, el efecto se multiplicará.

Por poner un ejemplo, nuestros hijos suelen tener contacto más fluido y frecuente con las nuevas tecnologías, son capaces de estar más actualizados que muchos de sus padres. Están más al día de las tendencias que surgen a diario en la red, saben sobre videojuegos, sobre *youtubers*, sobre música... no es mala idea que les otorguemos una labor de mentorización hacia nosotros. Si nos convertimos en alumnos, en tutorizados de ellos, sentirán que valoramos sus conocimientos y los convertiremos en personas útiles dentro del ámbito familiar. No es tan complicado otorgarles pequeños momentos donde sean capaces de dirigir nuestro aprendizaje sobre todo en aquellas cosas que se les da bien. Y aprovechando esta mentorización el siguiente paso a dar es crear un proyecto en conjunto con ellos. Para que aprendan a colaborar sería importante que, una vez detectados los campos, actividades, hobbies... que más les interesan, nosotros les propongamos pequeños proyectos colaborativos para que aprendan la importancia de trabajar en equipo, de dirigir, de organizar, de delegar en otro cuando es necesarios, de saber explicar y hacerse entender y también de saber escuchar. El superpoder de la colaboración es algo que, si interiorizan adecuadamente, les será muy útil para enfrentarse tanto a los retos profesionales como a los retos personales del futuro.

Spiderman: El superpoder de la curiosidad

En el caso de Spiderman los superpoderes le llegan siendo ya joven. Peter Parker era un joven normal, más bien tímido, callado, de complejión enclenque, alejado del modelo de popularidad de los jóvenes del momento. Peter Parker tuvo que enfrentarse a los problemas normales de un adolescente «empollón», raro, *freaky*, lo que popularmente se conoce como *Nerd*, que estaba interesado por la ciencia. Era un joven rechazado y solitario que no terminaba de adaptarse a su entorno. Al igual que otros superhéroes, Peter Parker era huérfano, criado por sus tíos Ben y May. Durante una visita a una exposición científica es mordido por una araña radioactiva que le confiere el superpoder de adherirse a las paredes a la vez que le dota de una fuerza extraordinaria. Hasta aquí todo normal, un adolescente un poco raro, friki, inadaptado y empollón que de repente adquiere el superpoder de la fuerza y de trepar por las paredes, que desarrolla un sentido arácnido del peligro y aumenta la fuerza, los reflejos y la agilidad, potenciando todos sus sentidos.

Sin embargo, mucho antes de adquirir estos superpoderes, Peter Parker ya poseía uno de los superpoderes más importantes para encarar el siglo XXI: la curiosidad

El superpoder de la curiosidad es de los pocos poderes que acompañan al ser humano desde su nacimiento. Todos los niños nacen curiosos, inquietos e intrigados ante un mundo lleno de incógnitas y estímulos. El problema es que, a medida que crecen, dejan de ejercitar este superpoder de la curiosidad y terminan atrofiándolo hasta el extremo de no usarlo.

La fuerza de este superpoder es inmensa, sólo basta echar la vista atrás para ver que gran parte del desarrollo de la humanidad en lo referente al conocimiento está asociado a la curiosidad que el ser humano ha sentido por conocer mejor el entorno en el que se mueve. Si nos centramos en el origen del pensamiento filosófico veremos que la curiosidad y la admiración por el mundo son los principales incentivos para desarrollar un pensamiento racional, son las condiciones para que la filosofía comience su

andadura. No me resisto a usar una frase del pensador francés Michel Onfray cuando afirma que todos nacemos filósofos (al referirse a este sentido de la curiosidad por entender las cosas que nos rodean) pero que sólo unos pocos logran permanecer filósofos con el paso del tiempo.

Lo difícil no es tener curiosidad por conocer cómo son y cómo funcionan las cosas y las personas que nos rodean, lo difícil es lograr mantener esa curiosidad como una actitud vital, como un modo de ser en la vida. Hay que intentar que nuestros hijos, a medida que van creciendo, sigan teniendo curiosidad por muchas de las cosas que les rodean, sigan queriendo saber más sobre el mundo en el que se desenvuelven. Lograr que esta especie de instinto que traemos de serie sea capaz de permanecer en el tiempo es difícil pero no imposible. Este es el superpoder más filosófico de todos, la curiosidad, que acompañada del asombro, son dos herramientas esenciales para llevar a cabo una buena labor educativa para el siglo XXI.

Peter Parker se sentía atraído por las ciencias, tenía curiosidad por saber cómo funcionaban las cosas y esta curiosidad le llevó a desarrollar un utensilio que le permitía lanzar telarañas, cosa que, a la postre, se convirtió en el arma más importante de Spiderman.

Es muy importante que le hagamos ver a nuestros hijos que las cualidades naturales que ellos no tienen, como por ejemplo tener el don de pintar, o de jugar al fútbol, o de tener una psicomotricidad espectacular, o facilidad para los idiomas... es decir, todos esos «superpoderes» naturales y genéticos que no se reciben, no siempre son cruciales a la hora de determinar qué es lo más relevante en su futuro.

De todos los dones recibidos por Spiderman a la hora de ser mordido por una araña radioactiva resulta que el más determinante es un instrumento que el mismo se fabrica, de manera manual, sin necesidad de ayuda sobrenatural. Su curiosidad por saber cómo funcionaba la ciencia, su inquietud por investigar y solventar problemas que él se había planteado cuando recibe el don y el superpoder de las arañas, lo lleva a investigar y a fabricar la famosa tela de araña que usa para atrapar a los malvados y para descolgarse por los tejados. La curiosidad humana, de repente, es capaz de fabricar el superpoder de la tela de araña.

A esto se le suma un plus de autoconfianza que le otorgan los nuevos superpoderes que adquiere. Y esto tenemos que hacérselo ver a nuestros hijos, la importancia de tener confianza en las posibilidades de uno mismo. A Peter Parker sólo le hizo falta un empujón, el de la mordedura de una

araña, para desarrollar el aparato que lanzaba telarañas, bien podría haberlo hecho mucho antes, por cuenta propia, pero fue este detalle azaroso de extra-confianza el que provocó que Peter se atreviera y se aventurara a desarrollar todo un potencial que apenas había salido a flote.

Como padres tenemos la obligación moral de crear este ambiente de positividad y depositar explícitamente la confianza en nuestros hijos para que sigan teniendo la llama de la curiosidad. Tenemos que ser como esa mordedura de araña que le otorga un plus de confianza para ir más allá, tenemos que demostrarles que confiamos en sus capacidades, incluso mucho más de lo que ellos pueden confiar en sus propias capacidades. Nuestros hijos tienen que saber que confiamos plenamente en la capacidad que tienen para superarse, tenemos que ser los primeros en darles el empujón para que saquen a la luz toda su potencialidad como personas.

A Peter Parker tuvo que morderle una araña radiactiva para dotarlo de poderes sobrenaturales pero a su vez logró sacar a relucir dos aspectos muy positivos en cualquier proceso educativo: la autoconfianza y la autoestima. Por muchos superpoderes sobrenaturales que recibiera Spiderman para enfrentarse a los malvados, resulta que el más característico, el más útil, el que le saca de más problemas, es un poder que el mismo ha diseñado y construido haciendo uso de sus conocimientos y mostrando la importancia de mantener la curiosidad a lo largo de la vida.

Tenemos que ser ejemplos en nuestra casa para que nuestros hijos, a medida que crezcan, sigan siendo curiosos, quieran seguir investigando y sientan la necesidad de ir más allá de lo evidente, de lo establecido. Y tenemos que hacerlo dando ejemplo, es necesario que ellos sean testigos de que nosotros seguimos queriendo aprender a diario, seguimos queriendo conocer más sobre el mundo que nos rodea. Que, por ejemplo, queremos actualizarnos en lo referente al uso de las nuevas tecnologías que ellos dominan. Tienen que ver que nosotros seguimos siendo capaces de sorprendernos y admirarnos por las cosas que nos rodean y que además queremos encontrarle explicación a todo eso.

UN GRAN PODER IMPLICA UNA GRAN RESPONSABILIDAD: SUPERPODER DE LA RESPONSABILIDAD

El título de este apartado es quizá una de las frases más famosas del mundo del cómic. Peter Parker llega a esta conclusión cuando descubre la necesidad de hacer un uso adecuado de sus superpoderes. Se siente culpable porque el asesino de su tío era el mismo malhechor que poco antes había robado delante suya y él lo había dejado escapar alegando que aquello no le incumbía. Entonces decide poner sus superpoderes a disposición de la sociedad.

Tenemos que educar en el superpoder de la responsabilidad, nuestros hijos tienen que saber que sus cualidades, sus virtudes, conllevan una gran responsabilidad a la hora de hacer uso de ellas. Sobre todo tienen que tener la capacidad de no abusar de los que no las tienen y ofrecer ayuda en caso necesario. Es muy importante que les enseñemos la importancia de poner sus Superpoderes, sus virtudes, al servicio de los demás si queremos educar a buenos ciudadanos, a buenas personas.

Para eso hay que educarlos desde pequeños en el sentido de sociedad, en el sentido de grupo social, destacarles la importancia que tiene formar parte de una colectividad, las ventajas que tiene. Sin duda tienen que aprender que un gran poder, una gran virtud, una gran cualidad, tiene que conllevar una gran responsabilidad no sólo para consigo mismo sino también para con el resto de las personas que nos rodean.

Es importante que sean conscientes de que tienen una especie de superpoder que otros niños no tienen y que es necesario que lo usen adecuadamente.

Si tiene habilidades sociales para relacionarse con los demás hay que enseñarles el valor de la colaboración con los que no tienen estas habilidades y hay que decirles que integren en el juego, por poner un ejemplo, a los niños que carecen de este superpoder. Si tienen la habilidad para aprender matemáticas fácilmente es necesario que les hagamos ver la importancia de ayudar a otros que no lo tienen para que sean capaces de entender las matemáticas como ellos la entienden. Si tienen la habilidad para jugar al fútbol y regatear es muy necesario educarles para que la pongan a disposición del equipo y sean capaces de pasar el balón a aquellos que, en el patio del cole a la hora del recreo, no lo tienen. De no ser así puede que terminen probando de su propia medicina cuando alguien con habilidades superiores a la suya no quiera pasarles el balón cuando juegan, o no quiera formar parte del grupo de trabajo donde ellos están porque piensen que ellos no están a la altura de los superpoderes del otro.

Esta es una lección esencial para lograr prevenir el acoso (*bullying*) y el aislamiento en los centros educativos. Tenemos que hacerles ver la importancia de aceptar a los otros niños tal y como son además de enseñarles la necesaria capacidad de colaborar, ayudar y enseñar a los otros a tener un poco de esos superpoderes que, en muchas ocasiones, «la madre naturaleza» les ha dotado. Es necesario hacerles saber que tienen la responsabilidad de dos cosas importantes: desarrollar sus superpoderes y usarlos siempre de manera responsable.

EL SUPERPODER DEL CAMBIO

Spiderman tiene habilidades y superpoderes que son sin duda muy útiles para la labor de atrapar malhechores pero si hay un superpoder que es distinto a todos estos y que fue determinante en el desarrollo de este superhéroe fue el poder del cambio. Cuando Peter Parker se topa de bruces con sus superpoderes reacciona de manera inmediata y poco meditada sobre lo que hacer con ellos. Como es de esperar en un adolescente, Peter Parker quiere ser famoso y se plantea que con sus nuevos dones bien podría alcanzarle para ser una estrella famosa del mundo del espectáculo. No es un pensamiento muy alejado de gran parte de los niños/adolescentes del momento en el que vivimos. Un adolescente un poco raro, friki, que había pasado desapercibido incluso para sus compañeros de clase, no es de extrañar que de repente, al sentirse empoderado, quiera probar un poco del lado opuesto de la vida que hasta ese momento sólo había contemplado como espectador. De modo que Peter Parker comienza a trabajar en el espectáculo de lucha para hacerse famoso. Durante uno de los días del espectáculo un ladrón roba la recaudación de la caja y pasa delante de Peter Parker sin que este haga nada por detenerlo. Por aquel entonces, Peter Parker todavía no había sentido la necesidad de impartir justicia, pero poco después su tío es asesinado por un ladrón que entra a robar a casa. Parker se pone a investigar y descubre que el asesino de su tío es el mismo ladrón que robó la recaudación y en la catarsis del momento concluye que «todo gran poder conlleva una gran responsabilidad». Esta catarsis supuso un cambio radical en la vida de Parker, a partir de ese momento su objetivo se centró en luchar contra el crimen y la injusticia.

Este momento es muy importante a la hora de educar a nuestros hijos, es necesario hacerles ver que reconocer que uno se equivoca es el primer paso para cambiar a mejor. Parker se da cuenta de que cometió un error dejando huir al ladrón porque el asunto no le afectaba directamente y esta decisión terminó pasándole una tremenda factura. Es necesario que nuestros hijos aprendan a usar el superpoder del cambio. Pero este superpoder no suele llegar por sí solo, sobre todo cuando hablamos de niños o pre-adolescentes, por eso tenemos que ayudarles como padres para que sean capaces de darse cuenta de lo importante que es reconocer que uno se ha equivocado.

Visto así, podríamos también denominarlo superpoder socrático, haciendo referencia a uno de los filósofos más influyente de todos los tiempos: Sócrates. Este filósofo defendía que el conocimiento más difícil que existe

es el de uno mismo y, como acabamos de ver, es necesario conocerse a uno mismo si se quiere cambiar. Como padres tenemos que ser como el asesino que mató al tío de Peter Parker, es decir, nuestra misión es abrirles los ojos cuando actúen mal. Si se equivocan tenemos que hacerles comprender que el camino que han tomado no les llevará a buen puerto y que en gran parte, ellos son los responsables de ese destino. Hay que lograr que entiendan que cada decisión que toman en torno a su vida tiene consecuencias, a corto, a medio y a la largo plazo. Si logramos que adquieran el superpoder del autoconocimiento y además sean capaces de adquirir el superpoder del cambio estaremos educando personas capaces de ser comprensivas, abiertas, flexibles cuando sea necesario y sobre todo inteligentes a la hora de juzgarse a ellos mismos y con posibilidad de cambiar aquello que no esté funcionando adecuadamente.

Este superpoder del cambio no sólo se muestra en la decisión que toma Parker a la hora de combatir el crimen cuando se da cuenta de que tiene una parte de responsabilidad en el asesinato de su tío, si bien es una responsabilidad indirecta no por eso deja de sentirse responsable y, hasta cierto punto, culpable de no haber atrapado al ladrón que se llevaba la recaudación del espectáculo aquella noche. También se muestra cuando llega a la universidad. Allí pasa de ser aquel adolescente tímido, antisocial y retraído a un joven afable y con una sociabilidad natural. El superpoder del cambio se manifiesta de manera evidente a lo largo de las historias del cómic. Pero este cambio hacia una persona abierta está influenciado por una mejor autoestima y autoconfianza en la nueva vida que lleva desde que adquiere los poderes.

De aquí podemos extraer otra lección importante que puede ser de gran utilidad para nuestros hijos: si queremos que cambien para mejor es necesario dotarlos del superpoder de la autoestima. A medida que generemos en ellos auto-confianza se sentirán mucho más seguros para poder aventurarse a realizar cosas que no han sido capaces antes. Muchos padres nos preocupamos por el desarrollo de la sociabilidad de nuestros hijos en el colegio, por su aceptación en el grupo, por que tengan amigos... Es importante que ellos no perciban nuestra angustia en torno a estos temas pero es mucho más importante mostrarles lo importante que es confiar en uno mismo.

Si nuestros hijos son tímidos y hemos detectado esa timidez desde pequeños es necesario que trabajemos su sociabilidad en distintos grupos, es muy aconsejable que, a parte de los niños de la clase del colegio con los

que a diario interactúan, también empiecen a hacerlo con otros grupos de niños fuera del horario lectivo. Para eso tenemos múltiples opciones como los deportes, las academias, los parques de la ciudad... y potenciar esta sociabilidad que parece frenada servirá para agrandar su autoestima en el día de mañana. Es necesario que ellos sientan que nosotros tenemos plena confianza en el desarrollo de sus posibilidades y de sus potencialidades, tienen que ver que apreciamos el valor y esfuerzo que hacen cuando se enfrentan a sus miedos, a situaciones en las que no se encuentran cómodos y que, además, nos sentimos orgullosos de ellos. Por eso estos dos superpoderes son tan o más importantes que los otros que hemos estado analizando a lo largo del libro: el superpoder del cambio y el superpoder de la autoestima.

Y cuando ellos alcancen el grado de madurez suficiente para actuar como el deber les aconseja entonces tenemos que hacerles ver la importancia de llevar a cabo este comportamiento independientemente de la opinión de otras personas.

Los comienzos de Peter Parker como Spiderman no fueron fáciles, en las primeras aventuras Spiderman se ve acosado por una campaña difamatoria y negativa por parte de la prensa que llega a creer que este nuevo superhéroe es una mala influencia para los niños porque decide actuar por su cuenta, sin rendirle explicaciones a nadie. Por este motivo pierde el contrato que tenía con su agente para seguir participando en el espectáculo de lucha y se encuentra sin ingresos para poder subsistir y encargarse de la casa, ahora que su tío había muerto. Para colmo, al intentar salvar a un astronauta de un accidente, éste termina acusándole de ser el culpable del propio accidente por lo que la visión social de Spiderman se ve dañada de manera muy notable. Pero todos estos inconvenientes no quitan la determinación al superhéroe para seguir haciendo lo que creía que era bueno, luchar contra multitud de villanos que encuentra a su paso. Logra hallar un sistema de ingresos rentable que consiste en hacerle fotos a Spiderman (a sí mismo) y venderlas a la prensa a la vez que sigue luchando contra los malhechores a pesar de la opinión negativa que recibía de la sociedad.

Tenemos que educar a nuestros hijos en tener la suficiente determinación para que cuando tengan claro que el propósito de sus acciones es bueno, sean capaces de llevarlo a cabo independientemente de lo que los demás puedan opinar. Hay que reforzarles la importancia de tenerse en estima a uno mismo y enseñarles a relativizar la importancia de la opinión de las

personas que no conocen la verdadera intencionalidad de sus acciones. Tenemos que instruir a nuestros hijos a saber distinguir entre las opiniones importantes y el nivel de reflexión de las mismas, de aquellas opiniones cargadas de ligereza que la sociedad no deja de verter de manera constante y que pueden llegar a afectarle gravemente en un momento dado.

Uno de los consejos que mejor funciona con los adolescentes que se ven afectados por la crítica social consiste en hacerles analizar la importancia que tienen para ellos las personas que ejercen esta crítica. En muchos casos son personas que apenas saben nada de ellos, personas que ni ellos mismos aprecian o estiman como importantes en sus propias vidas pero, sin embargo, logran herir y hacer daño, tal y como pretenden. En este sentido es muy importante que les hagamos analizar que el valor que esas opiniones tienen es el valor que uno quiera darles. Muchas veces hay que recordarles que las opiniones sobre su persona que deberían tener en cuenta son aquellas de las personas que verdaderamente lo aprecian y lo conocen, esas personas que le advertirán y aconsejarán pensando en su bienestar. El resto de opiniones, sobre todo aquellas difamatorias o dañinas, si proceden de personas que apenas les conocen, deberían de ser poco transcendentales para su persona.

DETECTAR EL PELIGRO: EL SENTIDO ARÁCNIDO

De entre los superpoderes que Spiderman recibe cuando es mordido por la araña radiactiva el del sentido arácnido es de los más importantes. El sentido arácnido le avisa cuando el peligro se acerca, cuando una situación peligrosa surge este sentido despierta la alerta en Spiderman, que reacciona. Si bien es un superpoder que Peter Parker recibe desde el momento de la mordedura sin embargo no es muy difícil de extrapolar a la vida de nuestros hijos.

Cuando son pequeños, reconocer los peligros que les rodean no es sencillo pero como padres, es nuestra labor mostrarles todos los peligros potenciales a los que se exponen a diario para que, una vez que van entendiendo que el mundo que les rodea también implica riesgo y peligros, ellos sean capaces de detectar por sí mismos posibles peligros sin necesidad de que nosotros estemos encima.

Para educar en este superpoder es necesario que sean muy conscientes siempre del entorno en el que se encuentran. Por lo general, desde que son pequeños, no solemos realizar ninguna apreciación sobre la ubicación en la que se hallan, los niños se dejan llevar sin más y no suelen percibir la

realidad exterior más allá de los modelos de entretenimiento que tienen. Pero no es lo mismo que estén en un parque de la ciudad jugando, rodeados de otros niños que no conoces y de personas que tampoco conoces, que en el jardín de casa jugando con los vecinos de toda la vida, o en el patio del colegio. No es lo mismo que jueguen en la cocina a que lo hagan en sus dormitorios con sus juguetes y habitaciones preparadas especialmente para el juego.

Como adultos somos capaces de detectar el peligro en cada pequeño detalle que les rodea pero tenemos que enseñarles a que ellos sean capaces de detectar posibles peligros por sí mismos, tienen que desarrollar su propio sentido arácnido que les avise de que lo que están haciendo, el lugar en el que se encuentran, las cosas que les rodean... pueden suponer un peligro potencial.

A diferentes edades, diferentes peligros, pero si logramos educar en el superpoder del instinto arácnido tendremos menos preocupaciones por las posibles situaciones peligrosas que a lo largo de sus vidas encontrarán.

En este sentido muchos padres nos volvemos sobreprotectores y tendemos a quitarles los peligros incluso mucho antes de que ellos sean capaces de detectarlos. Esto es un grave error que solemos cometer pensando que estamos evitando posibles males o daños que podrían ser provocados por situaciones peligrosas que los adultos vemos y analizamos a diario. Pero no es aconsejable que seamos nosotros los que nos anticipemos al posible peligro sin contar antes con ellos. Es decir, antes de actuar y tratar de evitar lo que sería una situación peligrosa es importante que nuestros hijos sean conscientes de esa posible situación.

Para ellos es muy aconsejable acostumbrarlos a que sepan observar su entorno, que vayan poco a poco, tomando el hábito de advertir con cierto detenimiento y detalles el lugar en el que se encuentran y las personas que les rodean. Podría empezar simplemente como un juego, el de tener que decir las cosas que nos rodean y estar atentos al lugar en el que estamos. Fijarse en los detalles. Es algo que se puede hacer cuando se llevan o se recogen los niños del colegio, enseñarles a detectar posibles peligros o riesgos antes de enseñarles cómo evitarlos. Cuando son pequeños tienen que saber que llevarse cosas pequeñas a la boca puede suponer una situación de riesgo alta pero en lugar de quitarle del medio todos los objetos pequeños antes de que el niño empiece a jugar con ellos es mejor que ellos sean los que ayuden a quitarlos del medio porque han entendido lo que podría pasar si se atragantan con uno de esos objetos. Tenemos que mostrarles los peligros y sobre todo tenemos que hacerles entender por qué son peligros, de lo contrario estarán siempre a expensas de que seamos

nosotros los encargados de velar en exclusiva por su propia seguridad. Pero si realizamos este ejercicio conjuntamente, si logramos que ellos entiendan y nos ayuden a evitar situaciones peligrosas, entonces estamos consiguiendo insertar en ellos el superpoder del instinto arácnido que les acompañará durante gran parte de sus vidas.

Que desarrollen este superpoder es de vital importancia para que sean capaces de desenvolverse adecuadamente en un mundo tan estimulante y atractivo como el que vivimos. Estamos rodeados de mensajes que incitan a consumir, a comprar, a lograr el éxito fácil y rápido, a tener que ser felices a toda costa, a tener que ser aceptados socialmente tanto por comunidades reales como virtuales... Pero todos estos mensajes conllevan peligro porque no son filtrados adecuadamente por nuestros hijos y les puede generar grandes insatisfacciones y frustraciones. Estos peligros son los peores porque van entrando en el ideario emocional de nuestros hijos y se convierten en un modelo más de entender la vida, un modelo más de sentirse emocionado. Si queremos que crezcan como personas sanas, tanto física como mentalmente, tenemos la obligación de entrenarles el sentido arácnido que detecta el peligro. El peligro de querer idolatrar a dioses mediáticos de barro, a modelos de vida artificiales, a conceptos erróneos y manipulados sobre la felicidad.

En un mundo visual nuestros hijos corren el peligro de interiorizar las imágenes como si fuesen reales, y si no les enseñamos el peligro que encierran los cánones de una belleza anoréxica, el falso concepto de éxito basado exclusivamente en el reconocimiento de la masa, la fútil concepción de felicidad que genera el consumo constante, tanto de cosas como de emociones... entonces estaremos educando a monigotes que ni siquiera serán capaces de darse cuenta de los peligros que les rodean.

El sentido arácnido tiene que salir a flote cada vez que se conecten a Internet sin que estemos nosotros delante y sean capaces de intuir el peligro que conlleva el uso de las redes sociales. Tienen que saber entrever dónde tienen que navegar por la red, cuándo están seguros, de quién tienen que desconfiar y que en caso de duda es mejor buscar ayuda o consejo. El sentido arácnido tienen que desarrollarlo cada vez que enciendan la tele y sean bombardeados por modelos y estereotipos publicitarios que son virtuales y se alejan de la realidad, tienen que conocer el peligro que conlleva creer que esos modelos pueden asemejarse a la realidad.

Pero toda esta educación sobre la importancia del superpoder del sentido arácnido que sirve para detectar el peligro o situaciones peligrosas es una labor que tenemos que realizar conjuntamente con ellos, delante de ellos, con ellos. La sobreprotección sólo les conllevará indefensión y miedo cuando se enfrenten a situaciones peligrosas de las que ni siquiera han tenido la más leve sospecha.

La sobreprotección que pasa por evitarles el peligro sin advertírsele no es educativa sino más bien contraproducente. Cuando queramos evitarles un peligro porque creamos que no son capaces todavía de detectarlo es necesario que se lo hagamos saber y que les expliquemos las razones de nuestros actos, de este modo ellos podrán ir desarrollando poco a poco este sentido arácnido que si bien es un superpoder infundido para Spiderman no por ello es menos alcanzable en el estricto sentido educativo.

Capitán América: el superpoder de la ejemplaridad

De entre todos los superhéroes del cómic que existen el Capitán América es uno de los más completos tanto por sus habilidades como por su personalidad. Steve Rogers era un joven dibujante enclenque que al conocer las injusticias que Hitler cometió durante la Segunda Guerra Mundial decide hacer algo al respecto y se intenta alistar en el ejército. Pero por culpa de su fisionomía, muy delgado y pequeño, es rechazado por el ejército. Sin embargo, un médico que intuía el valor de Steve, decide proponerle formar parte de un experimento que el ejército norteamericano llevaba a cabo consistente en formar un super-soldado. El médico Reinstein había diseñado un suero especial para potenciar al máximo el desarrollo de todas las cualidades del soldado. Pero antes de hacerlo se aseguran de que Steve sea la persona adecuada, una persona que es capaz de preocuparse por asuntos que van más allá de sus propios intereses. Ya de por sí se le suponía el valor, pues sus ansias de ayudar a su país en la guerra le llevaron a querer alistarse en el ejército, pero no será esta la única cualidad que destacaremos a lo largo de este capítulo, el Capitán América, aparte de ser un valeroso soldado y superhéroe es capaz de coordinarse en equipo con otros superhéroes y gobiernos de cara a mejorar su efectividad.

Pero si hay algo que caracteriza la personalidad de Steve Rogers es el superpoder de la ejemplaridad. Es quizá uno de los superpoderes más difíciles de entender y también de imitar cuando estamos tratando de educar a una persona. El superpoder de la ejemplaridad pasa por alcanzar una madurez mental muy complicada sobre todo para los tiempos que corren. El Capitán América es un héroe no sólo respetado por sus «colegas de profesión» sino que además es admirado y valorado por el público cotidiano. La gente corriente lo considera un «modelo» a imitar, un ejemplo a seguir y no tanto por los superpoderes que haya adquirido sino más bien por su manera de actuar y de pensar, por sus compromisos con los

semejantes y la capacidad de ser fiel a un modo de ser y a unas ideas independientemente de las circunstancias.

Él mismo llega a decir que de entre todas las tareas, misiones y responsabilidades que ha asumido como Capitán América una de las más importante es dar ejemplo. Asume que es una labor tanto o más importante que las que hace cuando usa los superpoderes.

El Capitán América es plenamente consciente de la misión socio-política que tiene que cumplir, del rol social que tiene que escenificar porque hay muchos ojos puestos en él. El modo en el que es capaz de analizar las repercusiones de sus palabras y de sus actos es muy sintomático en este superhéroe que está convencido de representar aquellos valores democráticos que simbolizan la libertad y la justicia. De tal modo que llegado el momento considera que es mucho más importante mantenerse fiel a los ideales que defiende que hacer lo que otros consideran correcto. Pero sobre todo tiene la capacidad de no tomar decisiones que puedan ir en contra del papel de «personalidad ejemplar» que le lleva a no defraudarse a sí mismo. En numerosas ocasiones, a lo largo de su historia, el Capitán América ha rechazado hacer cosas que él consideraba indecorosas o inapropiadas para su papel como «personaje ejemplar» incluso si eran acciones que les solicitaban otros superhéroes «buenos», o gobiernos o agencias de espionaje gubernamentales... En una de las historias más conocidas y llevada a la gran pantalla, la de Civil War, el Capitán América decide emprender una batalla contra otros superhéroes que formaban parte de los Vengadores por un tema de ideales. Incluso a lo largo de toda su historia, el Capitán América llega a renunciar a su propia personalidad de superhéroe cuando descubre que uno de los líderes de su país en el que él confiaba, dirige una organización subversiva que quiere tomar el control de EE.UU. En ese momento abandona su papel como Capitán al servicio del ejército norteamericano para adoptar una personalidad, la del Nómada, con la que poder seguir ayudando a la gente e impartiendo justicia.

Por supuesto que para un personaje de ficción como éste «lograr sobreponerse a las tentaciones», propuestas y demás veleidades que le surgen a lo largo de su existencia es fácil porque sólo se trata de reproducir en viñetas de cómics un ideal utópico. Pero en la vida real la cosa se complica mucho más. Ser fiel a nuestros credos, a nuestras ideologías, independiente de las situaciones que nos rodean no es nada fácil. Pero no

por ello tenemos que desechar, como educadores, la posibilidad de acercarnos lo máximo posible a dicho perfil.

El superpoder de la ejemplaridad es más que una realidad una tendencia. Si hacemos bien nuestro trabajo como educadores lograremos que nuestros hijos tengan una tendencia a intentar comportarse de manera lo más ejemplar posible. Lograr que ellos, poco a poco, sean capaces de comprender, aceptar e interiorizar un modo de ver las cosas, de entender la realidad, de tal manera que terminen convirtiéndose en unos ideales a los que intentamos seguir, es tanto o más importante que cualquiera de los muchos superpoderes que estamos analizando a lo largo de este libro.

Los ideales de vida, el ideario, no es una normativa que de repente uno descubre y decide asumirla sin más. Para que nuestros hijos logren tener asentados unos valores y sean capaces de entender, de comprender y aceptar un modelo de vida conveniente, justo, solidario, enriquecedor... es necesario que nos pongamos manos a la obra desde pequeños. Los ideales de vida que terminan convirtiéndose en una forma de ser comienzan con los ejemplos en casa, se ejemplifican en los pequeños detalles como dar los buenos días al despertarse a las personas con las que uno se encuentra a lo largo de la mañana. Comienza con los pequeños gestos de ayuda voluntaria, el mostrarse dispuesto siempre a colaborar incluso cuando no nos apetece, el hacerles ver que nosotros como padres cumplimos con nuestro deber y que no siempre el deber se corresponde con lo que nos gustaría hacer.

Como educadores tenemos que lograr que interioricen emocionalmente estos ideales, que sean capaces de sentirse mal cuando observen o conozcan que se está cometiendo una injusticia, que sean capaces de sentir compasión cuando sean testigos de las desigualdades que existen alrededor suya, es decir, que exista no sólo un razonamiento en torno a lo que está bien y lo que está mal sino que además este razonamiento esté acompañado de un sentimiento, de una emoción.

La importancia de unir el razonamiento con la emoción es básica si queremos que asuman el superpoder de la ejemplaridad como ideal a seguir. Les dotará de la fuerza y de la convicción necesaria para llevar adelante sus proyectos de vida independiente de las circunstancias en las que se vean envueltos. Serán capaces de tener la determinación necesaria para no echarse atrás, para no desistir en intento, porque han logrado sentir que lo que hacen es lo que deben hacer y además es algo bueno, algo satisfactorio.

En este sentido el superpoder de la ejemplaridad del Capitán América más que un modelo a seguir tiene que convertirse en una inspiración para nosotros como educadores y para nuestros hijos a la hora de actuar. Se trata de ser conscientes de que tenemos que actuar conforme a unos criterios buenos que sentimos como necesarios cuando decidimos pasar a la acción.

EL SUPERPODER DE LA PERSEVERANCIA Y LA DETERMINACIÓN

El Capitán América nunca se rinde, pero cuando hablamos de rendirse nos referimos a la capacidad de llegar hasta la extenuación si es necesario para intentar lograr sus propósitos. La personalidad de Steve Rogers, antes de convertirse en Capitán América, ya era una personalidad luchadora, determinada a enfrentarse con cualquier situación que se le presentase y tratar de llevarla hasta el final. Steve Roger creció en un barrio humilde de la ciudad de Nueva York y pudo observar durante años como su madre luchó contra un padre alcohólico y violento que era incapaz de mantener un puesto de trabajo y que, a pesar de ello, ella nunca se vino abajo, nunca se hundió. Mark D. White, analizando los cómics del Capitán América, destaca una conversación en la que Steve Rogers, viendo cómo sufría su madre, le pregunta cómo es que ella nunca se derrumbaba o deprimía a lo que ella le contesta: *«porque, y escucha atentamente Steven, uno siempre se levanta»*. Serán estas palabras las que en numerosas ocasiones le sirvan a Steve para resistir ante las adversidades, pero no podemos olvidar que serán estas palabras seguidas del ejemplo que durante toda su vida Steve ha podido ver en su madre. A lo largo de los cómics, Steve es sometido, torturado, psicológicamente machacado, desestabilizado, incluso dado por muerto varias veces, otras veces se siente incluso defraudado y como hemos visto, abandona la personalidad del Capitán América al sentirse traicionado por los dirigentes de su país. Pero a pesar de ser unos de los superhéroes que más momentos difíciles pasa, siempre logra sacar fuerzas para seguir adelante, incluso cuando apenas queda esperanza.

Este es uno de los mejores superpoderes que tenemos que saber inculcarles a nuestros hijos si queremos que sean personas equilibradas y felices. Tienen que llegar a desarrollar el superpoder de la determinación a la hora de llevar a cabo sus proyectos de vida. Estamos en una sociedad que cada vez potencia más lo instantáneo, lo rápido, lo inmediato y, en muchas ocasiones estamos educando a los niños en las recompensas inmediatas, en la satisfacción instantánea de los deseos. De todos los superpoderes que hemos analizado en estas páginas este es el que tendrá más dificultades sociales, en el que encontrará más obstáculos para poder desarrollarse,

sobre todo porque cada vez vivimos más en una sociedad impaciente, incapaz de poder sostener objetivos a medio o largo plazo.

Como padres tenemos la obligación, y me atrevería decir casi moral, de educar a nuestros hijos en la perseverancia. Tienen que aprender que es muy importante no abandonar a las primeras de cambio, tienen que saber que si el propósito, el fin, es bueno, entonces deben proseguir.

Y para ello hay que hacerlo desde que son pequeños. Podemos comenzar con las pequeñas cosas, los pequeños detalles. Hacerles ver que cuando les llega un problema y lo intentan una vez, rendirse no es una opción. Y para eso tenemos que estar atentos a su mundo, fijarnos en lo que a ellos les supone un problema. Muchas veces ni siquiera caemos en la cuenta de qué es lo que les supone un problema; no somos capaces de detectar que nuestros hijos acaban de considerar una situación como problemática, y al no tener un referente adulto que les anime a seguir luchando, abandonan por sentido común, porque es mucho más fácil ocuparse de otra cosa que tratar de enfrentarse a un reto durante un tiempo. Cuando se atascan en un puzle, en un problema de matemáticas, en aprender a botar un balón, en pasarse la fase de un videojuego... son ejemplos cotidianos de lo que les puede suponer un problema para ellos, una dificultad. Es entonces cuando tenemos que ser observadores y estar atentos para animarles a seguir adelante en la búsqueda de la solución, es entonces cuando tenemos que hacerles saber que estamos orgullosos, no por el resultado de sus acciones puesto que en algunas ocasiones no son capaces de resolver el problema por ellos solos, sino que nos sentimos orgullosos y felices porque lo han intentado todo lo que han podido. Tienen que saber y sentir que nosotros les valoramos el esfuerzo realizado frente al resultado.

Habremos logrado que sean capaces de perseverar cuando las cosas se pongan realmente difíciles, siempre teniendo en cuenta la categoría de dificultad dentro de sus posibilidades. La perseverancia y la determinación se asumen realmente cuando uno es capaz de sobreponerse a los verdaderos inconvenientes que se nos presentan, a los auténticos retos que ponen a prueba nuestra determinación de tal manera que, a veces, nos hacen dudar incluso a nosotros mismos de que seamos capaces de lograr lo que nos proponemos. En este sentido es muy importante que sepan que una de las lecciones más importantes que podemos enseñarles para el resto de sus vidas es la de poder sentirse orgullosos de sí mismos porque han logrado entregarse de modo pleno y perseverar, independiente del resultado de sus acciones. Hay que hacerles ver que acostarse cada noche sabiendo que han hecho todo lo que estaba en sus manos para lograr alcanzar el objetivo que se habían propuesto es fundamental si queremos que logren convencerse de la importancia de perseverar. Este superpoder de Steve Rogers (antes incluso de ser el Capitán América) se pone de manifiesto siempre en las

situaciones más difíciles a lo largo de los cómics, cuando el Capitán América cree en un objetivo, cuando está convencido de la necesidad de hacer algo y siente que tiene que hacerlo, entonces persevera convencido de que es la única manera de hacerlo. Y lo hace de tal modo que en algunos episodios sus adversarios llegan a tomar conciencia de que tendrán que matarlo si quieren conseguir sus propósitos porque saben que el Capitán América perseverará incluso llegando a dar su propia vida por conseguir sus objetivos.

Muchos estudios se han realizado sobre la capacidad de adquirir la determinación como una virtud en la vida, sobre la capacidad de asimilar este superpoder, pero de entre ellos me gusta destacar el que la psicóloga Angela Lee realiza con varios grupos de personas en distintos entornos para saber por qué algunas logran alcanzar los objetivos que se proponen y qué hace que otras personas que se han propuesto esos mismos objetivos no sean capaces de alcanzarlos. En su estudio analiza un grupo de comerciales que trabajan para la misma empresa y quiere saber qué provoca que unos logren sus objetivos y otros no, también analiza un grupo de reclutas de West Point para saber cuáles seguirán después del primer año y cuáles desistirán. Igualmente analizó estudiantes de sexto grado de los que conocía su Coeficiente Intelectual y observó que no había una correlación entre las calificaciones que tenían (sus notas) y el C.I (Coeficiente Intelectual) y quería saber qué hacía que alumnos con menor coeficiente tuviesen mejores resultados que los que lo tenían más alto. El análisis se extendió a un grupo de profesores novatos que estaban destinados a centros educativos difíciles para saber cuáles abandonarían y cuales seguirían en la enseñanza. Tras todo un año analizando diversos factores, el equipo de la doctora Lee llegó a una conclusión aplastante: ni el Cociente Intelectual en el caso de los estudiantes, ni la presencia física o la oratoria en el caso de los comerciales, ni la fortaleza física o la valentía en el caso de los militares, ni tampoco la capacidad de empatizar por parte del profesorado eran determinantes para poder triunfar (entiéndase triunfar como lograr su objetivo) en las cosas que se proponían. El factor más importante con diferencia era la determinación. Las personas que tenían más determinación a la hora de luchar por sus objetivos eran las que terminaban lográndolos. Los alumnos que mejores notas sacaban eran los que más trabajaban y practicaban; los cadetes de West Point que hacían carrera militar eran los que durante su tiempo de

descanso seguían entrenándose para lograr pasar con éxito las pruebas; los comerciales que más vendían eran los que realizaban tres veces más llamadas y visitas que el resto y el profesorado que terminaba logrando dedicarse a la educación era el que pasaba más horas preparando las clases para los alumnos y buscando la mejor manera de hacer su trabajo. Es decir, la determinación es la esencia para lograr alcanzar aquello que nos proponemos. Por eso es uno de los superpoderes más valorados en el siglo XXI, un superpoder que hará que nuestros hijos sean capaces de entregarse a fondo cuando estén convencidos de que sus objetivos merecen la pena.

Una de las ventajas de este superpoder es que se puede aprender con la práctica, que es una especie de entrenamiento que comienza con pequeños esfuerzos para ir progresando en su capacidad de resistencia y de duración. Por eso es tan importante que comencemos lo antes posible a ejercitarlo, que desde pequeños sean capaces de aprender a usarlo siempre en pequeños objetivos para ir avanzando poco a poco. De por sí, la determinación no tiene connotaciones morales, buenas o malas, no es un superpoder que esté determinado para crear buenas personas, puesto que puede ser usado para obrar mal. Por eso tiene que ir acompañado de los otros superpoderes y de las virtudes que estamos analizando a lo largo del libro. Pero si logramos educar a personas equilibradas, justas, responsables y buenos ciudadanos que sean capaces de mirar más allá de sus propios beneficios, entonces este superpoder potenciará con creces todas estas virtudes. El mecanismo de la perseverancia tiene que venir acompañado del mecanismo del análisis, del buen razonamiento que ayude a activarlo. De lo contrario, si comenzamos a actuar con perseverancia y determinación sin antes haber analizado los motivos y razones por las que tenemos que hacerlo, entonces este superpoder se degradará hasta convertirse en cabezonería o terquedad. Por eso tenemos que educarles en usar primero el poder de la razón, analizar los objetivos y las consecuencias de los mismos, antes de poner en marcha el superpoder de la perseverancia. Es necesario que razonen y motiven los aspectos por los que merece la pena poner en marcha la determinación.

Además, si logramos que ellos adquieran el superpoder de la determinación, de la perseverancia, podremos conocerlos mejor a la hora de saber cuáles son sus verdaderas motivaciones. Cuando hacen algo que no les cuesta mucho trabajo o esfuerzo no es conveniente que les reconozcamos más mérito del debido, pero si queremos saber qué es lo que

realmente les motiva sólo tendremos que observarlos a la hora de realizar trabajos que realmente les cuesten, situaciones que pongan a prueba su determinación. Llegado el momento en que somos testigos del sacrificio que son capaces de realizar, entonces podremos saber qué es lo que realmente les apasiona, cuáles son sus verdaderas inquietudes y creencias, aquello por lo que están dispuestos a luchar hasta sus últimas consecuencias. Si logramos que adquieran este superpoder nos servirá para poder conocerlos mejor a medida que crezcan.

EPÍLOGO

Vivimos una etapa de tremendos cambios, vertiginosa y apasionante, pero la rapidez con la que todo sucede provoca inquietudes y genera inseguridades. Los modelos educativos están en un proceso de crisis y de cambio en busca de la clave que ayude a nuestros hijos a ser personas preparadas para el mundo más volátil que jamás haya existido. Educar, forjar una personalidad preparada para este siglo XXI, se antoja una labor igual de apasionante como complicada. Nuestros hijos están inmersos en un mundo donde los referentes aparecen y desaparecen con mucha facilidad y en muchos casos son referentes vituales (vs reales). Por esto tenemos, como padres y educadores, que estar más alerta sobre los modelos educativos adecuados que mejor los preparen como personas; modelos que ayuden a construir personas equilibradas capaces de afrontar los nuevos retos que esta sociedad hipermoderna nos presenta a diario.

Este libro trata de ser una pequeña contribución y ayuda a la hora de educar a nuestros hijos. La filosofía ha demostrado su valía para educar bajo este paradigma y por eso he considerado oportuno usar algunos de los pensadores más relevantes a lo largo de la historia. Su capacidad de análisis y sus propuestas pueden servirnos de guía práctica para orientar a nuestros hijos y puede ayudarnos a entender mejor este mundo y también a nosotros mismos.

Y por otra parte hemos utilizado a los superhéroes de ficción pero haciendo uso de la vertiente más humana que hay en ellos. Personajes de ficción que aportan facetas humanas necesarias para completar la educación integral de nuestros hijos.

Espero que el libro haya sido de ayuda y ahora sólo me queda decir:

«Que la fuerza os acompañe».

JOSÉ C. RUIZ